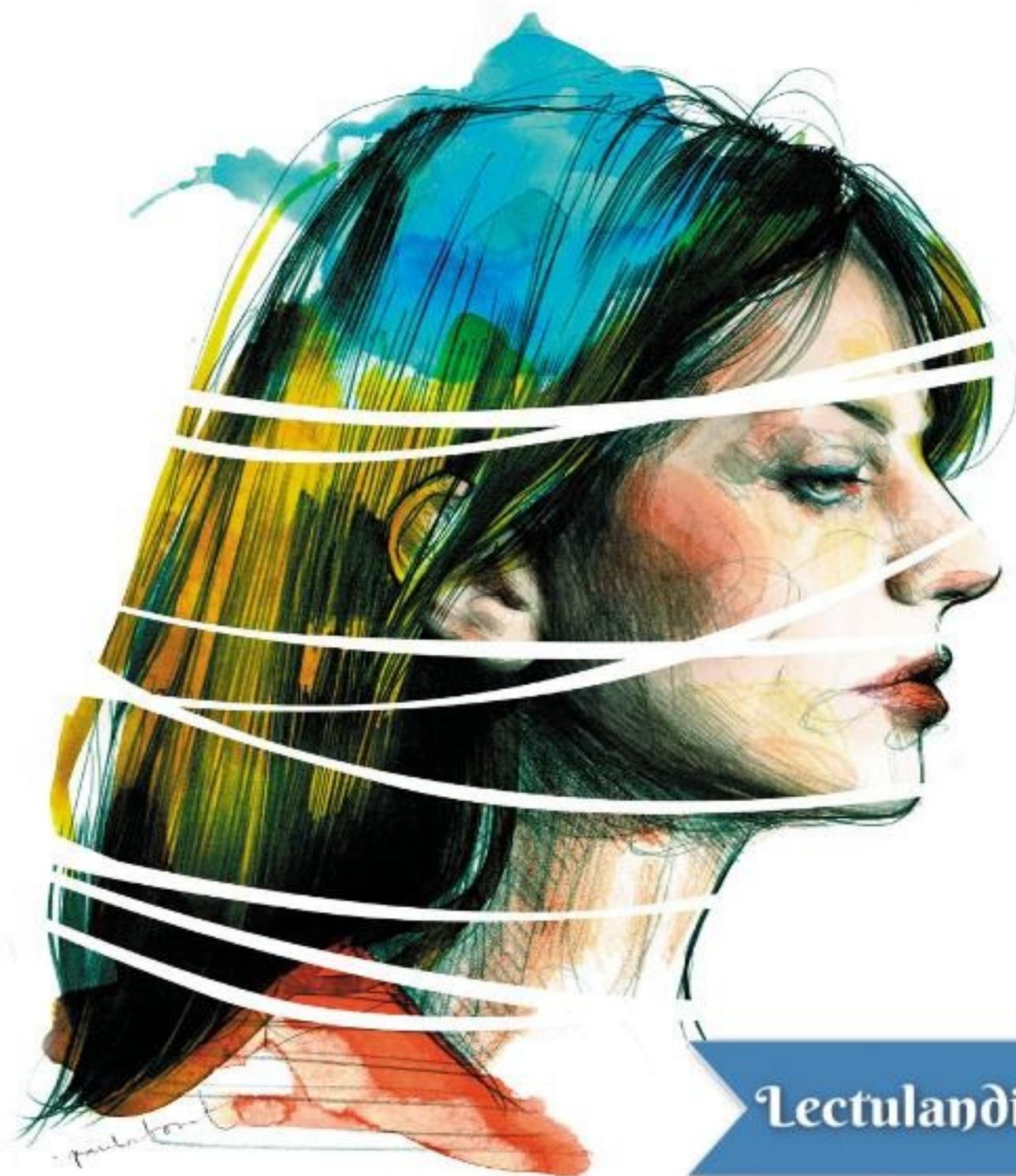


Lena Andersson

Apropiación indebida

Una novela sobre el amor



Lectulandia

Ester Nilsson es una poeta y ensayista de treinta y un años que vive resguardada en el mundo de las ideas y de una relación sin sorpresas. Un día de junio recibe una llamada telefónica: es invitada a dar una conferencia sobre el célebre artista Hugo Rask, quien, cuando llega el momento, la escuchará hechizado entre el público. Al final del acto Ester y Hugo se presentan y conversan. Ese encuentro aparentemente inocente da origen a una singular historia de amor..., o de obsesión. ¿Dónde están los límites entre una y otra?

Apropiación indebida se convirtió en un fenómeno de ventas en Suecia y encendió la polémica sobre un tema insólito: el amor. Cáustica y deslumbrante como las historias de Ingmar Bergman.

Lectulandia

Lena Andersson

Apropiación indebida

Una novela sobre el amor

ePub r1.0

Ablewhite 28.02.2018

Título original: *Egenmäktigt förfarande – en roman om kärlek*

Lena Andersson, 2013

Traducción: Martín Lexell y Elda García-Posada

Editor digital: Ablewhite

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

El que [...] ilícitamente usurpare, ocupare o se apropiare de algo es reo de apropiación indebida [...]. Lo mismo se aplicará al que, sin apoderarse del bien, mediante el uso de candado, llave o cerradura o mediante la destrucción de los mismos o de cualquier otra forma, perturbare ilícitamente la posesión de otro y/o impidiere a otro, con violencia o intimidación, el ejercicio de su derecho de retener o tomar posesión de algo.

Compendio de Derecho Público y Privado del Reino de Suecia, capítulo 8, artículo 8.

Esta es la historia de una persona llamada Ester Nilsson. Era poeta y ensayista, y ya a la edad de treinta y un años contaba con ocho densos opúsculos en su haber. Según algunos, se trataba de publicaciones de gran originalidad, mientras que otros veían en ellas un tono lúdico; pero para la mayoría de la gente Ester Nilsson era una completa desconocida.

Con devastadora precisión, percibía la realidad desde dentro de su conciencia, y vivía conforme a la aspiración de que el mundo se ajustara a su experiencia del mismo; o, mejor dicho, conforme a la premisa de que el ser humano posee una capacidad innata para concebir el mundo tal y como es con la condición de no mentirse a sí mismo y poner la atención debida. Lo subjetivo se correspondía con lo objetivo, y lo objetivo con lo subjetivo. O por lo menos ese era el afán de Ester Nilsson.

Sabía que la búsqueda de esa misma precisión en el lenguaje suponía un confinamiento, pero la buscaba de todos modos, ya que cualquier otro ideal no habría sido más que una salida fácil, algo propio de los embusteros y los desertores del intelecto, esos que no se mostraban muy escrupulosos con la relación de los fenómenos entre sí ni con la representación de estos por medio del lenguaje.

Aun así, se veía obligada, una y otra vez, a aceptar que las palabras seguían siendo una mera aproximación, al igual que el pensamiento, que, si bien construido —aparte de por el lenguaje— por percepciones sistematizadas, no resultaba tan fiable como pretendía.

Las atroces brechas que se abren entre el pensamiento y la palabra, entre la voluntad y la expresión, entre la realidad y la irrealidad, además de lo que crece en esos espacios: de esto trata esta historia.

Desde que Ester Nilsson, a la edad de dieciocho años, comprendió que el sentido último de la existencia consistía en ahuyentar el tedio y, con este fin y sin la ayuda de nadie, emprendió el descubrimiento del lenguaje y las ideas, no había adolecido jamás de ningún tipo de malestar vital, ni siquiera del más común de los desánimos. Trabajaba sin descanso en la decodificación de la naturaleza del mundo y de las personas. Se doctoró en Filosofía por la Universidad KTH, y tras defender su tesis — en la que pretendía unir lo anglosajón con lo francés, es decir, aplicar el minimalismo y la lógica de la escuela analítica a las suposiciones vitales más grandilocuentes de la

escuela continental— comenzó a ejercer de escritora independiente.

El día en que descubrió el lenguaje y las ideas, dándose cuenta así de cuál era su misión en la vida, renunció a llevar una existencia costosa: comía barato, no descuidaba en ningún momento los métodos anticonceptivos, viajaba sin incurrir en demasiados gastos, no contraía deudas con bancos ni con personas particulares, y evitaba situaciones que pudieran alejarla de aquello a lo que quería dedicar su tiempo: leer, pensar, escribir y conversar.

Llevaba trece años viviendo así, más de la mitad de ellos en una armónica y tranquila relación con un hombre que no solo la dejaba en paz sino que también satisfacía sus necesidades físicas y mentales.

Entonces, un día, recibió una llamada telefónica.

La llamada se produjo a principios de junio. El interlocutor al otro lado de la línea quería saber si a Ester le apetecía dar una conferencia, el último fin de semana de octubre, sobre el artista Hugo Rask, un creador que trabajaba con imágenes en movimiento y texto en una combinación que se consideraba grandiosa a la par que singular. Además, era muy apreciado por el *pathos* ético que, en tiempos tan superficiales, resumaba su obra: cuando otros hablaban de sí mismos, Hugo Rask se centraba en la responsabilidad y la solidaridad, como solían apuntar sus seguidores.

La ponencia duraría unos treinta minutos, y la remuneración sería la habitual.

Cuando recibió la llamada, Ester se encontraba en la plaza de Sankt Eriksplan. Era por la tarde y el sol colgaba ya cerca del horizonte, pero ardía aún intensamente y le molestaba en los ojos. De vuelta en casa, informó con mucho orgullo del encargo al hombre con el que vivía, que se llamaba Per; Hugo Rask era un artista a cuya trayectoria ambos habían prestado especial atención.

Transcurrió el verano y parte del otoño. La vida de Ester Nilsson proseguía con normalidad. Un par de semanas antes de la conferencia se puso a estudiar detenidamente la obra de Hugo Rask: leyó lo que se había publicado sobre él y lo que el propio artista decía de sí mismo. «El creador que no adopta una postura ante la sociedad y ante el desamparo del hombre arrojado a la crueldad de la existencia no merece llamarse creador» era una de sus citas que más a menudo solía traerse a colación.

La conferencia de Ester iba a tener lugar un sábado, así que el domingo anterior se sentó a la mesa y empezó a escribir. Sabía que había que ponerse a tiempo con el texto si quería ir más allá del discurso colectivo, de los pensamientos clónicos que se habían fosilizado en frases estereotipadas.

Ester Nilsson tenía la intención de redactar una conferencia extraordinaria. Quería que Hugo Rask se quedase asombrado al escucharla. Todos los artistas, y en particular los hombres de valores ilustrados como Rask, eran receptivos a la fuerza de las palabras bien formuladas y a su potencial erótico.

Conforme avanzaba en el trabajo, la sensación de afinidad con el objeto del mismo iba creciendo. El sentimiento pasó del respeto *el domingo* a la admiración *el martes*, y hacia *el jueves* se había convertido en un persistente anhelo para finalmente, *el viernes*, mudar en una abrumadora añoranza.

Resulta que se puede echar de menos a una persona a la que no se ha conocido más que en la imaginación.

No era el hombre como creación suya lo que amaba, pues no lo había creado; el hombre existía independientemente de ella. Pero las palabras, que eran suyas, ahora abrazaban y acariciaban la obra artística, que era él.

El seminario destinado a repasar la trayectoria vital y artística de Hugo Rask dio comienzo a las trece horas del sábado. Aparte de Ester, también hablaría un conocido crítico de arte, cuya ponencia iría seguida de una mesa redonda sobre «la responsabilidad social del artista».

El grupo había acordado reunirse un cuarto de hora antes del inicio del acto. Todavía hacía una temperatura agradable, por lo que Ester llevaba un abrigo muy fino de paño gris que le caía con elegancia sobre las piernas, dando un aspecto de prenda cara: y así era, en efecto, si bien ella lo había comprado en rebajas. Tras quitárselo, lo puso en el respaldo de una silla al lado de la suya. Cuando Hugo Rask entró en la sala, eligió precisamente esa silla para sentarse, aunque había otras desocupadas; antes, tomó el abrigo de Ester con cuidado y lo depositó en la repisa de la ventana. El modo en que sus dedos apresaron la prenda y la manera de desplazarla se le antojaron a Ester lo más sensual que había presenciado nunca en lo que al contacto de la mano humana con un objeto se refiere. En la suavidad de esa acción había una gentileza absoluta, la representación física de una atención y un mimo perfectos.

Alguien que era capaz de tocar los objetos y los tejidos de esa forma no podía sino poseer una delicadeza y una sensibilidad singulares, pensó Ester Nilsson.

Durante la conferencia, Hugo Rask permaneció sentado en primera fila, sumamente atento a lo que se decía. Entre los ciento cincuenta asistentes que había en la sala reinaba una intensa concentración. Después, Hugo Rask se acercó a Ester con cara radiante y expresó su agradecimiento tomándola de las manos mientras le daba efusivos besos en las mejillas.

—Es la primera vez que alguien ajeno a mí me entiende de un modo tan profundo y con tanta precisión.

A Ester la invadió tamaño sentimiento de euforia y turbación que le costó mucho seguir las presentaciones posteriores. No podía pensar en otra cosa que en la gratitud que había visto en el rostro de Hugo Rask.

Cuando el programa concluyó a las cinco, Ester procuró no alejarse demasiado de él, esforzándose por que no se reflejara lo que sentía. Estaba presente el hijo del artista, un joven con barba y una gorra de punto que desplegab unos modales francos y espontáneos, y que elogió la ponencia de Ester y sugirió que fueran a tomar algo los tres. No había nada en este mundo ni en el más allá que Ester Nilsson deseara con

tanto fervor: si hubiera podido salir a tomar una copa con Hugo Rask esa noche, su vida habría alcanzado la perfección absoluta.

Pero tenía que volver a casa.

Su hermano, que vivía en el extranjero, estaba de visita y había quedado para cenar con ella y su padre. El hermano solo aparecía una vez al año, de modo que le resultaba imposible eludir la cita.

—Otra vez será —dijo Hugo Rask.

—Cuando quieras —respondió Ester con voz apagada para ocultar la intensidad de sus emociones.

—Pásate por el estudio algún día y te daré esos DVD que no has visto.

—Vale, lo haré —musitó Ester con un tono aún más tenue.

—Me ha encantado tu conferencia, de verdad; estoy conmovido.

—Gracias. Solo he dicho la verdad.

—La verdad —repitió él—. Es eso lo que buscamos los dos, ¿no es cierto?

—Seguramente —asintió ella.

En la cena con su novio, su hermano y su padre, Ester se vio atenazada por un fuerte deseo de estar en otro lugar. El timbre de su voz revelaba sus sentimientos, al igual que el brillo de sus ojos; era consciente de ello, pero se sentía incapaz de ocultarlo. No quería hablar de nada que no fuera Hugo Rask, su arte y lo que se había dicho durante el seminario. En una ocasión se mostró desdeñosa, burlándose del artista de una forma inusualmente dura pero al mismo tiempo cálida, un detalle, este también, que lo habría dicho todo para alguien atento, pero sus compañeros de mesa no prestaban demasiada atención.

Ester se sentía muy sola y estaba agotada. En cuestión de unas pocas horas, o desde el domingo anterior, cuando había comenzado a escribir y a gestar el Hugo Rask que llevaba dentro, o quizá como consecuencia de un largo proceso de desintegración, se había convertido en una extraña para su pareja. Toda ella era una enorme ausencia.

Debían entablar amistad, cultivar una afinidad espiritual, pensó. El artista tenía que conocerlos a ella y a Per. Lo invitarían a cenar a casa, hablarían de las grandes cuestiones existenciales, y esas conversaciones contribuirían a su mutuo crecimiento. Nada cambiaría, todo se enriquecería.

Una nueva realidad solo puede ser integrada gradualmente, por fases. De otra manera resulta imposible. Ester se hallaba en la segunda fase de ese proceso.

Habían transcurrido un par de semanas cuando Ester, una tarde meticulosamente elegida, se acercó al estudio de Hugo Rask. Durante ese tiempo no había pensado en otra cosa. El hecho de que él le hubiera pedido que se pasara por su estudio para recoger las tempranas obras suyas en DVD significaba que ella estaba en su derecho de verlo. Sin embargo, había esperado cuanto había podido para no parecer excesivamente ansiosa.

Uno de los colaboradores de Hugo Rask, embutido en su ropa de trabajo llena de manchas, abrió la puerta. Ester le dio una prolija explicación para justificar su presencia: rendía cuentas de aquello por lo que nadie se interesaba a fin de ocultar aquello que nadie veía. Cuando al colaborador por fin le quedó clara la sencilla razón de su visita, le pidió que esperara un momento mientras iba a buscar los DVD. Luego se adentró en el piso con pasos rápidos. Ester, embriagada por la expectativa de un nuevo encuentro, difícilmente superaría la decepción de que este no se produjera por una causa trivial.

—Quisiera hablar con él también —añadió en voz demasiado alta y con una sensación de calor en la piel.

Hay momentos en los que la capacidad de reacción determina el curso de los acontecimientos futuros, instantes cruciales que no han de dejarse escapar o será demasiado tarde. Tenía que lanzarse, y lo tenía que hacer en ese mismo momento. Era cuestión de segundos. El colaborador dudaba: como miembro del equipo de asistentes, su misión consistía en proteger a su jefe e ídolo. Sin duda aspiraba a llegar a ser, él también, un gran artista algún día, y había buscado la compañía del maestro para observar y aprender.

Tras pedirle de nuevo que esperara, se marchó por un pasillo y subió la escalera.

Al volver, parecía haber encogido. A Ester le estaba permitido el acceso.

En la planta de arriba, Hugo Rask estaba sentado con un amigo que respondía al nombre de Dragan Dragović, conocido por ser la persona con quien Hugo Rask debatía el estado del mundo, alguien de notoria influencia en el pensamiento del artista y que encarnaba el papel de su superyó, aunque al revés, de modo que todo aquello que Hugo posiblemente no debería haber dicho o pensado salía sin censura. Todo lo que estos dos debatían abarcaba el mundo entero y pertenecía a la esfera de la eternidad. Lo pequeño y lo cotidiano no les incumbían.

Tampoco incumbían a Ester Nilsson.

Hugo Rask se levantó al verla, con el rostro iluminado. La abrazó efusivamente y la invitó a sentarse. Dragan permaneció sentado en la misma posición, con una de sus delgadas piernas cruzada sobre la otra, y le tendió la mano, si bien alargando tan poco el brazo que ella tuvo que acercarse a él para estrechársela. Llevaba zapatos negros de cuero perforado y entornaba los ojos hacia el humo que se elevaba de su cigarro, lo cual le confería una expresión altiva a la vez que indiferente.

—Así que eres poeta... —dijo.

—En efecto.

—¿Traducida?

—Sí, aunque no mucho. No creo que eso sea un factor...

—¿Cuál es el objetivo de tu poesía?

—Permitir a otros ver lo que yo he visto.

Dragan no dijo nada más. Resultaba imposible determinar si había quedado contento o descontento con la respuesta, pero Ester supuso que en todo caso era mejor de lo que él había esperado y eso no le gustaba nada.

—Lo que hiciste el otro día fue fantástico —exclamó Hugo.

Comparado con la quietud malhumorada de Dragan, Hugo Rask daba una impresión de alegre volatilidad.

—¿Qué hice? —replicó Ester.

—La conferencia que diste sobre mí.

Percibía el fragor de los latidos de su corazón mientras miraba a Hugo Rask sentado delante de ella, alto y grande, lleno de comida, bebida y años vividos. Amaba con tanta fuerza lo que tenía ante sus ojos que le dolía todo el cuerpo.

—Estuve en Leksand el pasado fin de semana —añadió.

Ester esperó a que continuara.

—Tengo una casa allí. Con vistas al lago Siljan.

La declaración sonó un tanto rara, como si él también rindiera cuentas de aquello por lo que nadie se interesaba para ocultar aquello que nadie veía, y, efectivamente, Dragan alzó una ceja al escucharlo. Ester pensó que el hecho de que hablara de Leksand y de la casa que tenía allí evidenciaba su deseo de mostrarse ante ella sin demora con toda transparencia.

Se sentó en una silla de cocina sin quitarse el chaquetón de plumas que llevaba puesto. Lo había comprado el día anterior, al llegar la primera ola de frío. Los pantalones también eran nuevos, de pana azul marino; y el chaquetón tenía detalles de pana azul en las hombreras que hacían juego con los pantalones. Únicamente cuando todos sus neurotransmisores funcionaban al máximo rendimiento era capaz de reunir la energía suficiente para ir de compras, algo que por lo general consideraba una actividad carente de sentido que le robaba tiempo de la misión que se había autoimpuesto: la de descifrar la realidad y hallar su ilustración lingüística más verídica. Un día lo comprendería todo, la relación de todas las cosas. De momento,

esa realidad le llegaba en estado fragmentario.

Hugo Rask hizo un gesto apreciativo hacia el chaquetón y dijo que era bonito, no tan voluminoso como otros plumíferos. Ella se lo desabotonó para no pasar calor, pero pensó que si se lo quitaba del todo sería como si se autoinvitara a quedarse, y puesto que eso era precisamente lo que más deseaba —quedarse para siempre—, no podía quitárselo.

Discernir que lo normal en el interior de una casa es despojarse de un chaquetón de plumas de invierno, aunque el portador del mismo solo vaya a pasar un breve rato, era algo que Ester en esos instantes era incapaz de hacer. Lo más difícil es simular normalidad, pues lo normal implica una despreocupación que no se presta a imitaciones; las exageraciones se advierten y se tornan en anomalías ridículas. Sin embargo, los intentos de ocultar los sentimientos tienen la ventaja de que impiden al observador cerciorarse del todo. La vida llevada al extremo es una travesía en la que uno se intenta orientar por la vergüenza y el honor, y cuando la angustia hace acto de presencia aún queda el alivio de no haber dejado huellas palpables. Siempre puede uno negarlo todo. No haberse quitado un abrigo, haber dado la impresión de una cierta torpeza y nerviosismo no constituyen pruebas en la misma medida que una confesión. Como mucho, podrían suponer un indicio.

Ester Nilsson, que en circunstancias normales repudiaba tanto la vergüenza como el honor, porque ambos sometían al hombre a la esclavitud del juicio del prójimo, se hallaba en esos momentos preguntándose qué sería más oportuno: si quedarse con el chaquetón puesto, o quitárselo a medias, o del todo, a fin de que nadie se percatara del amor que sentía.

Hablaban de Hugo, de su obra, de su posición, de sus logros. Hugo hacía también alguna que otra pregunta sobre ella, pero Ester, apresurándose entonces a reconducir la conversación hacia el artista, mencionó la secuencia de imágenes que Hugo había realizado de unas personas que esperan el autobús bajo la lluvia, un tema recurrente en su obra.

¿Por qué había elegido ese motivo y por qué volvía siempre a él?

Hugo se levantó, estiró los brazos hacia arriba, avanzó unos pasos y arrancó un papel pegado en la pared. Al contemplar su cuerpo de espaldas, a Ester la inundó un intenso deseo de acercarse a él para abrazarlo.

—Porque es bello —respondió, y acto seguido estrujó el papel y lo tiró a la papelera.

Ester notó cómo todos los miembros se le ablandaban al observar los movimientos corporales del artista e intuir la sensualidad que debía de albergar todo aquel capaz de ver belleza en la imagen de unas personas bajo la lluvia. ¿No era precisamente eso lo que ella llevaba toda la vida buscando?

Pero Ester tenía que regresar a casa, a un hombre que la esperaba y que, por miedo a la respuesta, no le preguntaría dónde había estado ni por qué ya no hablaba con él.

Una tarde, Ester se reunió con una amiga en una cafetería. Tomaron café y comieron magdalenas mientras se ponían al corriente de sus vidas. Ester sentía mucho aprecio por su amiga, a la que conocía desde hacía muchos años. Después de haber hablado un rato, la amiga se quedó observando a Ester con curiosidad y dijo:

—¿Estás enamorada de Hugo Rask? Te pones roja cada vez que sale su nombre. Ahora que lo pienso estás todo el rato sonrojada.

Ester agarró la servilleta.

—Pero no voy a dejar a Per.

La amiga pasó de estar intrigada a perpleja.

—¿Habéis hablado de dejarlo?

—No.

La amiga pasó de la perplejidad a la certeza compasiva.

—Hugo y yo hemos establecido un contacto profundo que espero que nos lleve a una buena amistad —continuó Ester.

La amiga sonreía, pues encontraba todo aquello muy divertido. Sin embargo, Ester creía en lo que decía. No se daba cuenta de que ya había traspasado una frontera. El cerebro no conoce tiempos verbales: aquello que ha ansiado, ya lo ha vivido. El salto se produce cuando no queremos perder el futuro que ya hemos experimentado.

—Te has puesto colorada —comentó la amiga.

Ester se llevó las manos a las mejillas, más que nada para cubrírse las, pero también para enfriarlas.

—Hace mucho calor aquí —dijo.

La pasión la consumía. Los motores de combustión funcionaban a toda máquina. Se nutría del aire: no comía, pues no necesitaba alimento alguno; no bebía y tampoco sentía sed. Cada día que transcurría, los pantalones le quedaban más holgados. La carne le ardía y pasaba las noches insomne. Había empezado a guardar el teléfono móvil en el cajón de la mesilla de noche, sin comprender, en medio del despiadado egocentrismo del enamoramiento, que el hombre tumbado a su lado permanecía despierto roído por una callada rabia; decir que estaba desesperado sería quizá un

tanto excesivo, dada la introversión que lo caracterizaba, pero no estaría del todo alejado de la realidad.

Si hasta entonces se había dado por hecho que Per y Ester estaban a gusto el uno con el otro y, por tanto, siempre querían estar juntos, ahora prevalecía el entendimiento tácito de que Ester no volvería a casa por las noches hasta que no hubiera más remedio. La relación entre Ester y Per se había basado en sobreentendidos, por lo que también la disolución de la misma tuvo lugar sin comentarios.

Los SMS de Hugo solían llegar por la noche, cuando tanto los colaboradores como Dragan se habían marchado y él continuaba trabajando solo. Todos los días a medianoche le enviaba algún mensaje amistoso que Ester leía al instante. A su lado, en la cama, yacía un hombre que ya no existía para ella.

El estudio de Hugo Rask se ubicaba en Kommendörsgatan, en pleno barrio de Östermalm. El edificio era uno de los pocos relativamente modestos que había en esa calle. De noche, Ester rondaba por la manzana, con la esperanza de verlo o de que alguien cercano a él saliera del portal. Y una noche ocurrió. De camino a casa, después de haber estado en el cine, Ester dio un gran rodeo para pasar por las inmediaciones del estudio. De pronto, lo descubrió al otro lado de la calle, caminando por la acera de enfrente. Andaba con pasos apresurados y briosos en la dirección opuesta. Ester dio la vuelta para seguirlo a una distancia prudente. Tras doblar la esquina un par de veces, Rask acabó entrando en el ICA Esplanad de Karlavägen. Ester se quedó esperando delante del supermercado.

Al cabo de tres minutos y medio, Hugo Rask salió y regresó por el mismo camino por el que había venido, con una bolsa en la mano. Ella mantenía una distancia de unos veinte metros. Cuando se encontraban cerca del portal del estudio, ella lo alcanzó, puso una mano en su hombro y exclamó:

—¡Qué casualidad!

Sin manifestar sorpresa alguna, Hugo se limitó a tocar el brazo de Ester y decir:

—Sube conmigo. Nos hemos quedado charlando un poco después del trabajo, algunos de mis colaboradores y yo.

—¿Y crees que a ellos les gustaría que yo subiera?

—A mí me gustaría. Venga.

Cinco personas estaban reunidas en la cocina del piso con las copas llenas de vino y acodadas a la barra. Hugo sacó lo que había comprado: galletas saladas, uvas y un queso azul que extrajo con cuidado de su envoltorio.

Una de las colaboradoras, una joven con el pelo encrespado y gafas muy llamativas, echaba a Ester miradas recelosas, aunque seguramente se trataba de una interpretación errónea, se decía Ester, porque no entendía qué motivo podía tener para mirarla así.

Bebían y comían, mientras comentaban lo bueno que estaba el queso. Hugo explicó que el maridaje de sabores del pan, el queso y la uva había tardado siglos en perfeccionarse. Solo los periodos así de dilatados posibilitaban la adaptación evolutiva de las papilas gustativas. Le maravillaban todas las cosas a las que se permitía un tiempo largo de desarrollo. Eso era algo que Ester había descubierto muy pronto, y que también había analizado en su conferencia. Derretida en cuerpo y alma por la cercanía del artista, pensó en el queso azul y en cómo había salido victorioso sobre otros quesos, y en los mohos que habían sido descartados en esa lucha por agradar a las papilas de la humanidad. Le parecía maravilloso que Hugo reflexionara sobre asuntos de tal magnitud y trascendencia.

Lo único que no le gustaba era que siempre estaba rodeado de gente, y eso decía algo de él que le provocaba cierta reticencia. Habría preferido que fuera un lobo solitario con un anhelo, un vacío interior que ella pudiera llenar.

Antes de comprender hacia dónde nos lleva el sentimiento, se suele hablar con todo el mundo de la persona amada, hasta que de repente, un día, aquello cesa. Entonces el hielo ya se ha vuelto muy fino y resbaladizo. Es cuando uno se da cuenta de que cada palabra conlleva el riesgo de dejar en evidencia el enamoramiento. Fingir indiferencia resulta igual de difícil que aparentar normalidad y, en el fondo, es lo mismo.

Ester aún no había llegado a ese punto, lo cual se hizo patente cuando, al cruzarse en una fiesta con la redactora jefe de la revista filosófica *La Caverna*, en la que a veces había colaborado, condujo de improviso la conversación a la persona de Hugo Rask, a pesar de que hablaban de otro tema bien distinto. La redactora estaba de acuerdo en que se trataba de un artista particularmente interesante, y en ese mismo momento se le ocurrió una idea. Comentó que estaban a punto de dar las pinceladas finales a un número monográfico sobre la abnegación y el deber, pero que les faltaba algo, un último toque que pudiera rematar el proyecto y atraer a la vez a nuevos lectores. Hasta ese momento la redactora no había tenido claro qué era lo que buscaba, pero como la obra de Hugo Rask siempre había girado en torno a cuestiones éticas, propuso que Ester le hiciera una entrevista centrada en la tensión entre el Yo y el Tú, tanto en su obra como en su persona.

Con los folículos pilosos ardiendo, Ester Nilsson preguntó a la redactora por qué la consideraba la persona más adecuada para esa tarea, puesto que la relación entre el Yo y el Tú no era un tema al que se hubiera dedicado ni en sus trabajos de filosofía ni en sus estudios de la obra del artista.

—Porque estás enamorada de Hugo Rask y por tanto te atreverás a hacerle preguntas que a nadie más se le ocurrirían.

—¿Qué te hace creer algo así?

—¿Crear qué?

—Que eso te hace plantear preguntas más atrevidas. Pensaba que era al revés, que

el enamoramiento te despojaba del juicio y del sentido crítico.

—Del juicio sí, desde luego, pero no del sentido crítico. Creo más bien que uno se vuelve más severo; pues si el amado resulta ser una persona lastimosa, contradictoria y débil, eso solo hace que lo ames aún más.

—Suena como si lo dijeras por experiencia propia.

—Ya lo creo.

La redactora mostraba una sonrisa más amplia de lo que realmente convenía a su dentadura manchada de vino y tabaco.

—Pero también hay otro motivo mucho más prosaico para pedírtelo.

—¿Cuál?

—Únicamente una persona enamorada será capaz de terminar un trabajo de esa envergadura en el plazo de una semana. Me temo que no puedo ampliar ese plazo.

—¿Qué te hace pensar que estoy enamorada?

—Lo veo en tu cara.

—Aprecio su arte —explicó Ester—. Eso sí, lo aprecio mucho.

La redactora se rio con indulgencia y un poco de malicia.

—Máximo veinte mil caracteres y mínimo dieciocho mil. Entrega dentro de una semana.

Una entrevista de esa índole requería horas de conversación y mucho contacto posterior, a fin de determinar la configuración del texto. Esta era su oportunidad.

A la mañana siguiente llamó a Hugo. El artista se sintió halagado pero quería pensárselo: el tema era difícil, exigía mucha reflexión y tiempo para meditarlo; había que hacerlo bien para llegar a un resultado correcto y aceptable. Pero, en principio, le interesaba el proyecto y la revista le inspiraba confianza.

Durante ese día Ester descubrió que no se veía capaz de informar a su pareja sobre la tarea asignada, lo cual interpretó como un síntoma inequívoco de que la relación había acabado. La cuestión era cómo anunciarle la ruptura. Esperaba que él la ayudara, y eso fue lo que pasó. Pero no soportaba la ambivalencia, por lo que la noche siguiente la agarró firmemente del brazo y le preguntó:

—¿Esto tiene todavía algún sentido? Nuestra relación, quiero decir.

Pero detrás de sus palabras Ester percibía sobre todo un deseo de recibir alivio y consuelo; lo preguntaba para que ella confirmara que se equivocaba. A la persona que quiere marcharse la asalta una resistencia, un temor a lo desconocido, a las complicaciones que entraña y la posibilidad de arrepentirse. El que se niega a ser abandonado ha de explotar esa renuencia, pero para ello debe refrenar las ansias de certidumbre y sinceridad. El asunto debe permanecer sin formularse. El que no quiere que lo abandonen debe dejar que sea el que ansía irse quien decreta el cambio: únicamente de esa manera es posible conservar a una persona con ganas de escapar. De ahí el vasto silencio intrarrelacional que reina en el mundo.

Ester pensó: «No puedo. No puedo mitigar su dolor y mi propia incomodidad. No puedo».

—No, no tiene sentido —dijo.

—¿Así que se ha acabado?

—Sí.

—Entonces quiero que te vayas mañana mismo.

—Pero no tengo adónde ir.

—Mañana cuando vuelva del trabajo no quiero verte aquí.

Al día siguiente, Ester se trasladó a casa de su madre en Tulegatan. La madre no preguntó ni mucho ni poco, y le dijo a Ester que podía quedarse todo el tiempo que quisiera. Cuando se despertó el primer día después de la ruptura, no albergaba ningún sentimiento de tristeza ni de nostalgia, solo experimentaba una sensación de libertad. No hay quien sea capaz de desentenderse de su propia euforia. Se dice que una separación siempre resulta muy dura, pero el que está enamorado de otro no puede sentirse verdaderamente infeliz al mismo tiempo. Se puede estar oprimido por la culpa o agobiado por las dificultades futuras, se puede sufrir por el otro. Pero el enamoramiento es total, incluso totalitario. Abarca todo lo que se hace y se piensa, de ahí su fuerza devastadora.

Ester concertó una cita con Hugo para la entrevista, el domingo siguiente a la una.

El domingo amaneció un día soñoliento, gris y desapacible. Cerca de la una del mediodía, Ester aguardaba, en una calle adyacente a la de la casa de Hugo, el momento en que se podría permitir tocar el timbre de la puerta. Se hallaba tranquila ante el encuentro: hablar durante horas de temas profundos se le daba bien. Lo único que le creaba una vaga sensación de inquietud era la idea de perder ese futuro en el cual su anhelo ya había instalado el nido.

Al darse cuenta de que estaba muerta de hambre, compró una salchicha vegetariana en el puesto junto al hotel Mornington, en Nybrogatan. Cuando se la terminó, el reloj marcaba la una en punto. Esperó otros dos minutos antes de enfilear la calle y acercarse al portal de aquel a quien iba a entrevistar. Tocó el timbre. Hugo abrió. La abrazó torpemente sin mirarla a los ojos. Su desenvoltura afable se veía ahora transida de una vulnerabilidad no habitual en él y de una suerte de cohibida introspección. Su vieja naturalidad despreocupada se había esfumado. Era la primera vez que se veían a solas, y en los ojos resacosos del artista se advertía la velada certeza de que todo lo que hicieran a partir de ese momento acarrearía consecuencias.

Tomaron asiento en sendas sillas junto al escritorio macizo repleto de papeles y libros. Antes de poner en marcha la grabadora y empezar a trabajar, Ester pensó que los calzoncillos de Hugo parecían de corte ceñido.

Muchos lo consideraban obsesionado por los valores morales en su arte, comenzó ella vacilante, a modo de tanteo, con mucho cuidado y para romper el hielo. ¿O quizás lo que le obsesionaba era el ser humano, su naturaleza y su comportamiento primario?

Efectivamente, más bien lo describiría así, dijo; la observación parecía haber sido de su agrado. Obsesionado por el Hombre como tal, sí. Pero obsesionado era una palabra demasiado negativa, más bien podía decirse que sentía un interés profundo. Las diferencias idiosincráticas entre los individuos solo le atraían en la medida en que conformaban un halo en torno a la humanidad en sí de la persona, que era lo que él buscaba. Sus investigaciones se centraban en la Idea como signo natural de las cosas, de acuerdo con la teoría de las ideas de Platón. El concepto universal de Hombre sobre los hombres particulares. La Idea de Silla sobre las sillas concretas. El Cuerpo del que participan todos los cuerpos.

De ese modo se situaba en una posición totalmente pasada de moda para aquellos

sectores de la intelectualidad que hacía ya tiempo habían ajustado cuentas con cualquier pretensión de universalidad respecto al concepto de hombre, señaló Ester. Según ellos, no se podía designar al Hombre arquetipo de todos los hombres sin que ese representante de la humanidad fuera varón, blanco, europeo y burgués. La Silla de las sillas no existía, puesto que siempre tendría un referente occidental y de una determinada época. Y el Cuerpo del que hablaba era un cuerpo protofascista.

Hugo se abstuvo de comentar tal observación, se limitó a decir que el conocimiento se alcanzaba, tanto en el arte como en la ciencia, obligándose a contemplar los objetos de nuevo, tal y como eran, al desnudo, sin dar jamás por descontada su existencia ni su naturaleza. Para ver los movimientos del hombre, había que estudiar el esqueleto. Para ver la opresión, había que buscar la fórmula de la opresión, pues las posibles variaciones solo se presentaban a fin de confundir a la mirada, el patrón era el mismo, y todo traía causa de un fenómeno primigenio, tanto el ser humano como el objeto.

Ester contestó que compartía por completo esa visión de los principios unificadores de la existencia, de la estructura fundamental del ser. La cuestión era hasta qué punto había que hacer caso de las críticas que se dirigían contra ese enfoque.

A Hugo parecía preocuparle más la imagen que proyectaba en los lectores que la cuestión de si ella compartía o no su modo de ver las cosas, y en eso hacía bien, pensó Ester. El hecho de que ella poseyera una agenda oculta al acometer la entrevista no tenía por qué significar que él también la tuviera. Debía ser paciente y plantearse su objetivo a largo plazo.

Ester tomó otra vía y le preguntó en qué basaba su moral, si valoraba los actos según las consecuencias que tuvieran o por su adecuación a determinados principios. Como él no parecía entender la pregunta, continuó explicándole que ella misma había reflexionado a veces sobre si a la hora de la verdad no éramos todos, en cierta medida, utilitaristas, esto es, consecuencialistas, en tanto que valorábamos la moralidad de los actos según su resultado, incluso cuando afirmábamos regirnos por unos principios.

—¿Qué quieres decir? —replicó él con brusquedad y tono irritado—. ¿Dónde está la contradicción?

Ester se puso nerviosa, pero decidió que le sería más embarazoso abandonar el razonamiento que concluirlo.

—Un consecuencialista —continuó— está obligado a oponerse a la democracia si resulta que las consecuencias de esta son peores que las de una dictadura. Para un defensor de esta teoría no puede haber valor intrínseco en nada que no sea el máximo bienestar, mientras que para el que aboga por una ética deontológica el único principio rector que existe es el valor intrínseco; el valor intrínseco que hay en la libertad y en la autonomía —Ester hacía una breve pausa al acabar cada frase, pero Hugo no intervenía—. Entonces, un defensor de la deontología ética deberá asumir la

idea de que su postura puede acarrear peores consecuencias que otras posturas, y sin embargo persistir en la defensa del principio de libertad y autonomía del individuo, así como saber justificarlo.

El rostro de Hugo Rask permanecía inexpresivo aparte de una débil insinuación de asombro. También la inexpresividad es una expresión, constató Ester.

—¿Y cómo afronta este problema un deontologista? —prosiguió Ester de manera cada vez más forzada al tiempo que se arrepentía de toda su digresión filosófica—. ¿No será que, después de todo, el deontologista cree que, a la larga, la autonomía del individuo es lo único que ofrece unas consecuencias aceptables? ¿Y así, irremediadamente, va a parar a una ética consecuencialista, a una forma de utilitarismo normativo?

Hugo se mecía pensativo en la silla con las manos apoyadas en los reposabrazos.

—A la larga todos estaremos muertos, como dijo Keynes —repuso.

—¿Y cómo nacen, en realidad, el valor intrínseco y los principios? —continuó Ester—. Es decir, todo aquello que el utilitarista rechaza pero que sirve de fundamento a la postura deontologista. ¿No se originan necesariamente en comparación con unas alternativas supuestamente peores? Pero ¿peores en comparación con qué? ¿No es por fuerza el resultado, aquello que el deontologista descarta, lo que debe constituir el punto de comparación?

Hugo, cuya mirada había empezado a divagar, dijo:

—Cuando preguntaron a Zhou Enlai sobre los efectos de la Revolución Francesa, casi doscientos años después, ¿sabes lo que contestó? «Es todavía muy pronto para decir algo». ¿No es maravilloso? «Todavía muy pronto para decir algo».

Hugo se rio. No era una risa que la hiciera a ella partícipe.

—Pero efectivamente con plazos tan largos, como acabas de señalar, estaremos todos muertos —repuso Ester.

—Yo soy artista. Hay una moral también en la estética.

—Háblame de eso.

Él dijo: «La estética es un acto moral».

Ella dijo: «¿Qué quiere decir eso?».

Él dijo: «Quiere decir que la estética, el arte en sí, tiene una fuerza revolucionaria».

Ella dijo: «¿Independientemente del contenido?».

Él dijo: «Si no la tiene, no es arte».

Ella dijo: «¿Se trata, por consiguiente, de una definición?».

Él asintió con la cabeza. Ella preguntó entonces qué era todo lo demás, aquello a lo que se llamaba arte pero que carecía de fuerza revolucionaria.

Él dijo: «Artesanía. O basura».

Pasaron entonces a hablar de las particularidades de su obra. Ester fue quitando peso al tema principal de la entrevista, el del Yo y el Tú, al ver que las respuestas consistían sobre todo en crípticas citas o inescrutables resúmenes de Buber. Cuando

dialogaban de modo más libre, Hugo se explayaba con gran detalle, y lo hacía siempre como si no le hubieran formulado ninguna pregunta, incorporando la formulación de la misma a su propia exposición. A Ester le dio la sensación de estar dando forma verbal a la persona de Hugo y su actividad, y de que él, de inmediato, se apropiaba de sus palabras con el convencimiento de que habían sido resultado de su propia reflexión.

Al cabo de tres horas, había reunido material suficiente para redactar la entrevista, de modo que apagó la grabadora. Se sentía agotada intelectualmente. Echó un vistazo al reloj: demasiado pronto para cenar.

Descansaron un rato charlando de cosas pequeñas e intrascendentes, por ejemplo de un bonito violín que colgaba en la pared, o del ir y venir de la gente en la calle, que contemplaban, muy cerca el uno del otro, tras haberse levantado de las sillas, junto a la ventana. Ester experimentaba una fuerte atracción por el cuerpo de Hugo. Comentó, de modo casual, que acababa de romper con su pareja y estaba viviendo temporalmente en casa de su madre, a la espera de encontrar un apartamento. Él toqueteaba y removía sus clips mientras daba la impresión de querer proponer algo. Ester añadió que no pensaba comenzar a escribir hasta el día siguiente, cuando su cerebro estuviera más fresco. Ahora estaba agotada.

—¿Tienes hambre? —preguntó Hugo.

—Sí.

—Yo también.

—No he comido nada más que una salchicha, justo antes de venir. Una de esas vegetarianas del puesto que hay junto al hotel.

—Allí tienen buenas salchichas.

—Sí, al parecer es un sitio famoso —dijo Ester—. Sale en el periódico.

—Aunque, la verdad, yo no como muchas salchichas. ¿Tú sí?

—No. Casi nunca.

—¿Hay salchichas vegetarianas? No lo sabía. ¿De qué están hechas?

—Diferentes plantas procesadas y embutidas en una envoltura. No creo que sea muy sano, pero quizá es mejor que la carne.

—¿En cuanto al valor nutritivo?

—Sí. Y en cuanto a la ética.

—¿La ética utilitarista? —preguntó acompañando sus palabras de una suave y cálida risa—. ¿O deontologista?

Al parecer, a pesar de todo, le había prestado atención.

—He empezado a hacer *footing* de nuevo —comentó Rask—. Esta semana. Pero enseguida se me ha resentido la rodilla.

Ester pensó que había empezado a hacer ejercicio al percatarse de las miradas que ella lanzaba a su cuerpo, dándose cuenta así de que estaba enamorada de él.

—Puede que sea el menisco. ¿Me dejas?

Él acercó la rodilla y ella la estuvo palpando durante un buen rato.

—Hace unos años solía salir bastante a correr —dijo Hugo—. No me importaría volver a hacerlo. ¿Quizá podríamos correr juntos?

—Siempre que no estés lesionado.

—Pero seguro que tú corres más rápido que yo.

—El ritmo lo podemos decidir entre los dos —sugirió Ester.

Hugo flexionó y estiró la pierna un par de veces y luego dijo:

—Vaya. De modo que no comes muchas salchichas. Entonces, ¿qué comes?

—Plantas sobre todo.

—¿Plantas?

—Y alguna que otra gamba.

—¿Por qué plantas?

—Porque no he hallado forma de defender el consumo de seres provistos de conciencia. Además, posiblemente las plantas te hacen vivir más tiempo.

—¿Y cuántos años quieres vivir?

—Hasta los cien, más o menos.

—Vaya, son muchos años. ¿No crees que al final puede resultar aburrido?

—No, depende de lo que hagas.

Hugo miró por la ventana en dirección al restaurante de la acera de enfrente. Su lugar habitual.

—Si no tienes prisa, podríamos ir a tomar unas plantas, y asegurarnos de que no se nos haya pasado nada. A menudo las cosas más interesantes son las que salen una vez acabada la entrevista.

—Ya has dicho muchas cosas interesantes.

La miró entonces de una forma diferente, con ojos implorantes y cargados de intensidad, antes de preguntar:

—¿Te parece? ¿Crees que he dicho algo que merezca la pena?

—Sin duda. Es obvio que dices cosas interesantes.

A Ester le dio la impresión de que Hugo tenía ganas de hablarle sobre algo que le preocupaba, algo sobre lo que quería saber su opinión sincera, aunque prefería una afirmación indulgente.

—Para mí no está tan claro —prosiguió él—. A veces me lo dicen, pero yo no lo veo así.

—Todo el mundo sabe y piensa que eres interesante. Si te critican, lo hacen conscientes de tu elevada posición.

—¿Tú crees?

—Lo sé.

Ella se había puesto el abrigo y el gorro.

—¿Cómo lo sabes? —insistió él.

—Porque te encuentran interesante del mismo modo en que lo hago yo.

Al pronunciarlas, las palabras le chirriaron un poco.

Tenían que esperar hasta que el local abriera a las cinco, para lo cual quedaba muy poco. Mientras, él le mostró algunos libros que habían sido decisivos para el desarrollo de su pensamiento. En el fondo, su pensamiento no impresionaba gran cosa a Ester, pero su arte le parecía de suma originalidad, y, como estaba enamorada, también su ideario intelectual adquiriría un brillo especial.

Poseía dos ejemplares de *El hombre rebelde* de Camus y le regaló el que estaba mejor conservado y lucía una portada parecida a la original, o al menos como ella se la imaginaba. Una cubierta muy francesa, de color amarillo pálido, con líneas rojas que formaban un rectángulo.

—Camus ha significado mucho para mí —explicó Hugo.

—Camus es fantástico —asintió Ester—. Nunca se me olvidará la sensación que me produjo leer *El extranjero*. El estilo, el tono, la primera frase. Ese laconismo que lo caracteriza.

—En tiempos me sabía de memoria toda la primera página, en francés —dijo Hugo.

—¿Por qué?

Ahora Hugo se hallaba en compañía de Camus y se limitaba a sonreír para sus adentros.

Ester continuó:

—¿Te acuerdas de ese pasaje tan terrible en el que la novia le pregunta si la quiere? Y él responde que eso carece de importancia.

Cada vez que ella comentaba algo, Hugo permanecía en silencio, nunca seguía el hilo de sus comentarios. Ester, en cambio, siempre se prestaba a desarrollar las ideas de Hugo. Ninguno de los dos tenía mucho interés en ella: para ambos, el objeto de interés era él.

Ester tomó nota para sus adentros de esa falta de curiosidad y generosidad, pero no permitió que ello menoscabara la devoción que sentía.

A las cinco en punto cruzaron la calle para comer algo. Charlaron ininterrumpidamente hasta las diez, hora en la que apuraron el vino que quedaba. Ester concluyó que si dos personas podían mantener viva una conversación desde la una del mediodía hasta las diez de la noche, no había nada de que preocuparse. El futuro se presentaba luminoso.

Durante toda la siguiente semana, Ester trabajó en la entrevista que publicaría la revista *La Caverna*. Lo hacía inmersa en idéntico estado de embriaguez que un mes atrás, cuando, en lo que ya le parecía otra época, había redactado la conferencia sobre el mismo artista.

Los textos buscan su ritmo, y encontrarlo requiere tiempo. Pero en determinado momento el texto se halla concluido incluso a ojos de aquel que estaría dispuesto a dedicarle un tiempo ilimitado. Eso ocurre cuando lo escrito se ha distanciado de su origen hasta tal punto que rezuma claridad y produce asombro a cada nueva lectura.

Para esta entrevista empleó más horas diarias de lo que en circunstancias normales habría aguantado. Por lo general, no podía escribir durante sesiones muy largas; al cabo de cierto número de horas su cerebro se volvía quejumbroso y se centraba en errores nimios e irrelevantes, de cuya eliminación se arrepentía al día siguiente, o bien empezaba a reproducir frases convencionales de la cultura de su entorno.

Ocho días después de recibir el encargo, el largo texto no solo estaba terminado, sino que también había sido leído por Hugo: juntos lo habían comentado en compañía de Dragan Dragović —quien además de criticar la mayor parte de su contenido mostró en general todos los signos habituales de una persona celosa—, tras lo cual había sido enviado a la redacción de la revista. El equipo de la misma expresó su satisfacción, asombrado de que Ester hubiera podido conseguirlo en tan poco tiempo.

—Bueno, tenía un plazo.

—Pero es que lo has hecho en un tiempo récord.

—¿Esperabais algo peor o creíais que no lograría cumplir el plazo?

—¿Qué quieres decir? Estamos contentos. La entrevista es muy buena.

—Gracias. Me alegro. Pero supongo que no encargáis trabajos que consideráis imposibles.

—No sé de qué estás hablando. Mándanos la factura.

Una vez acabado aquel trabajo, Ester y Hugo continuaron viéndose al menos una vez por semana. Cenaban en el restaurante, donde acometían interminables conversaciones, y después Hugo solía pedir a Ester que subiera al estudio para seguir charlando, pero nunca que lo acompañara a su piso, ubicado en el mismo inmueble, al otro lado del patio. Ester se preguntaba por qué no pasaba nada, por qué no

avanzaban, a pesar de que no había duda alguna sobre el rumbo. Desesperada ante la posibilidad de que la cosa no llegara a más, le preguntó en un SMS: «¿No puedes contarme lo que sientes?». Él contestó con un aforismo, lo suficientemente críptico como para no comprometerle a nada: «El hombre es un gozo para el hombre^[1]». Ella, sombría, pensó: «El hombre es un lobo para el hombre».

Se preguntó si no había cometido una locura al haber abandonado, sin pensárselo y sin dudar ni un instante, tan solo guiada por sus sentimientos, una relación del todo armoniosa para meterse en ese vacío. Lo que pasaba era que odiaba el tedio, siempre lo había odiado; prefería atormentarse a aburrirse, la soledad a estar con un grupo de gente charlando de banalidades. No porque la gente que se distraía con la conversación intrascendente le cayera mal, sino porque le robaba demasiada energía. La charla social era algo que la dejaba exhausta. Podría ser, argumentaba consigo misma, que se hubiera enamorado de Hugo porque, sin que se hubiera percatado, su vida se había tornado tan tediosa que necesitaba esa mezcla de inquietud, esperanza y dicha absoluta para sentirse viva.

Pero en esos momentos hasta el aire que respiraba le resultaba atterradoramente desolador.

Algo retenía a Hugo. Quizá había obstáculos desconocidos. Se le ocurrió que la antigua costumbre de las amonestaciones prenupciales debía de haber surgido para disipar precisamente el tipo de inquietud que sentía ahora. Siempre había pensado en ese procedimiento como algo desprovisto de contenido que correspondía a una época irracional, pero sin duda se había establecido justo para evitar ese tipo de situaciones. El estricto orden que regía la convivencia conyugal en aquellos tiempos era, en realidad, mucho más racional —en el sentido de planificado y premeditado— que esta idiotez de arbitrariedad y de sentimentalismo a la que ella se había lanzado, y a la que todas las personas modernas debían atenerse: ni reglas, ni tradiciones, nada en lo que apoyarse, nada.

No concebía sobrevivir a un desenlace de la historia que no fuera el previsto: que ella y Hugo se convirtieran en amantes, sellando un compromiso de pertenencia mutua.

Cada dos fines de semana, Hugo se marchaba de viaje. Decía que tenía que ir a Borås, donde vivía su anciana y achacosa madre. Había algo en esos viajes a la ciudad de Borås que a Ester no le cuadraba; los envolvía un extraño vacío, el mismo tipo de vacío anómalo que siempre envuelve la mentira. Pero su intuición resultaba incomprensible, ya que no existía ningún motivo para dudar de la autenticidad de esos viajes, ni para que él mencionara un destino al que no pensaba viajar. Aun así, había algo que no encajaba.

Una de esas noches en que, tras la cena y el vino, subieron al estudio para seguir hablando, ella descubrió un billete de tren que asomaba por el bolsillo interior de una

americana que colgaba en el respaldo de una silla. Cuando Hugo se ausentó un momento para ir al baño, ella se levantó, dio una vuelta por la habitación, contempló las obras de arte que decoraban las paredes y, de forma tan leve que apenas podía considerarse un acto voluntario, tiró del billete.

En el billete ponía: «Estocolmo-Malmö ida y vuelta». El nombre de Borås no aparecía por ningún lado. Y el billete era del fin de semana anterior, antes del cual Hugo había anunciado su intención de viajar a Borås.

Cuando se hubo recuperado de la sorpresa inicial, pensó que eran buenas noticias. El hecho de que callara acerca de una relación que mantenía a distancia, único motivo posible de sus viajes a Malmö, sugería que tal relación se hallaba en pleno proceso de desmantelamiento y que las oportunidades de cambio debían de ser considerables.

Un par de días antes de Navidad, Ester mandó un SMS a Hugo preguntando si podía pasar a verlo para darle un regalo. Él contestó que esa misma noche tomaría el tren nocturno hacia Malmö-Copenhague, pero que la recibiría encantado si quería pasarse un rato antes de que se fuera a la estación. Algo le había hecho mencionar el destino geográfico verdadero de su viaje, si bien el añadido «Copenhague» denotaba un intento de darle un aire más impreciso, o quizá más interesante y cosmopolita.

Ester pensó que esta nueva sinceridad nacía de un sentimiento de mayor cercanía. En la intimidad no hay ningún deseo de mentir. La mentira requiere una cierta dosis de deshumanización, al menos en el instante de pronunciarla. La mentira es una coraza. No mentir cuando la tentación de hacerlo se presenta es mostrarse desnudo.

En el centro de Estocolmo la nieve se acumulaba en montones que bordeaban las calles, y de los tejados colgaban numerosos carámbanos. Feliz por el breve encuentro al que se dirigía pero preocupada ante las semanas navideñas y el incierto futuro, Ester caminaba dando algún que otro resbalón por las aceras con el regalo en la mano.

Hugo la invitó a tomar un vino a pesar de que apenas eran las cinco de la tarde. La conversación fluía con naturalidad. Las palabras saltaban como chispas de un soldador, acompañadas de risas livianas. Ester se encontraba a gusto, cómoda y contenta. Era con ese hombre con el que quería estar, en cualquier parte del mundo, pero con él.

Hugo ya tenía hecha la maleta. Ella le entregó el regalo, adquirido en una librería de viejo y elegido con mucho mimo.

—¿Es buena? —preguntó una vez abierto el paquete, que contenía la novela *Mai: Un amor* de Jan Myrdal.

—Extraordinaria —respondió Ester.

Hugo leía el texto de la contraportada.

—Myrdal es importante —comentó—. Un pensador importante.

—No sé si lo recomendaría como pensador —observó Ester—. Pero posee un lenguaje de una impetuosa eficacia, y muestra una clarividencia enorme ante las cuestiones del corazón sin caer en lo empalagoso o en la falta de consistencia. ¿Cómo

describir al ser humano desde dentro, verbalmente o con imágenes, sin que en la transferencia todo se vuelva falso? Esa es la cuestión. Metaforizar los sentimientos no hace más que alejarnos de ellos. Al leer a Myrdal sientes las vivencias de los personajes como si las experimentaras tú mismo.

—La descripción de sentimientos es algo que hay que evitar a toda costa —repuso Hugo—. Todo se basa en manipular al receptor para que sienta lo que quieres que sienta. Y eso no se hace mostrando los sentimientos sino provocándolos. Lo cual exige otro tipo de recursos.

Ester replicó:

—Yo creo que el problema consiste en que interpretamos los actos de los otros de un modo conductista, desde un punto de vista externo y objetivo, mientras que nuestros propios actos los consideramos de manera fenomenológica, desde dentro de la conciencia. Ese es el dilema del hombre. Por eso tenemos todos una comprensión tan amplia de nuestros propios actos y tan reducida de los de los demás.

Hugo llenó su copa y la de Ester al tiempo que decía:

—¿No sucede más bien lo contrario, que el hombre es muy crítico consigo mismo, proclive a comprender al otro pero a condenarse a sí mismo?

—¿Eso crees? Debo reconocer que no es algo que yo haya notado.

—¿No?

—En todo caso, solo como un oportuno barniz y una compensación por la agresividad que albergamos hacia los demás. Pero la verdad es que Myrdal, en este libro, consigue aunar lo fenomenológico y lo conductista sin que uno se dé cuenta de cómo lo hace.

Hugo le dirigió una mirada suave, con una sonrisa cautelosa.

—¿Quieres decir que es algo místico?

Ester se cohibió. Lo quería tanto que le dolía todo el cuerpo.

—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera? —preguntó.

—Unas dos semanas más o menos.

—¿Tanto?...

Él permaneció callado; vaciló, a punto de decir algo, pero se detuvo.

—Ahora mismo no sé qué hacer. Ni idea. Quizá me dé una vuelta por Leksand también.

—¿La casa que tienes en Leksand?

—Es adonde voy cuando quiero estar solo y pensar.

Se dio la vuelta y se puso a toquetear algo que había dentro de un armario, con movimientos nerviosos sin objetivo ni dirección. Ella pensó que lo que le acababa de enviar era un interrogante encubierto, una pregunta furtiva acerca de si debía arriesgarse a romper con la mujer a la que, posiblemente, visitaba en Malmö. Si diera el paso, ¿podría contar con Ester? Con la expresión «no sé qué hacer», ¿le estaba preguntando si podía confiar en ella? ¿Quería cerciorarse de que no estaba jugando con él? ¿Era él, en realidad, el que se sentía expuesto y vulnerable, y no al revés?

Hasta ese momento no se le había ocurrido que pudiera ser así.

Se despidió con un beso deseándole una feliz Navidad, y volvió levitando por las calles de Estocolmo, en pleno auge del comercio navideño.

No le contó nada a su madre, a quien todo aquello le habría parecido inapropiado. Había que tener cierto decoro, y no lanzarse de un novio a otro así como así. En especial, se debía dejar en paz a los «hombres ocupados». Ahora bien, hasta hacía bien poco todo había dado a entender que Hugo era un individuo libre; no se había podido detectar ni rastro de que pudiera tener una relación, a excepción de aquel billete de tren, los extraños viajes de fin de semana y el vacío que los envolvía.

Fueron unas fiestas tranquilas. Ester las dedicó a *El hombre rebelde*: le resultaba tan difícil que tenía que leer las frases dos veces. Camus lo había escrito como protesta contra el totalitarismo revolucionario de Sartre, una protesta que a Ester le interesaba. Pasada una semana, no aguantaba más, así que escribió un SMS: «Leyendo a Camus. La revolución es incompatible con el funcionamiento del cerebro humano. O sea, con el ser humano. No estamos hechos para manejar el innato absolutismo de la revolución ni su brusquedad. Todo lo que acomete el hombre lo hace de manera gradual. Todos los conocimientos adquiridos, todas las ideas, todo lo que acontece y lo que se dice forma parte de un proceso, de innumerables capas de experiencias acaecidas. La vida se vive de manera gradual, por definición, y la conciencia está hecha así, por evolución. El amor lo buscamos para sentir que alguien nos ve».

Las últimas palabras, se dio cuenta inmediatamente, resultaban innecesarias, altisonantes y poco oportunas. Pero era demasiado tarde, el mensaje ya había sido enviado.

No hubo respuesta. Sí, en cambio, una devastadora angustia, que crecía conforme pasaban los días sin que supiera nada de él. La vergüenza de haberse expuesto de tal forma sin recibir contestación arruinó por completo lo que quedaba de las fiestas, a medida que aquel sentimiento le fue carcomiendo poco a poco los nervios. No podía concentrarse; se decía a sí misma que era hora de rendirse, de no volver a pensar en él ni en ningún otro hombre, porque era incapaz de soportarlo. Ya no quería nada con él. ¡Que se fuera de su vida!

Después de Año Nuevo, Hugo regresó a Estocolmo. Ester recibió un correo electrónico el mismo día: «He vuelto. Si trabajamos bien hoy, esta noche podemos darnos un homenaje en el restaurante».

Dos frases y la angustia se esfumó. Todo el día trabajó con agilidad y presteza. Luego se fue al gimnasio, montó en la bicicleta estática, corrió en la cinta, se duchó, se arregló y, de camino a casa de Hugo, entró en el bar de un hotel para tomarse una copa. Nunca había hecho algo así. Acomodada en un sillón, vestida con unos pantalones sobrios pero elegantes, a juego con la blusa y la chaqueta, sorbía un gin-

tonic mientras leía las últimas páginas de *El hombre rebelde*. Desde el bar envió un SMS a una amiga para describirle la situación y decirle que se sentía como si por fin hubiera empezado a portarse como una mujer de verdad. Una frase tonta y una idea aún más ridícula, era consciente, pero se ajustaban a la perfección a lo que estaba experimentando. Allí, cómodamente sentada en el sillón del bar de un hotel, tomando un cóctel mientras leía un clásico francés, pensó que aquellas expresiones que solían considerarse tontas y cursis existían porque reflejaban con mayor exactitud que otras un cierto tipo de sentimientos.

El rostro redondo de Hugo ardía de regocijo cuando Ester, a las seis en punto, se presentó en el estudio. Olía bien, acababa de afeitarse, tenía el pelo húmedo y recién peinado, y llevaba una ropa más limpia y elegante de lo habitual.

—¿Tienes hambre? —preguntó radiante.

Ella tenía hambre.

—Venga, vámonos.

Y se marcharon. Esa noche fueron al restaurante Sturehof.

Dragan Dragović y los demás colaboradores no estaban o ya no se dejaban ver en el estudio, adonde se dirigían después de cenar. Pero no ocurriría nada. Aunque las conversaciones poseían una carga erótica tan intensa que cualquiera que las presenciara habría recibido una descarga eléctrica, las veladas acababan con un beso de despedida y el recatado regreso de Ester por las calles nocturnas de Estocolmo.

Ester procuraba convencerse de que la lentitud significaba que se trataba de algo bello. Todo aquello que tiene importancia lleva su tiempo, concluyó. Cuando las dos partes están igual de ansiosas, las cosas suelen demorarse más, había leído en algún sitio. Se decía, al tiempo que enloquecía a causa de la tardanza, que era el preludio de una de esas historias que más tarde se convierten en hermosas, que emocionan por su belleza y ternura. No obstante, habría cambiado toda la delicadeza del mundo por poder empezar, ya de una vez, su vida en común. Había días en los que presentía el gélido temblor de la catástrofe. Siempre existen motivos para lo que la gente hace y deja de hacer, pensaba. La pasividad de Hugo debía de tener una causa. Si hubiera deseado pasar más tiempo con ella, ya lo habría hecho.

Como estaba hundida en un viscoso cenagal en el que, por mucho que chapoteara de un lado para otro, no llegaba a ninguna parte, las posibilidades de escapatoria eran nulas. Guardaba recuerdos borrosos de una vida reciente en la que se había dedicado a algo más que sus sentimientos, en la que se había interesado por el mundo exterior, había intentado aprender cosas y había sentido la alegría de vivir. Ahora se consagraba exclusivamente a tratar de entender si él quería algo con ella o no.

Deseaba esa claridad que solo la consumación física es capaz de otorgar. Quería que se fundieran el uno en el otro para así, a partir de entonces, poder estar disponibles el uno para el otro y poder permitirse tener expectativas acerca de su

relación.

En constante excitación, se acariciaba para un alivio breve y fútil. El corazón doliente y el deseo de un cuerpo, de una piel, de los brazos del otro, no se remediaban con la masturbación.

A mediados de enero, le fue asignado un apartamento por el Instituto Municipal de la Vivienda. Llevaba en la lista de espera justo los años necesarios —desde el día en que había cumplido los dieciocho— para que le ofrecieran un estudio en el centro. La casa estaba situada en Sankt Göransgatan, daba a un patio de manzana y era muy tranquila. Podía mudarse de inmediato.

Cuando se veían, Hugo siempre se mostraba espléndido al invitar. Platos exquisitos, licores dulces con el postre. De vez en cuando invitaba ella, pero de forma menos espléndida. Los días que no quedaban, seguían de todos modos en contacto. Pequeñas reflexiones, observaciones y ocurrencias de lo más absurdas que se comunicaban por correo electrónico o SMS. Pero cada dos fines de semana reinaba el silencio. Ella no preguntaba. Él no mencionaba ni Borås ni Malmö-Copenhague.

Ester pensó que, neurológicamente hablando, ya habían hipotecado su futuro. Cada uno había llegado a formar una parte tan importante de la conciencia del otro que ninguno de los dos podía concebir la pérdida de un porvenir tan intensamente imaginado que era como si ya estuviera aquí. Temía, sin embargo, que eso no se aplicara a las neuronas de Hugo. En ese caso, la esperaba un gran sufrimiento. Además, él seguía sin comentar nada acerca de lo que tenían entre manos, o de adónde pretendía que los llevara. Ester sabía que el cerebro tiende a conservar lo que ya posee antes que conquistar algo nuevo, una tendencia que está incorporada en la propia estructura cerebral y fomentada por la evolución. Entonces, la pregunta era a quién de las dos no quería perder. ¿A cuál de sus mujeres —daba por descontado que veía a alguien en Malmö— rodeaban sus brazos protectores movidos por el terror a la pérdida?

Una de esas noches en que, tras quedarse en el restaurante de siempre hasta el cierre, habían continuado la velada en la cocina del estudio de Hugo, este rompió por primera vez la pasividad que caracterizaba sus encuentros y dijo:

—¿Y ahora qué hacemos?

Ella se puso demasiado nerviosa como para advertir que no se trataba de una pregunta, sino de una proposición.

—¿Qué quieres decir? —replicó, matando así lo que él había intentado lograr—. Seguiremos hablando como siempre, ¿no?

—Sí, claro.

Se instaló un breve de silencio, tras el que ella sugirió:

—Podría subir contigo a ver tu casa.

Pero el momento había pasado. Ella lo había enturbiado en exceso.

—Algún día te la enseñaré, pero hoy no —respondió él con un laconismo que ponía fin a cualquier posible discusión—. Está hecha un desastre.

—Tienes que ver mi casa nueva también. Me mudé el jueves.

—Muy bien. Ahora me voy a la cama.

Ella volvió a casa mortificándose. «Qué lenta soy para captar las cosas, y siempre recorro a las palabras en lugar de actuar», pensó mientras se apoderaba de ella una gran desesperación. Sabía que las palabras eran su escudo, la muralla detrás de la cual se refugiaba para esconderse. También sabía que las palabras no podían lograrlo todo, por mucho que ella se empeñara. Un poco de torpeza verbal la habría favorecido sexualmente, dado que, entonces, también el cuerpo habría tenido que trabajar un poco. Pero las palabras siempre estaban ahí para sustituirlo. Con las palabras todo resultaba más sencillo, más a mano.

Durante unos días fue presa de una enorme angustia, y se pasó horas gimoteando, tirada en el suelo de su nueva casa.

Se instaló el silencio. Pasó una semana. La inquietud, aderezada de mortificación, le producía náuseas. El coro de amigas le decía que una oportunidad no se perdía así como así, por una cosa tan nimia, y que si todo aquello merecía la pena, él seguiría estando disponible. Ella no había cometido ningún error: ¿acaso él no podía tomar también la iniciativa? No todo iba a depender de ella. El coro de amigas se integraba por la totalidad de los consejos y las advertencias que le transmitían sus amigas más íntimas. Estos le ayudaban a aguantar un poco más en esos momentos en que la negrura envolvía su vida como una mortaja.

La tarde del lunes de la semana siguiente, Hugo iba a dar una conferencia sobre la percepción visual del color. Ester lo sabía desde hacía tiempo y él le había pedido que asistiera. Uno de los grandes intereses de Hugo eran los colores y la percepción de los mismos, el modo en que las personas apreciamos los matices cromáticos. No era un campo que Ester dominara, pero Hugo expuso el tema de una manera tan didáctica que el discurso fue perfectamente comprensible y le permitió adquirir nuevos conocimientos.

Cuando Hugo hubo terminado y recibido los consabidos aplausos, se saludaron a distancia con la mano al tiempo que cruzaban las miradas y asentían tímidamente con la cabeza. Ester permaneció al fondo de la sala mientras los asistentes se reunían en torno al protagonista del evento. Transcurridos diez minutos sin que él se hubiese desprendido de sus admiradores, Ester se obligó a abandonar la sala. No habían quedado después, y ella tampoco quería preguntar para no arriesgarse a recibir una respuesta negativa. Tenía que demostrar independencia, aunque eso implicara perderse un encuentro. No podía permitirse actuar como el can sumiso que se sentía; si bien en términos fenomenológicos era un perro, en términos conductistas debía mostrar un comportamiento propio de un ser autónomo.

La conferencia había tenido lugar en un colegio de Banérgatan, por lo que Ester, con la máxima lentitud de que fue capaz, se dirigió a Karlavägen para coger el metro allí. O el autobús. O lo que fuera. Esperaba que él tuviese aún la oportunidad de avistarla cuando saliera a la calle, y que entonces se apresurara a alcanzarla.

Cuando llegó a la esquina de Banérgatan con Karlavägen, se volvió despacio y con cautela. Hugo todavía no había salido. Era consciente de que en ese cruce de calles se decidía la noche, y quizá incluso toda su vida futura, puesto que cada

encuentro podía ser crucial. Cuando doblara la esquina, él ya no podría verla, y la posibilidad de estar juntos esa noche se habría esfumado.

Ahora estaba fuera de su campo de visión. Ya era demasiado tarde. Retrocedió dando un rodeo para regresar a la misma esquina. Repitió el paseo una segunda vez trazando un círculo perfecto mientras se decía que no podía rondar por ahí más tiempo a la espera de que él apareciera.

En ese preciso momento escuchó la voz de Hugo. La llamaba a gritos mientras buscaba con la mirada un hueco entre los coches para cruzar la calle, que enseguida atravesó en diagonal con pasos apresurados. Incluso en la oscuridad, fragmentada por las farolas y la nieve, Ester podía ver su amplia y cálida sonrisa.

—¿No pensarías escapar?

—No... O sí. Pensaba irme a casa.

—Me quedé atrapado entre algunos asistentes. Querían preguntarme mil cosas. Hay que ser simpático con la gente que muestra interés. ¿Qué te ha parecido la conferencia? ¿Te ha gustado?

Hugo frunció el ceño, dubitativo, como solía hacer cuando buscaba el reconocimiento y a la vez le preocupaba no haber dado la talla. Ella elogió su conferencia mediante frases bien estructuradas aunque de muy pobre contenido. Él pareció quedarse contento.

—Podríamos ir a picar algo, ¿no? —propuso Hugo.

—¿No vas a trabajar? Sé que te gusta trabajar hasta tarde.

Las demandas de ella eran tan grandes que se veía obligada a concederle esas ofertas de libertad, que fácilmente podrían haberse interpretado como negativas educadas. Como él no las entendía así, debía de sentirse seguro acerca de los sentimientos que albergaba ella.

—¿No te parece que me merezco un descanso después de la conferencia?, ¿que ya he hecho lo mío por hoy?

—Claro que sí.

—¿Tú nunca te tomas un descanso?

Hablaba con un tono humorístico y ligero. Ester, mareada y aturdida, respondió:

—Todo el rato. Hago lo que sea para descansar.

Tras unos minutos de búsqueda, fueron a parar a un pequeño restaurante de barrio en una calle perpendicular a Kommendörsgatan. Se oía un agradable murmullo en el local y los cristales de las ventanas estaban ligeramente empañados de vaho; el volumen era el idóneo para conversar sin que por ello permitiera a nadie escuchar a escondidas lo que se decía en la mesa de al lado. La decoración resultaba cálida en contraste con la escarcha de fuera. No había sitio, pero Hugo conocía al dueño, o quizá eran los del restaurante los que conocían a Hugo, de modo que pronto hubo una mesa para dos, provista de vasos gruesos y un tarro de cerámica con cubiertos; era esa clase de establecimiento, rústico.

A Ester le daba la sensación de que ahora, y en especial esa noche, Hugo y ella se

hallaban perfectamente equilibrados en cuanto a la voluntad de estar juntos. Las risas distantes y el afán de divertir habían desaparecido. Ya no había cabida para las evasivas. Hugo quería comunicarle algo. Él pidió *moules-frites*; ella, *scampi*.

—Dijiste una vez que sobre todo comías plantas —observó él—, pero, por lo que veo, no paras de comer animales.

—Solo invertebrados. Es difícil limitarse a las plantas en un restaurante.

—Pero plantas siempre hay, ¿no?

—Sí, bañadas en nata, leche y huevos. Al final, es lo mismo que comer animales. Los mariscos son casi como plantas. Unas plantas que viven en el mar.

—Tal vez tendría que decidirme por las plantas yo también —comentó Hugo.

—Me parece muy buena idea.

—O por los invertebrados. Pero ¿por qué un animal es más merecedor de protección que otro, simplemente por tener columna vertebral?

Se le había agrietado el labio inferior, dibujándole una fina estría de sangre coagulada. La grieta se abría cuando sonreía. Debía de escocerle. Cuando Ester se levantó para colgar el abrigo que se había caído del perchero, notó cómo los ojos de él seguían su cuerpo y, también, lo placentero que eso le resultaba a ella.

Entre el segundo plato y el postre, él se la quedó mirando y preguntó:

—¿Y cuándo será esa cena en tu nueva casa? Para que la pueda ver.

Ella agarró su copa, no por el tallo sino por el cáliz, con las dos manos, y bebió un sorbo de vino para saborear con plenitud y en toda su intensidad ese momento de avance decisivo, y para no volver a estropearlo una vez más con sus apresuradas y ansiosas palabras.

—¿El sábado? —dijo.

Ella sabía que él sabía que ella sabía que el siguiente fin de semana él estaría en la ciudad. Sin duda ese era el motivo por el que había dicho lo que acababa de decir precisamente ese lunes, desde el que faltaban casi dos semanas para que se marchara de nuevo.

—El sábado me viene muy bien —asintió.

—¡Pero solo tengo una silla! —exclamó Ester, y nada más hacerlo se dio cuenta de que era una información de esas que, simplemente porque la idea apareciera en la cabeza, tal vez no resultara necesario comunicar.

—Pues tendremos que turnarnos —comentó él.

El labio volvió a resquebrajarsele.

Hugo extendió la mano y le acarició el pelo.

Y llegó el sábado. Era principios de febrero, y el goteo de los tejados acababa de poner en tela de juicio su futuro como carámbano. Ester no había ido a comprar una silla, pero estaba en posesión de un taburete que podía hacer las veces de asiento mientras cenaban. No era muy cómodo pero serviría. Total, la idea no era estar sentados sino acostados: ya habían pasado suficiente tiempo sentados cada uno en su silla. Aunque exhausta a causa de la ansiosa espera, Ester rebosaba dicha por cada poro de su piel.

Acababa de echar el *gruyère* rallado a la salsa, que se componía de *crème fraîche*, vino blanco, pimentón y caldo de pollo —el reino vegetal quedaba relegado esa noche—, cuando él llamó, a las siete menos cuarto. En ningún momento se le había ocurrido que pudiera telefonar para cancelar la cita: aún no le flaqueaba la confianza.

El nerviosismo que se desprendía de la voz y de las palabras de Hugo la tranquilizó, le confería incluso una cierta frivolidad.

—Estoy en una parada de taxis con una silla en la mano —dijo.

—¿Hace frío?

—Sí.

—¿La silla tiene frío?

—No, la he envuelto en una manta.

—¿Y tú?

—No, yo no tengo manta.

—O sea que tienes frío.

—Estoy temblando. Pero no de frío.

—¿Es porque vienes a verme?

—Sí.

—Conmigo no tienes por qué ponerte nervioso.

—¿Estás segura?

—Pero si nos hemos visto muchas veces.

—Pero nunca en presencia de una silla.

—Venga, date prisa. La salsa te está esperando.

Mientras hablaban, ella removía la salsa, para luego echarla sobre los filetes de pollo. Después había que meterlo todo en el horno durante quince minutos, el tiempo

que él tardaría en llegar.

Cuando se ama y el amor es correspondido, el cuerpo se siente liviano. Cuando ocurre lo contrario, un kilo puede llegar a pesar tres. El amor incipiente significa bailar al filo de una navaja. Puede que un kilo nunca vuelva a recuperar su peso, lo cual genera una cierta dosis de duda, no solo en los temerosos, también en los experimentados y los precavidos. Y en los que no poseían la extraordinaria capacidad de generar esperanza que tenía Ester.

Había comprado algo que no sabía qué era para preparar un *dry martini*. Tenía entendido que se trataba de un cóctel que se podía tomar antes de la cena, cuando llegaban los invitados, y pensaba que Hugo y ella debían probarlo para poner de relieve la especial singularidad de ese encuentro. A la hora de presentar el aperitivo advirtió que su voz se tornaba más aguda a causa de la vergüenza. Hugo no se dejaba impresionar, lo que la hacía sentirse aún más tonta, pues, sospechaba, el invitado debía de pensar que la anfitriona estaba haciéndose la interesante. Él sostenía la copa con torpeza, mientras ella le enseñaba su nuevo apartamento, cosa que les llevó unos diez angulosos e incómodos segundos. Hugo no hizo comentario alguno, más bien parecía preguntarse el porqué de aquella exhibición.

Se sentaron a la mesa y se comieron el pollo con la cremosa salsa al *gruyère* que ella había preparado, acompañado de arroz y ensalada verde. Hugo lo elogió todo, pero no lo suficiente, y Ester se percató de una inflexión irónica en su estimación del plato de pollo.

—Este animal tiene vértebras —dijo.

—He hecho una excepción esta noche.

—¿Por qué?

Después de la cena se trasladaron al sofá, enfrente del televisor, donde tomaron dos tipos diferentes de helado procedente de una heladería italiana: *stracciatella* y *zabaione*. Lo acompañaron con unas galletas italianas que se llamaban *cantucci* y un café *espresso*, también italiano. Del mismo modo que se había mostrado poco entusiasta al tomar el aperitivo, ahora se lo veía indiferente ante el tan minuciosamente meditado postre. Ester habría preferido que mostrara la misma devoción que ella sentía por el paraíso de los postres, su carnosa contundencia, las texturas que colmaban el paladar y le hacían saborearlos con los ojos cerrados. Le habría gustado conocer a un hombre con el que compartir esas sensaciones. Pero Hugo se interesaba más por el alcohol, con los hombres siempre pasaba lo mismo.

Tuvo que contentarse con que Hugo, amablemente, probara ambos helados y se tomara dos *cantucci*.

Vieron los Juegos Olímpicos de Invierno que acababan de comenzar. Esa noche emitían la primera carrera de esquí de fondo: treinta kilómetros, hombres. También respecto a eso Hugo se mostraba ligeramente distante, como extrañado, como si no

entendiera que alguien fuera capaz de pensar que a él le apetecería ver una carrera de esquí en la televisión. Y, en efecto, podía considerarse raro, pero algo tenían que hacer, teniendo en cuenta que la conversación durante la cena había sido más bien errática, cosa que no les había pasado nunca. Además, ella quería iniciar la fase de normalidad. Una pareja no se puede pasar toda la vida en restaurantes mirándose a los ojos y charlando. Alguna vez tendrían que ver la televisión juntos. Pero era como si él se preguntara todo el tiempo qué hacía allí; y ella también por qué había venido, ya que parecía darle igual todo lo que hacían, comían y decían. ¿O acaso se sentía inseguro e, incluso, nervioso en ese territorio ajeno, despojado de poder sobre el curso de los acontecimientos? Hasta ese día siempre se habían visto en su barrio, en su estudio y en los establecimientos que él frecuentaba habitualmente; entre sus colaboradores y en su mundo.

Una vez por hora se acercaba a la ventana para fumar. En cada una de esas ocasiones, ella se situaba a su lado y se asomaba a la noche invernal. Hablaban con tranquilidad mientras el fuego consumía el cigarrillo. Apostados en la ventana, la conversación fluía mejor.

Las estrellas centelleaban impacientes, casi importunas. En cada sesión de tabaco, ella se acercaba un poco más. Hugo dijo que debía dejar de fumar, que él en realidad no fumaba. Ester pensaba que «en realidad» era una expresión muy rara. ¿Cómo puede decirse que *en realidad* uno no hace algo cuando la *realidad* es que no deja de hacerlo? Deseaba tocar su cuerpo. Se preguntaba si tendría previsto quedarse a dormir después de que hubieran hecho el amor o si regresaría a su casa en plena madrugada.

El quinto cigarro de la noche se parecía a todos los demás, y el momento al lado de la ventana, con las piernas arrimadas, se asemejaba a los anteriores, pero se trataba del último cigarro antes de que se acostaran para dejar que sus cuerpos se unieran el uno con el otro.

Cinco cigarrillos le parecían muchos para alguien que, en realidad, no fumaba. Pensó en las enfermedades que el tabaco provoca y en lo terrible que sería para ella preocuparse por su salud a todas horas a partir de ese día ya cercano en el que empezarían su vida juntos. Pero con su amor lograría que él abandonara el tabaco.

En el momento de penetrarla dio la impresión de estar preocupado y reticente. Ester no entendía por qué. Estaba protegida, por supuesto, de lo contrario no le habría dejado hacerlo. Pero él no sabía seguramente lo que la libertad significaba para ella, aunque a Ester le parecía que no había parado de insistir en eso, en todas las claves posibles.

—Tenemos que tener cuidado —dijo, y se resistió cuando ella empezó a moverse más rápido.

Ella se detuvo en medio de un movimiento.

—¿De qué?

—De que no te quedes embarazada.

—Pero ¿cómo me voy a quedar embarazada? No quiero tener hijos. El único amor que anhelo es el amor entre adultos; el amor igualitario y horizontal, no el vertical.

Él sonrió ante el giro intelectual que ella había dado a la situación. Pero Ester detectó, para su gran asombro, una vaga decepción y una alteración en el timbre de su voz. Lo que se desprendía de su voz era la decepción del hombre por no generar el deseo de procreación en la mujer, por no poder hacer de ella una mujer de verdad, una madre. La aprendida decepción biológica del hombre.

Ester y Hugo se despertaron al amanecer. Volvieron a hacer el amor, esta vez con más serenidad ahora que ella se mostraba menos impetuosa y él había asimilado que su semen no engendraría vida.

El violeta del cielo, salpicado de tonos naranjas, anunciaba un día frío y bonito. El goteo de los tejados había recuperado su antigua forma de carámbano.

Y a la noche siguió la conversación matutina, sin duda una de las más frecuentes de entre las charlas poscoitales, centrada en ancestrales temas evolutivos: dependencia, poder, debilidad, fuerza, oferta y demanda, todo en forma de cereales y productos lácteos.

Ella dijo:

—¿Qué quieres desayunar?

Él dijo:

—No quiero desayunar. Me voy a casa.

—Pero si tengo de todo: *muesli*, yogures, fruta, arándanos, un pan muy rico, queso, mermelada, café...

—Debo trabajar.

—Yo también. Yo trabajo todos los días igual que tú. Pero hay que desayunar.

—Tomaré algo cuando llegue a casa.

—Pues tómatelo aquí. Y te puedes poner a trabajar en cuanto llegues. Así no pierdes tiempo.

—No tengo costumbre de desayunar mucho. No tiene importancia.

«Para mí sí que la tiene», pensó ella.

—Es que desayunar no es solo comer, es algo más —insistió.

—El desayuno es energía para aguantar hasta la hora del almuerzo —replicó él.

Ester se dio cuenta de que quería marcharse. Por tanto, ya no le quedaba ningún afán de persuasión cuando concluyó:

—No. Es más que simple energía. Y ese es precisamente el motivo por el que te quieres ir ahora.

Aunque desprovista de pretensión de persuadir, y con un tono neutral y objetivo, la frase sonó amarga. Él parecía darle vueltas a lo que le convenía contestar.

—Luego hablamos —dijo con precaución.

—Si te apetece; si no, no.

—O si te apetece a ti.

—No; por desgracia, no es así. Tú y yo solo hablamos cuando a ti te apetece.

Tras un breve y apresurado beso, Hugo se marchó corriendo.

La puerta se cerró, y en la mente de Ester se amontonaron de golpe unas cuantas frases: «Las fibras del desayuno se abren paso a duras penas por los intestinos. Convertidas en mierda delicada. Aventura amorosa descarriada».

No le gustaban los reproches que se había permitido, esa agresividad semiarticulada, llena de autoconmiseración, ese rictus de amante desdeñada que, lo sabía, mata todo deseo y toda alegría a través del sentimiento de culpa que produce. Aun así, había sido incapaz de impedir que se le escapara. Odiaba a las personas que provocaban sentimientos de culpa, lo había hecho desde la infancia y había decidido no ser nunca una de ellas. Pero en el momento de mayor importancia no había sabido contenerse.

En una famosa declaración, el primer ministro Tage Erlander (en el cargo entre 1946 y 1969) describió la construcción social de la Modernidad, también conocida como Estado del bienestar, como una adicción patológica. No fue esa exactamente la expresión que utilizó, pero tal era el significado que se infería de sus palabras cuando aludió a la insatisfacción inherente al crecimiento de las expectativas: una ley psicológica natural. Cuando te dan lo que anhelas, sientes gratitud durante un instante; pero pronto te adaptas y lo encuentras normal, de manera que empiezas a ver lo obtenido como un estándar mínimo. Las expectativas aumentan y se exige más para estar contento. Ya no basta con agua corriente, alimentación sana, coche y una vivienda más grande: se necesitan sucesivas y más ambiciosas reformas para que la gente se sienta igual de bien que antes. La dosis ha de subirse, y suministrarse más a menudo.

Ester no era feliz, a pesar de haberse consumado la unión carnal entre ellos. Ahora lo que le preocupaba era la continuación, ya que, a su modo de ver, él no había sido claro al respecto.

Después del desayuno esa primera mañana de la nueva fase de su relación, Ester salió a correr quince kilómetros. Estaba preparándose para el maratón de Estocolmo y una vez a la semana —los domingos— hacía una sesión más larga de lo habitual. Al ser una aficionada, en la periferia de una comunidad de corredores, seguía el ejemplo de todos los demás y los consejos publicados en las columnas de los expertos. Los corredores de maratón realizaban un entrenamiento de fondo por semana, normalmente los domingos, ya que la mayoría tenía que trabajar los días laborables. Ester podía hacerlo cualquier día, pero había elegido también el domingo. Cuando estuviera avanzada la primavera, tenía la intención de aumentar la distancia a veinte kilómetros, conforme a las recomendaciones, pero de momento le bastaba con quince. Había que buscar un equilibrio entre el nivel de ambición y el riesgo de lesionarse.

Al llegar a casa se abalanzó sobre el teléfono, antes, incluso, de quitarse las zapatillas. Nada. No había llamado ni tampoco enviado un SMS. A fin de evitar que el sufrimiento desencadene una emergencia, los líquidos amorosos deben reponerse con una asiduidad constante.

Su vida emocional se hallaba ya transida de la insatisfacción inherente al

crecimiento de las expectativas. La única ventaja de ello es que la decepción, después de algún tiempo, puede pasar a decantarse hacia otra ley natural: la alegría que se produce ante el detalle más mínimo cuando las expectativas decrecen.

El veneno, sin embargo, había ejercido su efecto también en él: por la tarde llamó. El número procedía de un teléfono fijo que ella no reconoció. Había perdido su móvil, dijo, o, mejor dicho, lo había olvidado en el taxi al volver a casa esa mañana. La compañía de taxis había prometido devolvérselo en cuanto tuvieran que realizar un servicio por la zona. Estaba tan ansioso por llamarla, se dijo ella al tiempo que le brotaba una emoción burbujeante en el pecho, que había buscado su número para poder hablar con ella el mismo día sin tener ningún motivo en particular. Sonaba avergonzado, cosa que la alegraba especialmente. ¿Podía ser, se preguntó, que hubiera olvidado su teléfono en el taxi a causa del aturdimiento amoroso?

Coincidieron en que la noche había sido maravillosa. Ella le habló de la vuelta que había dado corriendo por la ciudad, de lo fácil que le había resultado, porque uno pesa muy poco cuando es feliz.

No le había resultado fácil correr, en absoluto, pero así habría sido si hubiera sabido que él la iba a llamar.

Él dijo que había intentado dedicar el día al estudio de las pinturas rupestres en Francia, un tema en el que tenía interés desde hacía un tiempo, pero que no había podido concentrarse ni por un momento.

—Yo tampoco puedo concentrarme —confesó ella—. Hoy no he conseguido hacer nada.

Él se rio, dubitativo, y dijo que estaba cansado: la noche anterior no habían dormido gran cosa, así que a lo mejor debían descansar esa noche, esto es, quedarse cada uno en su cama.

—Sí, quizá sería lo mejor —asintió ella.

Ahora surgió un quebradero de cabeza: Ester no podía determinar si había sugerido que durmieran separados porque quería que ella le llevara la contraria o porque ese era realmente su deseo. En resumen: no sabía si debía insistir o si al hacerlo resultaría pesada e importuna. Por si acaso, decidió permanecer pasiva, para no dar la lata ni cargar sentimientos de culpa sobre nadie.

Hugo trabajaba mañana, tarde y noche en su siguiente videoinstalación. Sin embargo, en la conversación mantenida el domingo habían decidido, o sobreentendido, que se verían el martes. Pero sin concretar la hora en absoluto. Él no vivía el tiempo de la misma manera que lo hacía ella. Ester estaba acostumbrada a las horas exactas y a las reuniones fijadas y respetadas de forma equitativa por ambas partes.

A partir de las cinco de la tarde del martes, se quedó en casa para esperar a que él la llamara para comunicarle que ya estaba listo. Ester se figuraba que saldrían primero a cenar para luego subir a su casa, donde pasarían un rato juntos en el sofá

antes de acostarse.

No sabía a qué hora tendría él previsto el encuentro, ni siquiera si este iba a tener lugar o no. Pero aguardó.

Hugo trabajaba. Trabajaba mucho y siempre.

La llamada se produjo a medianoche. Ya había terminado. Y estaba listo. Ella se había duchado, cepillado los dientes y cambiado de ropa; asimismo, le había dado tiempo de sobra para, en voz alta, ponerlo a parir y maldecir a todos sus muertos. No obstante, salió de casa como una exhalación y echó a correr hacia la parada del autobús. Tenía un ligero sabor a hierro en la boca. Al llegar a la parada de Karlavägen, se apeó y echó a correr de nuevo, marcó el código del portal que Hugo le había dado y subió los peldaños de la escalera de dos en dos.

La recibió con una copa de vino en ristre y la cara radiante, le acarició los brazos y luego cogió suavemente su mano.

—Déjame que te enseñe el estudio.

Ella no perdía detalle de lo que él le mostraba.

—No entiendo cómo se puede hacer todo esto —dijo ella—, no entiendo cómo se aprende a hacerlo.

—Me alegro de oírte decir eso —respondió él—. Suelas ser siempre tan crítica...

—¿Por qué iba a ser crítica? Yo no sé nada de esto y lo contemplo con amor porque quien lo ha hecho eres tú.

—Vaya...

Parecía un poco incómodo, pero al mismo tiempo, sobre todo, orgulloso de sus dominios y de los decorados con los que creaba las escenas de sus videoinstalaciones.

—El amor no es examinador y frío —dijo Ester—. Te das cuenta de la diferencia, ¿no?

Hugo volvió a tomarla de la mano mientras con la otra señalaba los decorados.

—Se llama *trompe-l'œil* —explicó mientras la observaba para averiguar cómo caían las palabras, si sería insultante traducirlo o una negligencia no hacerlo—. ¿Conoces el *trompe-l'œil*?

—Sí, de oídas, aunque nunca lo había visto. Un efecto muy curioso.

—Significa «engañar al ojo».

Esto implicaba pintar los lienzos del decorado en proporciones desfiguradas y en pequeños tamaños de tal modo que aquello que representaban pareciera fiel a la realidad. Grandes ciudades o vastos paisajes surgían de algo del tamaño de una caja de cerillas.

Se abrazaron bajo los trampantojos. Hugo explicaba que pretendían engañar a la vista respecto a la distancia, el tamaño y, en último término, su propia existencia. Se trataba de verdades poéticas, construidas con el fin de que el ojo descubriera el mundo tal y como era, aunque todo fuera un engaño o una representación.

Cruzaron el patio y subieron la escalera que conducía a su casa. Los montones de nieve de un blanco sucio reflejaban débilmente la mortecina luz que despedían las

farolas.

Entró sin llave. Nunca cerraba la puerta, decía, porque allí no había nada que robar. Luego se quitó la ropa de trabajo y se metió en la ducha mientras ella daba una vuelta. Era la primera vez que estaba en su casa, aunque no era una casa propiamente dicha, más bien se trataba de un lugar donde pasar la noche. Todo era provisional, incluso la barra que había cerca de la cama, donde colgaban las camisas y las americanas. Al parecer, los guardarropas no eran santo de su devoción.

Daba la sensación de estar de viaje, o a la fuga. A juzgar por las cosas que decía y por lo que ella veía ahora, Ester se hizo una idea más precisa de su mentalidad. Comprendió que Hugo se imaginaba el futuro como un estado del todo diferente al actual. El futuro era algo que traería consigo el gran cambio y el descanso. Un día empezaría la vida de verdad, una vez hubiera terminado ese trabajo en el que estaba inmerso. Pronto tendría tiempo para ocuparse de otras cosas, cuando terminara esa exposición individual y aquella otra retrospectiva. Así también se configuraban su ideología y su visión de la sociedad: era, en el fondo, un revolucionario utopista. Para él, el paraíso era más que una palabra.

De esa manera podía transcurrir toda una vida. A la espera de que esta diera comienzo, a uno le daba tiempo a hacer muchas cosas.

Cuando Hugo salió del baño, Ester ya se había metido entre las sábanas.

—Mmm, qué a gusto se está ahí, ¿verdad? —dijo antes de dejar la toalla encima de una silla que había junto a la cama y acostarse a su lado, piel contra piel.

—Esto es lo más sublime —susurró ella—. Lo máximo en la vida humana. El encuentro que vivimos ahora mismo. Lo más grande.

Él le contestó con las manos.

Al despertarse la mañana siguiente, se buscaron el uno al otro y volvieron a empezar. Esta vez el acto duró menos, pero fue igual de íntimo e intenso. Eran las ocho y los esperaba una jornada completa de trabajo. Él constató que no había nada de comer en la casa, lo que daba a entender que su afirmación de que el desayuno solo constituía una forma de nutrirse hasta el almuerzo tenía validez y no había sido únicamente una evasiva para librarse de la intimidad. Eso esperaba Ester, y todo parecía indicar que así era. Se preguntaba si debía proponer una nueva cita ya esa misma noche, para no dejar que todo simplemente fluyera sin concretarse y se convirtiera en una larga espera que le impidiese hacer otros planes.

Pero no se atrevió.

Hugo le pidió que lo acompañara al 7-Eleven de la esquina, donde él se tomó un café con un cruasán y ella un café y un panecillo rústico, multicereal, sin nada encima: uno de los desayunos más frugales de su vida.

Estaban sentados uno al lado del otro, en unos taburetes altos frente a una alargada y estrecha mesa con vistas a un cruce de calles donde se podía observar el

trajín matinal de la ciudad. No hablaban mucho. Cuando intercambiaban alguna palabra se trataba de un comentario general, acerca de lo que veían, del sabor del café o de los titulares de las portadas de los periódicos que vendían en la tienda. No eran ni amigos ni amantes. Al preguntarse el uno al otro por los planes que tenían para el día, lo hacían de la manera en que lo hacen dos personas que, a pesar de dormir juntas, no forman pareja; es decir, lo que sucede cuando una de las dos partes ha decidido que las cosas son así, pero sin haberlo comunicado explícitamente, deseando que quede claro de todos modos, lo cual, en efecto, era el caso.

A Ester no le apetecía hablar de lo que tenía previsto hacer ese día. No solo no lo sabía, sino que la pregunta se le antojaba del todo desprovista de interés. Lo que ella quería oír era: «¿Qué vamos a hacer hoy? ¿Qué quieres que hagamos hoy?». No la excluyente frase: «¿Qué vas a hacer hoy?».

Hugo hablaba del tiempo y la temperatura, comentando el frío glacial que hacía, de lo duro que estaba pegando el invierno este año, y lo difícil que para mucha gente era la existencia en la crudeza de la estación. Ella respondió:

—El invierno ha recorrido justo la mitad de su camino.

Luego pensó en decir que le gustaba el invierno, pero un comentario así no tenía cabida en esos momentos. Lo que a ella le gustara o no parecía carecer de relevancia, al fin y al cabo no había intención de llegar a conocerse mejor...

Entre ellos reinaba una incomunicación absoluta, una alienación atroz. Ciertamente es que el hecho de estar juntos en un local público compartiendo un desayuno —aunque escaso— el día después significaba que él no la repudiaba y debería haber supuesto un avance. Pero eran extraños el uno para el otro. Ese encuentro lo era solo de forma; estaba vacío de contenido, y precisamente por eso colmado de un contenido diferente.

—¿Qué pasa si tus compañeros de trabajo nos ven juntos? —preguntó ella.

Hugo no pareció entender la pregunta.

—Si nos ven aquí por la mañana, ahora, a las ocho.

—No hablamos de ese tipo de cosas.

Le resultó rara la respuesta, ilógica de alguna manera. Lo que los demás sabían, y lo que eso significaba para él, ¿no debía ser lo más importante? El hecho de que hablaran o no de ese tipo de cosas debía ser secundario. Se planteó cuestionar su respuesta, someterla a un serio análisis, y así, por la puerta trasera, desahogarse de toda la decepción que sentía. Hugo apuró su café y se levantó.

—Me tengo que ir.

Ella asintió con la cabeza. Él experimentó una difusa sensación de culpa, algo que era perceptible en el movimiento de su cabeza, en la preocupación que se le dibujó en la frente y en torno a los ojos, así como en su postura corporal.

—¿Vas a quedarte a filosofar un rato? —preguntó él.

—Sí. Me quedo a filosofar un rato.

Se inclinó hacia delante y la besó en la mejilla. Un beso nítido, tierno, cariñoso. También era un beso que conocía lo que era la insuficiencia. Por un momento

permaneció parado, dudando, antes de marcharse.

Y ella se quedó, pero no a filosofar. Era un miércoles cubierto de una neblina lechosa que se colaba por debajo del cuello del abrigo. Un día lleno de malos augurios. Sabía que algo iba realmente mal. No tanto por la naturaleza del encuentro en sí como por la divergencia de opiniones acerca de su trascendencia y su significado.

Nada se había dicho sobre la continuación, nada sobre la entrada que cada uno había hecho en la vida del otro, ni sobre el silencio que la había seguido. Nada de nada.

Habían dejado de hablar en el momento en que sus cuerpos habían empezado a hacerlo. El amor necesita palabras. Por un breve tiempo se puede tener fe en el sentimiento no expresado verbalmente; pero a la larga no existirá el amor sin palabras, como tampoco existirá solo con palabras y nada más. El amor es una bestia hambrienta que se nutre del roce, de las repetidas aserciones y del ojo que mira a otro ojo. Cuando el ojo se halla muy cerca del otro, ninguno de los dos ojos ve nada.

Tras pasar allí otro cuarto de hora, cogió el autobús hasta casa. La atmósfera siguió cargada todo el día, y él no llamó. Ella tampoco, pero su silencio significaba algo muy distinto, pues él decidía, él tenía el poder. No había prueba de que así fuera, pero tampoco duda alguna. El que frena siempre manda. El que menos voluntad muestra, más poder ostenta. El silencio del teléfono difícilmente podía deberse a que Hugo pensara: «Ahora he de contenerme para no estar llamándola todo el rato».

«Esto es el infierno —pensó ella la mañana siguiente, transcurridas veinticuatro horas—. No hay más infierno que este y este es el infierno que hay». Se estaba consumiendo en llamas por el fuego que ardía en su interior.

El jueves por la noche, Ester tenía previsto ir a una fiesta a la que Hugo también estaba invitado. Lo habían mencionado un par de semanas antes, pero luego a ella se le había olvidado, en vista de que se habían presentado motivos más agradables para verse.

Cuando se hubo recuperado un poco de las visiones infernales de la mañana, una cierta dosis de expectación hizo acto de presencia: a pesar de todo, se verían. Bien es cierto que ella entendía que el silencio de Hugo y la ausencia de trato durante unos días en los que debería haberse producido una erupción de contacto entre los dos significaban algo. Sabía que ese silencio no respondía al azar, sino a un motivo psicológico real que, sin duda, poseía una denominación exacta. Pero, aun así, intentaba convencerse de que se trataba de algo casual, de que las cosas simplemente pasaban, sin más, de que las personas eran diferentes y unas llamaban a menudo y otras no necesitaban hacerlo, por mucho amor que sintieran, de que el comienzo de una relación era un andar a tientas que siempre resultaba complicado.

No creía en toda esa retahíla de justificaciones que se repetía a sí misma: no eran

más que conjuros. Lo que estaba pasando obedecía indudablemente a una razón concreta. La no acción que suponía el no llamarla, a pesar de que debería desear hacerlo, era producto de una operación de su cerebro que había sido originada por una reflexión, aunque fuera solo en un nivel perceptivo, y de la ausencia de actividad en su corazón. Intuía intensamente que esa reflexión no favorecía el avance del amor ni de la futura relación entre Hugo y ella.

Pero, pensaba, también se trataba de un hombre que trabajaba mucho. No debía cantar derrota antes de tiempo. Decidió que, cuando se vieran esa noche, se mostraría contenta y entusiasta para no dejar traslucir su decepción ni una actitud acusatoria: no debía manifestar nada de todo lo que la consumía por dentro.

Ya comenzaba la tarde. A lo largo del día lo había llamado seis veces. Pensó que debía de andar muy liado, sin posibilidad de atender al teléfono. Pensó que era una pena que no la echara tanto de menos como para llamarla a pesar de no tener tiempo, como para llevar el teléfono siempre a mano y no perderse ni una sola llamada suya, cosa que ella habría hecho y que solía caracterizar la fase en la que se hallaban. ¿O es que solo ella se hallaba en esa fase? ¿O quizás él la echaba de menos de otra manera?

Era un día de esos en los que Ester no podía separar el sentimiento de la razón.

Se presentó en la fiesta con el corazón pesado. Una vez allí, sacudiéndose un poco el malestar, se puso a hablar con la gente, a reír, comer y beber. Dieron las diez y Hugo aún no había llegado. A las once, muchos empezaban ya a marcharse. Fue entonces cuando apareció: venía en un taxi, rodeado de un séquito de colaboradores que no habían sido invitados, entre ellos Dragan. Al entablar amistad con Hugo, Ester se había ido enterando de que Dragan era de Yugoslavia, de que había llegado a Suecia en 1981 y tenía debilidad por la filosofía francesa y una sofisticada variante del comunismo. Dragan había apoyado a los mulás de Irán en 1979 para desafiar a la hegemonía de Occidente, y luego no había visto motivo alguno para comentar o revisar esa postura. Para él, casi todo eran abstracciones, y como tal, esa postura funcionaba muy bien en su opinión. Cuando Ester le preguntó cómo era capaz de vivir con las consecuencias, Dragan la despachó tachándola de lacaya imperialista y colonizadora mental. Hugo Rask admiraba a su amigo y compartía su desprecio por todo lo que oliera a liberalismo, a occidental y a burgués, todo lo que fuera *comme-il-faut*. Pero, por muy socialistas que fueran, les decía Ester a veces, siempre iban a parar al regazo del conservadurismo, en ocasiones incluso a una peligrosa cercanía a una visión fascista del mundo. Entonces, Dragan bufaba y la tildaba de conformista y arribista —dos etiquetas que siempre tenía a mano—, y la exhortaba a marcharse a casa a hacer sus deberes porque sería indigno rebajarse para rebatir sus afirmaciones. Se decía que Dragan era económicamente independiente —aunque nadie sabía cómo había conseguido semejante privilegio—, por lo que no necesitaba trabajar, pero desde su llegada a Suecia había ejercido de consejero informal y cortesano de Hugo Rask. Hablaba sueco con un fuerte acento y una gramática exquisita. Durante décadas los dos compinches habían pasado las tardes y las noches en el estudio de Hugo

departiendo acerca de la podredumbre del mundo y las medidas que debían tomarse al respecto. También, había que reconocerlo, habían hecho cosas para eliminarla. Ester lo devoraba todo con la misma energía hambrienta: libros, películas, folletos y reportajes de antiguos *happenings* que habían organizado y que ella había rastreado en los archivos.

Al principio, mientras pasaba las tardes en el estudio fumando sus eternos cigarrillos, Dragan había mirado a Ester con ojos altaneros y actitud desdeñosa, como si supiera algo que se guardaba para sí mismo. Ester habría querido preguntarle qué era lo que sabía, pero desistió porque comprendió enseguida hacia dónde se inclinaba la lealtad de Dragan.

Hugo nunca se había distanciado de ninguna de las perversidades a las que conducía involuntariamente el sofisticado pensamiento de Dragan. La provocación como postura vital le seducía demasiado como para manifestar repulsa hacia la represión y la violencia que se ejercían en nombre de la rebelión.

Lo curioso de Hugo Rask, pensaba Ester Nilsson, era que lo único que le atraía más que la provocación era el amor del público. Y esto le desgarraba, ya que al mismo tiempo no soportaba que el público lo quisiera, porque era una indicación de oportunismo, de cobardía y de indiferencia ante las crudas verdades que ninguna contemporaneidad había tenido jamás la fortaleza de afrontar, pero que el futuro siempre vería con una claridad vergonzosa y con una sonrisa llena de indulgencia hacia la estrechez de miras del pasado.

Con un orgullo desafiante, Dragan y Hugo habían dado su apoyo a Milošević en Serbia. Eso constituía aún un oprobioso hecho que manchaba la imagen pública del artista, y era obligatorio mencionarlo en los artículos que se escribían en su honor, para que el cronista no pudiera ser acusado de suavizar esa falta de criterio y el imperdonable error de juicio del artista, que quizá se debía a las tensiones de un alma compleja. Adoptar aquella postura le había costado ciertos disgustos y la cancelación de algunas exposiciones. En una ocasión, Ester le preguntó sobre el asunto: su respuesta fue que no le interesaba aquello que era aceptado por todo el mundo, lo uniforme, lo que la élite imponía, pero no aportó argumento alguno para defender su postura. Ella habría querido continuar indagando sobre el tema, saber cómo conseguía armonizar tal consigna con las ganas terribles que tenía de ser, él mismo, aceptado por todo el mundo.

Sin embargo, se tragó su curiosidad para no poner en peligro la frágil intimidad que había entre ellos.

Dragan entró en el local donde se celebraba la fiesta con un traje negro, jersey negro de cuello alto y los elegantes zapatos también negros que calzaba el día que Ester lo conoció. La saludó maliciosamente con la mano.

—Vaya, así que tú también estás aquí —dijo.

El hecho de que Hugo estuviera rodeado de su gente en la fiesta dificultaba considerablemente la posibilidad de pedirle explicaciones por las llamadas no

devueltas y otras omisiones incurridas por su parte. Esa era sin duda la idea. Al verla, su rostro brilló como un queso de bola rojo, un nervioso e incómodo queso de bola rojo. Luego estuvo un buen rato mirando hacia otro lado, como a punto de marcharse, como si tuviera miedo a las preguntas. Cuando finalmente cruzó su mirada con la de ella, lo hizo con una frivolidad que rozaba la desvergüenza.

—¿Me has echado de menos?

La pregunta era completamente retórica, un forzado juego.

—Sí. Te he echado de menos. Mucho.

Las palabras de Ester cayeron torpes entre los dos, alcanzando el suelo con un ruido sordo antes de morir. No devolvió la pregunta para librarse de escuchar la respuesta y ver su incomodidad al sortearla.

—¿Probamos un poco del bufé? —propuso Hugo.

—Ya lo he probado —replicó ella—. Está muy bueno todo.

—Vale —dijo él, visiblemente confuso al ver que Ester había creído que la pregunta iba dirigida a ella.

Mostró con un gesto de la cabeza y otro de la mano que la invitación no era para ella, sino para los amigos que lo acompañaban, hambrientos tras una jornada de duro trabajo entre decorados y trampantojos.

La malicia de Hugo no era deliberada ni estudiada. Se trataba de simple negligencia, de incapacidad, de un miedo que se disfrazaba de consideración. Ester abandonó el grupo, habló con otras personas y se mantuvo apartada.

Cuando la fiesta empezó a decaer volvió a acercarse a Hugo. Tras sopesar la situación, había concluido que prefería ser rechazada a amargarse por no haberlo intentado. El artista, con Dragan a su lado, estaba comentando algo con un periodista cultural. Los tres reían, relajados, al parecer de acuerdo en todo lo que decían. Ester puso su mano en la espalda de Hugo, que se giró y la miró con unos ojos que daban febriles vueltas en sus órbitas en busca de una salida de emergencia. Aunque en lo más profundo de su ser ella comprendió que esa era una respuesta lo suficientemente clara, le resultaba insoportable, por lo que lo llevó aparte y le propuso:

—¿Vamos a mi casa?

Se contuvo para no ofrecerle también la opción de la libertad. Si quería huir, que se las apañara él solo: no iba a ponérselo tan fácil.

—En tal caso, vamos a la mía —contestó.

Ella estuvo a punto de decirle que lo olvidara, pero permaneció callada.

Salieron a la calle. Las farolas brillaban frías perfilándose contra la noche blanca y negra. Recorrieron un par de manzanas hasta llegar a una calle más concurrida donde no tardó en aparecer un taxi. Ester cayó en la cuenta de que era exactamente allí donde se hallaba cuando, bañada por un radiante sol de comienzos de verano, había recibido la llamada en la que le propusieron dar una conferencia sobre el artista. Ahora, en el mismo lugar, era invierno y de noche. Hugo le abrió la puerta del taxi y subieron. El coche enfiló Odengatan y se dirigió a buena velocidad hacia Odenplan.

Ella buscó su mano para apretarla, pero esta se retorció como una lombriz capturada, deseosa de escaparse de la mano que la envolvía sin que su dueña lo entendiera como algo definitivo.

Los regalos que uno no ha pedido pueden ser terribles en sus exigencias, en sus pretensiones, en su pegajosa manifestación de la consideración del donante. No cabía descartar que él experimentara, no solo la mano que apretaba la suya, sino toda ella como un regalo así. Intentó acariciar los dedos de Ester, pero el gesto no se quedó más que en una especie de frotamiento. Parecía acosado por una gran angustia que se propagaba a su mano.

Ella no entendía en qué podía consistir ese tormento, pues no estaba exigiendo nada que no fuera razonable. La libertad era una virtud y la celebraba, pero no podía ofrecerle la liberación de una relación de intimidad; sí, en cambio, la liberación que suponía estar más cerca de ella de lo que había llegado a estar de ninguna otra mujer, así como la libertad que conllevaba acabar con su soledad. ¿Podía haber algo más bello?

El taxi se detuvo delante del portal de Hugo, quien, desasiéndose de la mano de Ester, sacó la cartera y pagó. Si hubiera sido por ella, habrían cogido el autobús, de modo que le dejó pagar sin protestar.

La tercera noche. Tres noches en cinco días: algo así no podía llamarse equivocación, capricho o desliz. Subieron la escalera que conducía al pequeño e inhóspito apartamento de Hugo para pasar su tercera noche juntos. Se desnudaron, se acostaron, dejaron que sus cuerpos se encontraran. Se durmieron. Amaneció. Sus cuerpos se volvieron a encontrar. Pero algo estaba mal. Había algo que estaba mal todo el tiempo.

Hugo tenía siempre las persianas bajadas, de modo que, a excepción de un listón roto por donde se filtraba la luz, no se podía ver si era de día o de noche, si el día era claro o estaba nublado.

La luz que se colaba por la rendija indicaba ahora que había amanecido. Él sabía cómo tocarla. Sabía qué hacer para mostrar que uno quiere estar presente, pero estaba ausente, además de tenso y evasivo, atemorizado de que la conversación golpeará una vena de la cual brotarían las dificultades.

Tardó poco en vestirse y prepararse para salir, antes que ella, aunque estaban en su apartamento. Daba la impresión de que deseaba salir corriendo para respirar, como si necesitara ir en busca de una bombona de oxígeno.

—Hay pan y queso —dijo.

—¿Y tú no vas a tomar nada?

—Tengo que bajar al estudio y trabajar. Creo que hay café también. He hecho la compra.

—¿Para quién?

—Me dijiste que el desayuno es importante para ti.

Ella besó sus labios cerrados y él se marchó. De modo que había ido a comprar

desayuno para ella después de la mañana del miércoles en el 7-Eleven; en otras palabras, había previsto volver a invitarla a su casa. Entonces, ¿por qué se portaba de forma tan extraña?

No hay soledad más grande que la que se siente en un piso que el amante acaba de abandonar. Esa soledad la invadió en ese momento.

«No merece la pena», sintió.

«Siempre merece la pena», pensó.

«E independientemente de si vale la pena o no, soy incapaz de dejarlo», sintió y pensó.

Se sentó a la mesa para desayunar en la cocina prístina, no tocada aún por la mano del Hombre. A lo largo de la parte inferior de las paredes se alineaban pilas de viejos periódicos, ejemplares de hacía años del suplemento cultural del *Dagens Nyheter* y el del *Svenska Dagbladet*. Sin duda, los había guardado porque había en ellos algún ensayo o columna que en su momento no había podido leer, con la convicción de que más adelante encontraría el tiempo y las ganas de hacerlo.

«En ese sentido, es optimista en medio de todo el pesimismo», pensó. Optimista en el mismo sentido en que lo eran los utopistas y los pesimistas influenciados por el marxismo. Convencido de que un día tendría fuerzas para hacer lo que ahora no podía. Posponía las cosas mientras soñaba con otro estado en el que todo sería diferente. Ella no lo hacía, y raramente postergaba nada. El paraíso era una nulidad lógica, ya que la vida era fricción y la fricción solo desaparecería con la muerte. La vida consistía en pequeños y eternos instantes del ahora en los que uno no tenía fuerzas para hacer lo que deseaba. El después no existía, puesto que también el después se convertiría en el ahora sin fuerzas. Ella creía en el paraíso que suponía el encuentro entre dos personas. Y como lo había vivido, sabía que no era una utopía. Siendo antiutopista, no creía que fuera a tener tiempo de leer artículos cuya lectura evitaba ahora, y lo que la sociedad y la gente no eran capaces de hacer ahora tampoco serían capaces de hacerlo más tarde.

Contemplaba las pilas de diarios, tan colmadas de esperanza, y le provocaban celos. Guardaba viejos y amarillentos periódicos mientras a ella la desperdiciaba. El mundo era más importante. Allí, sentada en su cocina blanca y muerta, la tristeza se apoderó de Ester al tiempo que le venía a la mente un pasaje de un poema de Sonja Åkesson.

Busco un espíritu sano en cuerpo sano. He guardado al menos cien ejemplares del *Dagens Nyheter* y un día, de verdad, pienso implicarme a fondo en el debate. Veo una nueva guerra desplegarse sobre las páginas en blanco y negro. Salí corriendo al temprano crepúsculo y quise extender la mano a través del cielo, pero tuve que darme prisa en volver para que no se me quemara la cena.

Se tomó una rebanada de pan con mantequilla y queso, el queso que él había comprado quizá pensando en ella, y una taza grande de café negro, muy cargado, que preparó en su cafetera, la cual también parecía estar intacta.

Pensaba en sus debilidades como artista. Se lo consideraba creador de una gran poesía visual, pero aunque había partes de su obra que le parecían interesantes y originales, las deficiencias de esta también eran sus propios defectos como persona. No se atrevía a entrar en su dolor, y por tanto, tampoco en el de los demás. No sabía lo que era el dolor. Lo contemplaba desde fuera pero no lo sentía, y por eso no conseguía ahondar en la descripción del hombre en la medida que su sed de grandeza requería. La mentira irreflexiva y la incapacidad de llegar más allá de la superficie de todo lo propiamente humano le impedían alcanzar lo que buscaba. Allí donde empezaba a doler, se desviaba, tanto en la observación de sí mismo como en el análisis del mundo de su entorno. Por miedo a lo que podía hallar, no se atrevía a buscar en sí mismo para comprender lo que había en los demás. No quería conocer lo que había en los otros porque allí podrían esconderse agresiones y acusaciones contra él. Por consiguiente, tampoco quería afrontar la existencia cara a cara, aunque eso era lo que pretendía hacer. Observaba a las personas desde fuera, de forma conductista, nunca de manera fenomenológica. Quería reservarse el privilegio de la acusación, no deseaba la comprensión. El resultado era un arte limitado. Pero nadie como él para convertir en virtud sus limitaciones, ocultar su debilidad y hacer que pareciera virtuosismo. Ese era su gran talento, con el que engañaba al mundo. Era en eso en lo que consistía su fuerza artística.

Con una sed de venganza que la asombraba, manaban los pensamientos sobre la insignificancia de Hugo Rask. Llegó a la conclusión de que era magnánimo por su parte amarlo a pesar de todas esas carencias, y que él debería estar agradecido.

Cuando hubo terminado de desayunar y de lavar los platos, dejó una nota en la nevera con una de las declaraciones de amor más frecuentes que hay en la lengua: pronombre personal y verbo en primera persona.

La nota portaba un rasgo inconfundible de persuasión. Era a la vez súplica y grillete. Tras cerrar la puerta del frigorífico descubrió en la encimera una cajita de un remedio natural para el resfriado, y otra nota, también escrita a mano: «¡¡¡Tómate esto y verás como te pones bien enseguida!!! Besos, Eva-Stina».

Los tres signos de exclamación indicaban, o bien un deplorable gusto estilístico o bien un ansia desmedida por comunicar algo. Se acordó de que Hugo había cogido un catarro poco después de las fiestas de Navidad. Habían salido a cenar, a pesar de que él estuvo tosiendo y sorbiéndose los mocos todo el tiempo.

Eva-Stina era la joven que trabajaba para Hugo y que durante el otoño no había dejado de lanzar a Ester miradas torvas. Una nota así no se escribía —o en cualquier caso no se formulaba de esa manera— si no era porque se estaba prendado del

destinatario. Una nota siempre aportaba significado, y no principalmente por el texto, sino por la acción, el propio acto de escribirla. Y eso, en efecto, también se aplicaba a la nota que ella misma acababa de dejar dentro de la nevera, en la balda superior, aunque el texto de esta resultaba más explícito. No solo ponía «Te quiero»; si se incluía la circunstancia, el trasfondo, la personalidad de la autora, el contexto y el subtexto, más bien ponía: «Te quiero con toda mi alma, me porto muy bien contigo a todas horas, solo quiero lo mejor para los dos, así que, ¿por qué te crees con derecho a actuar como actúas?».

Al ensamblar todas las piezas —la medicina natural, las consideradas y afectuosas palabras de la nota, las miradas oblicuas de Eva-Stina y el recuerdo del comentario que Hugo le había hecho hacía unas semanas, mientras, atípicamente, se rascaba el pelo: «Esa mujer de nombre compuesto del que nunca me acuerdo»—, Ester sospechó que no se trataba de nada inocente. La nota era más que una nota. Eva-Stina acechaba entre las sombras, aguardando el momento; además, disfrutaba de un constante acceso a él, ya que trabajaban juntos. ¿O tenían ya una relación? ¿Era por eso por lo que Hugo se había comportado de una forma extraña últimamente?

No, era imposible. Si así fuera no la habría invitado a su casa la pasada noche, ni en la anterior ocasión, y no habría propuesto desayunar en el 7-Eleven de la esquina el miércoles por la mañana.

Ester recogió sus cosas y se marchó de la casa. Mientras se dirigía a la parada del autobús no paraba de rumiar el asunto. No cabía duda de que ciertas personas estaban dispuestas a organizar su vida amorosa, o más bien sexual, con varios amantes a la vez, sin revelarlo. Por raro que pudiera parecer, esos individuos eran los mismos que se sorprendían y se irritaban al ver lo complicado que era hacer malabarismos con las horas, las mentiras, los encuentros y, sobre todo, la existencia real y concreta de otros seres humanos, con lo que esto conllevaba de exigencias, expectativas y deseos. La necrofilia sería lo más apropiado para esos tipos, pensó, teniendo en cuenta la ausencia de pretensiones de los muertos en cuanto al tiempo y la atención de estos genios de alto voltaje sexual tan trabajadores y estrictamente ocupados.

Durante todo el día continuó pensando en las debilidades de Hugo como artista. Le aliviaba un poco.

Cuando él propuso la cena en casa de Ester para celebrar su unión carnal, ella dio por sentado que había acabado la posible relación con la supuesta mujer de Malmö. Todo indicaba que esta, más que una relación amorosa, había sido un cómodo apaño; aunque hacer un viaje tan largo cada dos fines de semana constituía, sin duda, una muestra de algo. Eso difícilmente se hacía por comodidad.

Ester pensó que si había tardado tanto tiempo en acercarse a ella era porque quería tenerlo todo arreglado antes, que había aguardado para que todo estuviera despejado y claro entre ellos. Puro y hermoso.

Ese día, que era viernes, transcurrió con lentitud. La angustia persistía, como un dolor sordo en su interior. Se dijo que dos personas que han ido al encuentro de sus cuerpos y se quieren deben tener confianza. Había muchas cosas que hablaban a favor de la relación; ahora solo se trataba de mantener la cabeza fría e impedir que creciera ese nudo que tenía en el estómago.

Desde que habían pasado al sexo no habían hablado de nada importante ni una sola vez, pero ya habría ocasión para ello. Todo lo que era de gran trascendencia llevaba su tiempo. Cada cosa en su momento. Todo iba bien. Había ido mucho mejor de lo que podría haber soñado aquel sábado de octubre. Lo que en noviembre y diciembre había deseado casi hasta el punto de volverse loca se había cumplido. Le había sido otorgado todo aquello con lo que había soñado. Era increíble. Se auguraba un futuro luminoso. También era un día lleno de luz. Y otro día más sin que consiguiera escribir ni una línea: los pocos intentos que hacía producían frases muertas que impregnaban el texto de un hedor a cadáver.

El viernes avanzaba a paso de tortuga. La pregunta más frecuente desde la invención del teléfono podría ser: ¿por qué no llama? El reloj marcaba las dos, las tres, las cuatro, y seguía sin llamar. Se tumbó en la cama y se puso a leer *La nube en pantalones* de Mayakovski, porque él lo había señalado como una obra importante. El título era fantástico, la poesía tenía unas cualidades innegables, pero gran parte de ella la dejaba indiferente. Ora estaba furiosa con él, ora colmada de una enorme ternura y amor por todo aquello que él había tocado y por lo que él había sido tocado (con ciertas excepciones obvias).

Había decidido no llamarlo. Él tenía mucho trabajo, por lo que no solo debía mostrarle respeto sino también que ella era una persona adulta, independiente y autónoma que se las arreglaba perfectamente sin estar en constante contacto. Era cierto que le extrañaba que hubiera gente que no deseara gozar de una permanente comunicación con la persona con la que acababa de iniciar una relación amorosa, pero debía mostrarse comprensiva.

Cambió de libro y acometió la lectura de *Anatomía de un dictador: Conversaciones de sobremesa en el cuartel general del Führer*, otra recomendación de Hugo. Él había querido estudiar ese libro para intentar comprender por qué había pasado lo que había pasado, y para aprender a advertir las señales a tiempo; por todas partes, en la actualidad, veía indicios latentes de nazismo y fascismo en estas sociedades de falsa democracia parlamentaria. Lo veía especialmente claro tras hablar mucho con Dragan.

Ester leía. Ese día estaba decidida a no llamarlo bajo ningún concepto. Lo llamó. Él no contestó. Dieron las ocho de la tarde. Ella se preguntó por qué no quería estar con ella su primer viernes desde que habían iniciado la relación. No lo entendía. Pero no había que presionar. Nunca había que presionar. Solo ser considerado y amable, sin crear un ambiente agobiante. Todo tiene su explicación lógica, pensó. Él se hallaba en medio de una fase de intenso trabajo. Se sentía seguro y tranquilo con ella,

por lo que no tenía la necesidad de comunicarle todo el tiempo lo que estaba haciendo, ni de hablar con ella a todas horas puesto que permanecían en continuo contacto espiritual. Podían confiar el uno en el otro.

Lo que no podía hacer ahora de ninguna manera era arriesgarse a enviar un SMS del que quizá no recibiría respuesta. La ansiedad por la falta de respuesta era algo que los creadores del SMS y el correo electrónico sin duda no habían tenido en cuenta, o simplemente carecían de esa empatía. Le ardían los dedos de ganas de mandarle un mensaje, para lograr así el alivio de haber hecho algo, un alivio que se prolongaría durante los minutos en los que todavía cabía esperar una respuesta. Tuvo el teléfono en la mano varias veces y empezó a escribir el mensaje, pero en cada ocasión lo borró y apartó el aparato lejos de sí.

Cuando se despertó era sábado. Un día en el que tampoco podría trabajar. Para Ester, escribir no suponía una forma de escapismo sino de resistencia, y la resistencia no es un lugar idóneo donde buscar refugio. Tenía que emprender alguna acción en espera de que su vida comenzara. Miraba el teléfono. ¿Quizá, sin darse cuenta, lo había puesto en modo silencio? No. Nadie había llamado ni mandado un SMS sin que ella lo hubiera advertido. Se llamó a sí misma desde el teléfono fijo para comprobar que al móvil no le había pasado nada. Se envió un mensaje a sí misma. Todo funcionaba impecablemente.

Salió a la calle. Hacía frío. Eran las doce, posiblemente más cerca de la una que de las doce. Deambuló sin rumbo fijo, se tomó una hamburguesa turca en el mercado de Hötorgshallen, entró en algunas tiendas de ropa, desganada, manoseando mecánicamente la tela de las prendas. Si por lo menos la llamara para decirle lo que estaba haciendo... Eso era todo lo que pedía. Él le había comprado el desayuno en algún momento entre la mañana del miércoles y la noche del jueves. Eso tenía que significar que... etcétera. Bajó por Kungsgatan, hasta la plaza de Stureplan, y giró hacia Birger Jarlsgatan. En la librería de viejo Rönnells vio un libro que le habría gustado regalarle, pero decidió que era mejor esperar hasta la semana siguiente para hacer compras de ese tipo. No sabía si él quería más libros de ella, ni siquiera si se iban a volver a ver. No entendía nada. No entender aquello en lo que estaba plenamente metida, aquello por lo que habían reclamado su participación, era lo peor. No hay mayor dolor que el de no entender.

Dieron las tres, y seguía sin llamar. Entró en una cafetería, donde tomó café y, dadas las circunstancias, un pastel extragrande. Delante de ella yacía un libro que intentaba leer. Eran las cuatro. Se fue al cine para ver un *thriller* sobre la CIA, uno de esos cuya trama nunca era capaz de seguir bien, sin discernir tampoco qué era exactamente lo que se le escapaba. Durante la proyección, pensó en el alivio que supondría recibir una llamada suya en ese momento: los nudos del cuerpo se disolverían, como si nunca hubieran existido, y ella volvería a ser una persona. Ni siquiera él podía estar trabajando siempre. Pero tal vez se encontraba de verdad en una fase más intensa de lo habitual.

Tampoco esa vez comprendió el argumento de la película. «La intriga esta está hecha para quienes la han escrito y no para el espectador», pensó. Llevaban tanto

tiempo trabajando en su guion que el curso de los acontecimientos se les antojaba obvio. Creaban la obra desde atrás, mientras que los espectadores la veían desde delante.

Algo le vino a la mente, algo que intentó formular durante los siguientes minutos.

El dilema de los físicos:

Que no recordamos lo que aún no ha pasado.

El dilema de los filósofos:

Que recordamos algo simplemente porque ha pasado.

El dilema de los psicólogos:

Que recordamos lo que nos resulta más conveniente.

El dilema de los políticos:

Que la gente tiene memoria.

El dilema de los médicos:

Que la memoria falla.

El dilema de los amantes desgraciados:

Que la memoria de lo que ha pasado nos cambia.

Recorrió con la mirada la sala de cine. No había demasiada gente, pero los que había parecían prestarle mucha atención a la película. Quizá eran personas que no sufrían ni se atormentaban todo el tiempo, personas que tenían una vida, tanto ahora como cuando terminara la proyección.

De repente, tuvo un intenso presentimiento y la certeza interior de que Hugo y ella iban a verse esa misma noche, comer y beber, reír y hacer el amor. Dentro de muy poco la llamaría; resonaría su voz campechana y alegre, y la pesadilla se esfumaría.

—¿Qué haces esta noche? ¿Tienes hambre? —le preguntaría con desenfado, y ni una palabra de ella revelaría lo mal que lo había pasado (nunca reprochar), sino que se limitaría a responder:

—¡Sí! ¡Tengo hambre! ¿Cuándo quedamos?

Al cabo de un par de horas estarían en un restaurante y, con un brillo en los ojos, él extendería la mano para acariciarle la mejilla. Ya había pasado por ese sufrimiento antes, pensando que todo se había acabado, solo para recibir de pronto una llamada suya. Lo importante era aguantar y no dar la lata.

El entendimiento del problema le cayó encima con el ímpetu de un meteorito que se estrella contra la Tierra con igual contundencia que el que hace setenta millones de años acabó con los dinosaurios. Ya no veía lo que acontecía en la pantalla cuando su cuerpo, en un vertiginoso segundo, se transmutó y su mente se iluminó; comprendió lo que era evidente aunque incomprensible: que él naturalmente estaba con su amante en Malmö ese fin de semana. Pues hacía dos semanas que no iba, y siempre iba cada quince días. Se podía ajustar un reloj atómico tomando como referencia sus viajes. El

sábado anterior habían estado en casa de Ester, y este fin de semana tocaba Malmö. La idea no se le había ocurrido ni una sola vez a lo largo de la semana, puesto que era demasiado absurda, pero explicaba su comportamiento durante los últimos días.

Quedaba la mitad de la película. Ester no se movió de su asiento mientras la angustia más negra que jamás había experimentado recorría su cuerpo en oleadas de arsénico y plomo.

¿Por qué no se marchaba? Porque, al fin y al cabo, después de haber confirmado sus sospechas, no había nada que hacer ni ningún sitio adonde ir, de modo que le daba igual estar en el cine que en cualquier otro lugar.

Después de la película decidió acercarse hasta la calle de Hugo. El cielo estaba plomizo y hacía un frío húmedo que ahuyentaba a los paseantes. Las farolas estaban iluminadas, y los comerciantes se disponían a apagar las luces de sus trastiendas, echar el cierre con ruidosos llaveros y lanzar suspiros de alivio ante la perspectiva del domingo. Ester caminaba en dirección a su calle para ver sus sospechas confirmadas.

Que hubiera tardado tanto tiempo en caer en la cuenta se debía a que no entendía la visión de la vida y del ser humano que podía tener una persona que hacía ese tipo de cosas. Toda su concepción de la humanidad como una y la misma cosa, y psicológicamente uniforme, se tambaleaba. Esa manera de lidiar con la materia le resultaba demasiado extraña.

Ya a distancia vio que el estudio estaba cerrado. Al parecer, aún le había quedado un poco de esperanza, porque la certeza le dolió incluso más. Solo cuando Hugo se hallaba de viaje se echaba el cerrojo al estudio y se cerraba la verja con llave. Esa noche en ese estudio no se construía ningún decorado. Atravesó el patio, subió a su apartamento y echó un vistazo a través de la ranura del correo de la puerta: no se veía luz alguna.

Hugo le había dado a entender que trabajaban en los locales del estudio de la mañana a la noche todos los días de la semana. Le había hecho creer que era un hombre ocupado, un artista con una rigurosa dedicación al que no se podía molestar y del que nadie podía exigir nada, ya que se consagraba al arte, un arte que trataba de cómo las personas se portaban unas con otras, del mal que hay en el descuido, del ejercicio del poder y de la impotencia. Pero ahora mismo, a todas luces, descansaba de ese arte.

El suelo estaba salpicado de manchas de hielo y el viento avanzaba sigilosamente por las calles, se colaba por las esquinas y pinchaba sus maliciosas agujas en cuellos y muñecas. La atmósfera oscilaba entre el aguanieve y las heladas. Nieve a medio derretir durante el día y una fina capa de hielo por las noches.

Una vez más, regresó andando desde el estudio hasta la parada del autobús. Al subir, sacó el móvil y se puso a escribir un mensaje. Cuando bajó un cuarto de hora más tarde, ya estaba redactado y lo envió sin siquiera considerar la posibilidad de no hacerlo. Se trataba de un mensaje rigurosamente reducido, tenso como el terror y el pánico cuando estos se ocultan tras la altivez, en el que se respiraba un tono de

desprecio nutrido por el amor propio. Era un instrumento cortante. Ella le hacía reproches con todo el derecho de la desdeñada.

Pero era un texto, no era ella: era ella como texto. En el mundo físico no existían ni la altanería ni el amor propio. En ese mundo ella estaba a punto de desplomarse como un muñeco de trapo.

Sin embargo, después de haber enviado el mensaje, se instaló un breve momento de triunfo. Tanto el acto de redactarlo como el hecho de que dirigía su rabia hacia él con golpes duros y bien formulados aliviaron el dolor durante unos instantes. E implicaba un contacto, alguna forma de encuentro humano que rompía el insoportable silencio. Él iba a leer el mensaje y pensaría en ella, y le contestaría.

Pero la respuesta no llegó. No llegó nada de nada. La noche del sábado pasó. Y el domingo. El lunes por la mañana habían transcurrido treinta y seis horas sin ninguna señal de Hugo. Se trataba de una exhibición en el arte de matar a una persona socialmente.

A mediodía se fue a la Estación Central para esperar en el andén la llegada del tren de Malmö, pero fue en vano. Pasaba un tren cada hora, y la posibilidad de que diera con el que buscaba era muy pequeña. Multitud de pasajeros salían a raudales de los numerosos vagones para dirigirse a las diferentes bajadas, salidas y subidas, pero ni rastro de Hugo. Siguió esperando durante dos horas y tres llegadas. Luego se fue a casa para redactar un correo electrónico en el cual analizaba secamente la cadena entera de acontecimientos.

«Cuanto más te callas tú, más hablo yo, eso es hegeliano», escribió al tiempo que le avergonzaba lo pretencioso de la frase, pero la dejó estar. Expuso objetivamente todas las circunstancias que se le ocurrían para explicar el motivo de su comportamiento, presentó los posibles, y autocríticos, ángulos, interpretaciones y perspectivas de futuro que su imaginación era capaz de generar, a excepción de uno solo: que ella no tenía derecho a una explicación. Allí estaba su límite. Escribió que entendía que resultaba imposible ser sincero si se habitaba un mundo en el que la verdad era castigada, y que las reglas morales de ella eran quizá demasiado rígidas para que él tuviera la voluntad de decir la verdad. Sugirió que tal vez había ido demasiado rápido sin prestar atención a las necesidades y el ritmo de él. Pero insistió en que le debía una aclaración, puesto que los dos estaban unidos. Él había asumido una responsabilidad al entrar en su cuerpo, un acto que le había infundido la expectativa de algo que debía completarse, y que conllevaba unos derechos, entre los cuales se encontraba el de escuchar su explicación.

Consideró todos los puntos de vista, obviando únicamente la idea de que ella no se hallaba en posesión de unos derechos. No se le había ocurrido adoptar una relación tan distante con la vida, o despreciarse a sí misma hasta tal punto. A determinadas partes del coro de amigas les costaba tolerar esa falta de aceptación, o —lo que para

Ester venía a ser lo mismo— de autodesprecio. A las personas que habían dedicado mucho esfuerzo a eliminar sus necesidades para complacer, para portarse decentemente y no molestar, les enervaba el engreimiento que había en no darse por aludido cuando uno no es deseado. «Él no te debe nada», le dijeron. Ester analizó el razonamiento y concluyó que no compartía esa opinión.

La fortaleza y la habilidad inspiran admiración, pero no amor. Lo que infunde amor es la fragilidad humana, las grietas que llevamos dentro. Pero la fragilidad por sí sola no basta, debe completarse con autonomía y una cierta capacidad de reflexión crítica sobre uno mismo. Las grietas despiertan ternura, pero tarde o temprano aquello que produce ternura acaba engendrando agresividad. La menesterosidad pura es, a causa de su impotencia, tan imposible de amar como la fuerza bruta.

Independientemente de que se mostrara fuerte, débil o llena de grietas, Ester no obtenía respuesta alguna. Hugo no dio señales de vida en toda la semana. Su respiración se entrecortaba, y experimentaba una constante presión en el pecho. Todas las tardes cogía el autobús hasta su calle. Las ventanas del estudio estaban iluminadas de nuevo, signo de que el trabajo se había reanudado. Ahí se encontraba el hombre con quien la semana anterior había dormido y en cuya compañía se había despertado; el hombre con el que hacía dos semanas había conversado y reído durante horas; un hombre al que ahora se veía obligada a contemplar desde una esquina de la calle, como antes de que todo empezara.

El viernes, cuando se cumplía una semana desde el último encuentro, acaecido una mañana hacía mil años, Ester tomó una decisión y una vez más tomó el autobús hasta la casa de Hugo. Era suficiente: no estaba dispuesta a tolerar ni un segundo más esa cobarde forma de escabullirse.

Eran las seis de la tarde. Entró en el estudio sin llamar al timbre y subió las escaleras. Allí, en el primer piso, se hallaba él, sentado detrás del enorme escritorio, trabajando. La miró por encima de la montura de sus gafas, sin manifestar turbación, temor ni alegría.

—¿Tú por aquí? —preguntó.

—Sí, aquí estoy.

Hugo apoyó los codos en la mesa, las manos ligeramente entrelazadas, sin revelar lo que estaba pensando. Ester requirió que le concediera una conversación, insistió en que era imperioso que hablaran, y aunque a Hugo no parecía entusiasmarle la idea, bajaron al restaurante de enfrente, donde habían tenido por costumbre reunirse a la luz de las velas. Ahora a ella se le antojaba un lugar extraño. Pero los camareros los saludaron con calidez, dándoles la bienvenida propia de los clientes habituales, y se apresuraron a prepararles su mesa favorita de la esquina.

Ester oyó que Hugo le decía a la camarera que no se quedarían mucho tiempo.

Todavía de pie, él pidió una copa de vino. La camarera esperó atentamente pero con discreción a que pidieran algo más, y viendo que no lo hacían, echó a andar en dirección a la cocina. En ese momento, Hugo dirigió a su acompañante una rápida mirada: ¿le apetecía tomar algo a ella también? Ester asintió con la cabeza.

Hugo se sentó en el borde de la silla, sin ponerse cómodo, con la mayor parte del peso corporal sobre las pantorrillas y los pies; se rebullía y retorció, mirando a todo menos a ella, preparado para salir corriendo en cualquier instante.

A pesar de advertirlo, Ester no podía evitar sentir amor. Ya no necesitaba explicaciones. Todo lo que había querido preguntar, sus desesperadas ideas y rebuscados razonamientos eran tan solo excusas para poder estar con él. Quería verlo, eso era todo. Quería tener una relación con él, eso era todo. Lo echaba de menos enormemente, las cosas eran así de simples. Quería quedarse a su lado, hablando durante horas y horas para luego acompañarlo a su casa y despertar al día siguiente con un largo sábado por delante junto a él. Estando a su lado, nada le faltaba.

—He de volver pronto —advirtió Hugo mientras su mirada esquiva rebotaba contra la de ella—. Tengo mucho que hacer. Estoy en un periodo de trabajo muy intenso.

La ilusión se rompió al tiempo que retornaba el frío. La reunión a la que le había forzado debía ser justificada de nuevo y explicada mediante conceptos severos como la moral y la necesidad de comprender, no aduciendo aquello tan blandito que acababa de pasar por su mente.

Se moría de ganas de decirle que también la semana anterior él había estado sumido en un intensísimo periodo creativo, pero decidió no ser sarcástica. Del sarcasmo siempre se arrepiente uno después.

—He hecho lo imposible por contactar contigo —dijo.

—Ya me he dado cuenta.

Se instaló el silencio mientras Ester digería la ligera mezquindad que había en la respuesta de Hugo.

—¿Por qué no me has contestado?

—¿A cuál de todas las cosas que me preguntabas tendría que haber contestado? Tu curiosidad no tiene límites. Creo que nunca he visto a nadie hacer tantas preguntas de golpe.

—También te he enviado mensajes de texto. Y te he llamado.

—Sí. En efecto.

—¿Te refieres al *e-mail* que te mandé el lunes?

—No sé qué día me llegó. Era imposible responder a todo ese interrogatorio.

—¿Y a qué crees que se debe que me hayan surgido tantas preguntas esta última semana?

—Ni idea.

—Vaya. Bueno, a veces es difícil percibir la relación entre las cosas.

Hugo apuró su copa en un par de impetuosos tragos.

Ester respiraba con dificultad.

—Si me he hecho tantas preguntas es porque tu comportamiento ha sido incomprensible. Durante tres meses hemos estado viéndonos, construyendo una relación íntima. Esta relación culmina en tres encuentros eróticos que ambos, supongo, no hemos podido menos que sentir como inevitables. Tres encuentros sexuales en el transcurso de seis noches. A continuación, empiezas a actuar de una manera no solo repugnante, sino también indescifrable. Y yo me tengo que aguantar y dedicarme a hacer conjeturas. No se me ocurre mejor forma de torturar a una persona que hacer lo que tú has hecho conmigo la pasada semana.

Hugo no dijo nada. Se limitaba a girar su copa vacía en la mano mientras paseaba la mirada por el local. No daba la impresión de sentirse culpable, ni de guardar silencio porque no se le ocurriera qué decir. Solo quería desprenderse de las cadenas que ella le había puesto, y su mutismo era el silencio que se observa ante aquel que es incapaz de entender nada, al hallarse en un mundo diferente regido por otras reglas del juego, acerca de las cuales sería absurdo siquiera intentar discutir dado el abismo que separa ambos mundos.

—Llevo toda la semana fatal, desesperada. No sé qué hacer.

—Si estás deprimida deberías hablar con alguien.

—Estoy hablando con alguien. Ahora mismo.

—Con alguien que sepa de esas cosas. Un experto.

—¿Un experto en corazones rotos? Si hay una persona que puede ayudarme, esa eres tú.

—Lo siento mucho pero tengo que volver al trabajo.

En el timbre apagado de su voz y en la fatiga que reflejaban sus ojos, Ester entrevió de nuevo esa insuficiencia asumida. Una incapacidad anquilosada y convertida en una abstracta aversión hacia las mujeres, que le exigían amor eterno a él, que tenía cosas más importantes en las que pensar, con sus balbuceos y unos requerimientos de posesión que lanzaban como lazos, y que siempre justificaban alegando los tiernos latidos de sus corazones.

—Fue pasión —dijo Hugo—. Nos condujo la pasión, como suele hacerlo. Tal vez especialmente a ti.

—Gracias, muy amable por tu parte.

—Pero es la verdad. Obviamente, te ha afectado a ti más que a mí. Yo no he sentido ninguna desesperación.

La malevolencia o el odio que escondían esas palabras provocaron en Ester un vértigo repentino, como si se estuviera quedando sin oxígeno.

—Así que, en tu mundo, ¿la pasión no es amor?

—Son cosas diferentes.

—¿Ni siquiera están emparentadas?

—Un parentesco lejano, quizá. Pero no pasas unas largas vacaciones de verano

con la pasión, ni convives con ella durante años.

—Una definición interesante. Pero no parece que tenga validez universal, lo cual la hace inútil precisamente en su condición de definición, ¿no crees? A mí me encantaría pasar las vacaciones de verano contigo, por largas que fueran, y que viviéramos juntos durante el resto de la eternidad. Y las vacaciones de invierno también.

—Pero a mí no.

—¿De modo que lo nuestro no ha tenido nada que ver con el amor? Qué bien que hayas resuelto el misterio.

Hugo empezó a mordisquearse los labios, algo reseco y despellejados por el frío invernal, si bien la grieta ya se le había curado. Tenía el cuerpo muy tenso, pero ahora, al dar un suspiro, relajó los hombros.

—Es que el sábado te cogiste un cabreo monumental. El mensaje que me enviaste era aterrador. Ante algo así, la reacción normal es alejarse. La cosa se vuelve muy desagradable, eso es todo.

—¿Y ni por asomo eres capaz de entender por qué estaba enfadada?

—Quizá sí.

—¿No te parece, después de lo que ha habido entre nosotros, de todo lo que hemos hecho juntos y de lo que a raíz de eso se daba por sobreentendido, que tenía razones para indignarme, que estaba en mi derecho de saber lo que piensas de mí y de nuestra relación? Te has apropiado de mí. Has estado dentro de mi cuerpo. ¿No piensas que eso me pone en una posición privilegiada ante la cual tu integridad debería ceder un poco? ¿Y que de algún modo es responsabilidad tuya rendir cuentas de unas acciones que me están afectando tanto que apenas consigo tenerme en pie? La angustia me está matando.

—¿Ves como ya tienes todas las respuestas? Lo tuyo no son preguntas. Son denuncias y acusaciones. Según tus valores tan ejemplares, todo está ya zanjado. Lo único que te falta es forzarme a reconocer mis culpas y a rendirme, y con eso estarás en paz.

—Detesto la sumisión. Solo quiero que estemos juntos, espiritualmente unidos. Eso es todo lo que quiero. ¿Por qué no has ido a mi encuentro en lugar de quedarte mudo como una estatua? Habíamos establecido una relación; ¿no te parece que lo lógico en ese caso es ir al encuentro de la otra persona, incluso si está enfadada y la situación es incómoda?

Hugo se revolvió en su silla. La mitad de su cuerpo sobresalía ya del asiento.

—Tu agresividad me confirmó que la decisión de no contarte adónde iba el fin de semana era acertada. Te habrías puesto hecha una furia, no lo habrías aceptado.

—Y mira tú por dónde, luego me puse hecha una furia de todos modos.

Él no respondió, evitando pronunciar la frase que faltaba, la que al parecer a Ester no se le pasaba por la cabeza que fuera humanamente posible: que Hugo siempre resolvía ese tipo de situaciones batiéndose fríamente en retirada. Cortaba por lo sano.

No iba al encuentro de nadie. Lo que él ofrecía era lo que había, ni más ni menos, y era cuestión de tomarlo o dejarlo. Rehuía cualquier tipo de molestia. Las formas de placer que producían más desagrado que disfrute debían ser desechadas. La manera más fácil de eludir la ira es no tratar con las personas a las que se ha infligido dolor.

—¿Ella nunca se enfada? —preguntó Ester.

—¿Quién?

—La mujer de Malmö.

—No tengo ninguna mujer en Malmö.

Se mordía las uñas mientras miraba hacia el reducto de libertad que era la calle. Hubo un largo silencio. Se revolvió en la silla, inclinándose hacia delante, preparado para levantarse. No habían pedido nada de comer y no lo harían. Ester ni siquiera se había tomado un vino.

El aire entre ellos vibraba de malestar.

De pronto, el rostro de Hugo se iluminó como si se le viniera a la mente una ocurrencia divertida y amena con la que animar la reunión:

—¿Sigues saliendo a correr tanto como antes?

El alcance de la pregunta era inmenso, porque la interrogada sintió que no tenía la más mínima cabida en su vida, que se encontraban a años luz de distancia. Las pretensiones y suposiciones acerca de una tácita comunión entre ambos debían de parecer incomprensibles, casi inescrutables, a alguien cuya visión del mundo permitía, en un momento así, preguntarle alegremente: «¿Sigues saliendo a correr tanto como antes?».

Se trataba, comprendió, de un intento por parte de Hugo de ser amable. Las personas que optan por mantener una considerable distancia respecto a los demás suelen ser amables. Tienen gestos de amabilidad. Les interesa muy poco la vida de los otros, y en ese sentido practicar la amabilidad no cuesta ni compromete a nada, es preferible a la malicia, que solo acarrea molestias y fastidio. Los gestos amables, en cambio, posibilitan que a uno lo dejen en paz. Hugo Rask era una de esas personas que quería presentarse ante los demás como un tipo simpático, cálido y cariñoso. Con quienes se mostraba más afectuoso era con los extraños. A medida que los extraños dejaban de serlo, sin embargo, aumentaba su frialdad y desapego, tanto más cuanto mayor era el grado de conocimiento.

Tamborileó sobre el borde de la mesa mientras miraba con añoranza hacia su estudio.

Una vez fuera del restaurante, Hugo se balanceó de un pie al otro, dando pisadas inquietas en la acera. Ester se disponía a marcharse. No sacaría más de esa noche, no sacaría nunca nada más. Alargó la mano para posarla sobre la mejilla de él, donde la mantuvo unos instantes antes de bajar el brazo, dar media vuelta y alejarse de allí.

Había nieve en la acera, nieve recién caída que se estaba convirtiendo en

aguanieve. En el espejo retrovisor de un coche aparcado, Ester vio que él seguía en el mismo lugar, mirándola.

En lo más hondo de su ser sabía que cuando alguien no insiste en sus exigencias ni persiste en sus acusaciones deja de tener sentido oponer resistencia y la supremacía sobre esa persona se transforma en debilidad. El desagrado se torna en pérdida; la falta de voluntad, en duda. Pero todo ello no bastó para que Hugo la llamara y le rogara que regresase.

Ella continuó observando sus movimientos a través de los espejos retrovisores de los coches y vio cómo él, liberándose por fin de la parálisis, cruzaba la calle y se dirigía a la puerta que daba entrada a lo que constituía su hogar y su mundo.

A fin de actuar como un ser humano vivo, Ester intentó retomar una actividad normal, emprender proyectos.

Se fue a París.

Una de sus amistades trabajaba allí desde hacía cosa de medio año, de modo que se dejó convencer para viajar a la ciudad con el propósito de animarse y distraerse. (Es interesante constatar cómo el concepto de *amistad* posee, en la percepción lingüística general, un matiz más distante que el de *amigo* a secas, de la misma manera que se entiende que una *persona mayor* es más joven que una vieja. En esta ocasión se trataba en efecto de una de las *amistades* de Ester. Más que un conocido, pero menos que un íntimo).

Se alojó en el New Hotel, cerca de la Gare du Nord: un pequeño y claustrofóbico establecimiento del que en caso de incendio no podrían evacuarse ni las cucarachas. Le asignaron una habitación minúscula en el tercer piso, con los rincones llenos de polvo y un colchón cubierto por una funda de plástico. La visión de los encuentros carnales a los que obedecía este apaño le resultaba dolorosa, pero no más que las numerosas visiones que, cual herramientas tanto afiladas como romas, se ensañaban con sus entrañas. No paraba de meditar sobre lo ocurrido, consigo misma y con todo el que quería escucharla, y de repasar las cosas que habría hecho de forma diferente en tal y cual ocasión si hubiera sabido el cariz que iban a tomar los acontecimientos. Ni una sola de sus acciones después de acostarse con Hugo habría sido igual si lo hubiese sabido.

Uno de sus errores la desconcertaba. No había podido evitarlo, pues se basaba en una estimación y un juicio que de ningún modo podía considerar equivocados. Desconocía por completo que la ira estuviese prohibida en el amor. No le cabía en la cabeza que una sola rabieta, la que le envió en forma de mensaje de texto aquel sábado por la noche cuando después del cine vio sus aposentos apagados, fuera suficiente para echarlo todo a perder. Por el contrario, Ester pensaba que la cólera estaba permitida entre aquellos que tenían intimidad.

Y tal vez llevaba razón al considerar que esa creencia era universal, pensaba. Y en ese caso la equivocación había consistido en juzgar que entre ellos dos había habido intimidad.

Esa intimidad que legitima la cólera era la que él no quería construir con ella.

Pero ¿por qué deseaba una intimidad física con ella si no quería la intimidad espiritual? ¿Y por qué todas esas largas e intensas conversaciones durante meses y meses de preliminares?

No entendía nada.

Si algún día escribía un libro de poemas sobre ese tema, se titularía *No entiendo nada*.

Había tenido relaciones de amistad en las que no había cabida para la cólera. Pero habían carecido de la suficiente solidez, cercanía y cariño. No se había tratado de esa clase de relaciones en las que la expresión abierta de la decepción se presenta como una posibilidad, sino de aquellas que no dan cobertura emocional a la confrontación. Ester sospechaba que, para Hugo, su relación pertenecía a esta última categoría. No se sentía lo suficientemente unido a ella como para tolerar que el vínculo le ocasionara la más mínima molestia.

El reloj la despertaba todas las mañanas a las siete en su sórdido hotel parisino. Tras bajar a tomar el típico desayuno francés, volvía a su habitación para escribir durante dos horas seguidas. Controlaba el tiempo con la ayuda del despertador y se detenía en seco cuando sonaba la alarma. Acto seguido, salía a dar un paseo, a caminar sin rumbo por la ciudad empapándose de su atmósfera y sus aromas. Cuando las piernas acusaban el cansancio, se sentaba en un café a leer, y de vez en cuando, por unos minutos, se le antojaba que disfrutaba de la vida, que era una criatura independiente que no necesitaba de la simbiosis para existir. Pero la mayor parte del tiempo se daba cuenta de que apenas tenía vida propia. La euforia que caracterizaba sus instantes de independencia —pues podían describirse como eufóricos en comparación con el dolor constante que impregnaba su estado anímico habitual— hacía que sintiera ganas de enviarle un mensaje de texto para mostrar lo autónoma y feliz que era, hasta qué punto se podía relacionar con él de una forma igualitaria y amistosa, y cómo había aceptado la situación y ahora seguía adelante con su vida hacia nuevas y audaces metas. Pretendía hacerle partícipe de que allí, sentada en un café parisino, disfrutaba de la vida, sin necesitar a nadie para otra cosa que no fuera el estímulo intelectual, porque era una mujer fuerte, con curiosidad vital, y completamente independiente.

Un día, cayendo en la tentación, le mandó un SMS. Imaginaba que el sentimiento de unión que ella experimentaba en su interior era real y, por lo tanto, mutuo. Pero no hubo respuesta, cosa que terminó por aniquilar sus leves atisbos de independencia y arruinar el resto de la semana, que fue de mal en peor. ¿Por qué no entendía de una vez que un mensaje sin respuesta siempre provocaba un abismo de angustia y que la única manera de evitarlo era no enviar ninguno? La responsable era la Esperanza, que sedaba la memoria de la vergüenza y la angustia, y la llevaba a arriesgarse bajo el supuesto de que esta vez iba a ser diferente.

Por las noches se reunía con su *amistad* afincada en París. Salían a cenar, pero la amiga, no versada en el mal de amores, pensaba que la tristeza no podía ser tan grave

si durante la velada, en alguna ocasión, la persona triste se reía. Nadie con una seria congoja vital era capaz de reír, concluía la interlocutora, que había visto reportajes acerca de gente afectada por depresiones graves: personas que dejaban que la cocina se llenara de basura y platos sucios, y a las que se trataba con descargas eléctricas. Esos individuos nunca se reían. Tras una decepción, había que hacer un esfuerzo por seguir adelante, apreciando lo positivo de la vida y relativizando la desgracia propia en comparación con el verdadero sufrimiento, el de los enfermos de cáncer, los parálíticos, los hambrientos y los esclavos sexuales. La amiga de Ester era incapaz de soportar las penas de los demás; quería que todo fuera normal, a fin de explayarse en la conversación con sus propias preocupaciones e inquietudes sin ser presa de sentimientos de culpa.

Al cabo de unas cuantas noches se les quitaron las ganas de seguir quedando, pero guardaron las apariencias mediante el discreto y tácito acuerdo de cenar a solas.

París desprendía olores y aromas, olía a suciedad y a hojaldre, a gases de escape y a perfume. Los días, los paseos, las sensaciones se sucedían unos a otros mientras Ester se convencía de que era un viaje sin sentido. Se dejó absorber por las finas vigas de acero de color verde oscuro que separaban la acera y el asfalto, los hombres de verde claro que mantenían limpias las calles, las *brasseries* de las esquinas: todo aquello típicamente parisino que siempre le había gustado. No servía de nada viajar a París. Nada servía de nada mientras el compañero de viaje siguiera siendo uno mismo.

La penúltima noche salió a comprar comida para llevar y una botella de vino que pensaba tomarse en la habitación del hotel frente al televisor. De camino a la tienda, sonó el móvil. Eran las siete y media. Sacó el teléfono del bolsillo y vio el nombre de Hugo en la pantalla. Claro y diáfano: Hugo Rask. Se detuvo en seco, se quedó inmóvil y respondió diciendo su nombre y apellido con una voz que pretendía sonara profunda. El que solo usa su nombre de pila, pensó, es alguien que espera que el mundo llame a su puerta, alguien pasivo, falto de solidez. En cambio, el nombre acompañado del apellido tenía peso, reflejaba dominio y dignidad. Una persona con nombre y apellido no aguardaba apática una llamada de teléfono: estaba plenamente activa, inmersa en sus cosas. Pronunciar solo el apellido habría sido aún mejor, pero en esa situación habría denotado una intencionalidad de distanciamiento muy estudiada, rayana en la broma. Él podría haberla percibido.

Ester dejó que sonara varias veces antes de responder, y articuló su nombre de pila y su apellido de manera lenta y acompasada, tras lo cual aguardó a escuchar la voz de Hugo. En los canales auditivos resonaban los latidos de su corazón, pero en el auricular no se oía nada. Hubo un murmullo de voces en el cual discernió la de él, pero ninguna le hablaba, sino que parecían charlar entre ellas, como durante un descanso en el trabajo. Alguien se rio y alguien dejó una copa de vino sobre una superficie sólida: a juzgar por el ruido, una copa vacía en la barra del estudio. ¿Sería

la copa de Eva-Stina, la mujer cuyo nombre a él le costaba recordar?

Ester gritó: «¿Diga?». Después de cinco «digas», desistió. Le parecía que más o menos a partir de cinco la cosa ya comenzaba a revelar desesperación. Dado que, en su caso, la desesperación era real, poseía una extraordinaria sensibilidad para detectar las manifestaciones de la misma.

El murmullo no cesaba. Recibir llamadas de Suecia no le salía gratis, de modo que pronto debería colgar.

—¿Diga? —repitió una última vez—. Diga...

El nombre de Hugo en la pantalla le había devuelto toda la esperanza y ahora no conseguía quitársela de encima. Los sentimientos por otra persona no podían desaparecer de un día para otro, razonó, y sin duda él los había tenido, de lo contrario no habría invertido todo ese tiempo en verse con ella. La aplastante lógica de este razonamiento allanó el camino a la esperanza, que le recorrió el cuerpo durante toda la noche, por lo que apenas pegó ojo.

El día siguiente era el último de su estancia en París. Dedicó las dos horas de rigor a escribir y dio su habitual paseo, esta vez sin percibir los olores y aromas ni ver la ciudad. Le carcomía la angustia de no saber si Hugo realmente había intentado contactar con ella la noche anterior y luego no se había atrevido a hablar. ¿O qué era lo que estaba pasando? ¿Le estaba tomando el pelo? ¿Quería hacerla sufrir? ¿Por qué motivo?

Al caer la noche no pudo aguantar más y agarró el teléfono. El peso que llevaba semanas oprimiéndole los pulmones desapareció en el mismo instante en que Hugo se puso al teléfono. Y decidió responder a pesar de ver que era ella quien llamaba. Su voz sonaba vacilante, como a la expectativa, pero cuando Ester le aclaró que llamaba desde Francia se tornó tan suave, cálida y envolvente como en los primeros meses. Francia estaba muy lejos, igual de apartada que los extraños con los que siempre se mostraba amable, así que no era preciso ponerse en guardia.

—Me llamaste ayer —dijo Ester con miedo y el ánimo en suspenso.

—¿Ah, sí? —respondió él amablemente.

—Ayer por la noche.

—Qué raro.

—Cuando me llamaste iba andando tranquilamente por la calle, en pleno centro de París, de camino a la tienda a comprar vino para la cena. Me alojo cerca de la Gare du Nord. Eran sobre las siete y media, creo recordar. Pero ¿quizá fue un error?

—Tenía el teléfono en el bolsillo y debió de activarse solo.

—No había nadie al aparato cuando respondí.

Ambos soltaron una risa nerviosa.

—Así que estás en Francia.

«Eso lo sabes desde hace varios días —pensó Ester—, desde el mensaje que te

envié el miércoles y que no contestaste».

—¿Se activó solo, entonces? —preguntó.

—Siempre lo llevo en el bolsillo. Debí de apretar el botón al apoyarme en algo.

—En la barra de la cocina.

—Seguro. Tal vez, sí.

—A veces pasa con estos aparatos modernos —comentó Ester.

—En efecto, a veces pasa.

—Pero ¿no te parece misterioso que me llamara precisamente a mí? Casi como una señal.

La risa de Hugo reflejaba ahora una abierta turbación. Le sucedía a menudo. A Ester le daba la sensación de que se avergonzaba de su propia risa, pues reírse era algo íntimo.

—A lo mejor es que tu teléfono me echa de menos. A mí y a las extraordinarias conversaciones que tuvo la oportunidad de escuchar —insistió ella.

La risa burlona, en cambio, no era algo íntimo, siguió reflexionando Ester, pero es que tampoco era una risa de verdad; simplemente remedaba el sonido y los movimientos musculares de esta a fin de parasitar la risa genuina.

El espacio abierto por los largos silencios que salpicaban la conversación permitió a los pensamientos de Ester rebotar en diferentes direcciones.

—¿Te acuerdas de lo maravilloso que era? Cuando hablábamos sin parar, durante horas...

—¿Estás pasándolo bien en Francia? —inquirió Hugo.

—Muy bien. Fenomenal. Estupendamente.

—Francia es bonita —constató Hugo—. La patria del queso y del vino. Y de la verdadera intelectualidad.

—Siempre nos quedará París —asintió Ester, mientras advertía cómo esa frase, en su horrible vacuidad, se erigía en un emblema del fracaso de su relación.

—Así es, sin duda.

—No he hecho más que deambular por las calles y empaparme del ambiente. No hay cosa igual en el mundo.

—Qué bien.

—Ya es primavera aquí. En la capital del amor.

—Me lo imagino. Ya estamos en marzo. Cómo pasa el tiempo.

—Pues sí. O qué lento. Bueno, no te entretengo más. Solo quería asegurarme de que no me llamabas por alguna razón en especial.

—No. Ya te lo he dicho. Debí de ser un error.

—Qué lástima.

Considerando la llamada terminada, Ester había retirado el teléfono de la oreja cuando oyó de nuevo la voz de Hugo:

—Hablamos a tu vuelta, entonces.

Ella se acercó de nuevo el móvil.

—¿Qué has dicho?

—Que cuando vuelvas hablamos.

—¿Sí? ¡Sí, claro! Hablamos. Me encantaría.

—En eso quedamos, entonces —se despidió él—. Pásalo bien.

Después de oír esas pequeñas palabras de imprudencia temeraria de labios de Hugo, Ester recorrió la noche parisina con una sensación de ingravidez: adoraba los aromas que la envolvían y sentía empatía hacia todo ser humano que se cruzaba en su camino. Le dio tiempo a acercarse a Shakespeare and Company justo antes de que cerraran, y allí no solo se hizo con un par de libros, uno de Hannah Arendt y otro de Derek Parfit, sino que también tomó la decisión de trabajar más, de recuperar su disciplina y su hábito de lectura, de retomar sus esfuerzos para entender la relación entre todas las cosas.

Intercambió unas breves palabras en su francés chapurreado con el dependiente de la librería mientras pagaba, imbuida de la convicción de que nada podría ya alterarla nunca más.

Poco antes de las dos del día siguiente aterrizó el avión, y en menos de una hora Ester estaba de vuelta en su apartamento de Kungsholmen. Ahora bien, convenía esperar un rato antes de llamar, pensó. Era domingo, el día en que solía salir a correr su carrera de fondo. Aunque por lo general las jornadas de viaje como aquella las consideraba perdidas de cara al desarrollo de actividades productivas, aquel día era distinto, por cuanto que suponía el comienzo de una nueva etapa. Los procesos bioquímicos que sustentaban su cuerpo carecían de obstáculos y barreras, nada los constreñía ni los frenaba. Sin resistencia alguna, emprendió su larga carrera dominical a pesar de que ya era tarde: su hora habitual de entrenar era por la mañana, y si se le pasaba el momento le daba mucha pereza y acostumbraba no hacerlo. Ese domingo le correspondían dieciocho kilómetros; su objetivo era llegar a la distancia máxima de veinte kilómetros a principios de mayo. Ahora, sin embargo, decidió subir el listón: deberían ser por lo menos veintidós. Ni un solo paso le costó esfuerzo esa tarde: durante todo el recorrido bordeando el agua de Estocolmo se imaginaba el encuentro que tendría lugar esa misma noche o tal vez al día siguiente. Él quería que hablaran cuando ella volviese. Bien, ya estaba de vuelta. Era la primera vez desde que había acontecido el desastre que él sugería tal cosa. Y, por supuesto, la llamada de teléfono no había sido «un error»; era demasiado improbable. No, él también la echaba de menos.

Después del entrenamiento se dio un baño de espuma. Sentía un agradable cansancio en el cuerpo, especialmente en los tendones, y un estado anímico de satisfacción y serenidad. Tan pronto como se hubiera bañado y vestido, llamaría a Hugo, pero sin prisas, pues ella tenía cosas que hacer, una vida propia.

Así que se lo tomó con calma, se secó y se tendió acalorada en la cama para terminar de transpirar tras el ejercicio y el baño. Luego planchó una blusa y se puso unos vaqueros tiesos recién lavados, unos calcetines nuevos y un suéter con cuello de pico de un color a juego con los cuadros de la blusa.

La mano no le temblaba en el momento de efectuar la llamada, no tenía por qué. Habían quedado en hablar cuando ella volviera de París: una clara exhortación a coger el teléfono. Y ya había vuelto, así que llamó.

Es muy fácil decir «hablamos a tu vuelta» con medio continente de por medio. Muy fácil. El contenido lingüístico y su significado son demasiado trascendentes para lo poco que cuesta formularlos. No. No era eso, más bien lo que pasaba era que, al igual que todos los enamorados, Ester Nilsson daba demasiada importancia al contenido lingüístico y al significado literal de las palabras y no la suficiente a las probabilidades y la evaluación global de la situación. Formaba parte de su profesión realizar evaluaciones globales y cálculos de probabilidad, y ella dominaba su oficio, siempre y cuando su vida emocional no estuviera implicada.

El contenido de la proposición enunciada por Hugo —«Hablamos a tu vuelta, entonces»— no era, ciertamente, trascendental, más bien se trataba de la típica frase cortés que se le dice a alguien que está de viaje. Podría significar que hablarían dentro de una semana o dentro de dos meses. El enunciado no expresaba su contenido literal, sino un simple reconocimiento al estilo de: «Nos conocemos, no tenemos nada en contra el uno del otro, esta no es la última vez que hablamos». Pero cuando la frase se dirigía a alguien cuya añoranza por el autor de la proposición era desesperada, entonces adquiría una brutal contundencia, en su laxa combinación de cobardía y de culpa, al denotar una deferencia sin fundamento.

En su calenturiento estado mental, Ester no fue capaz de ver que los enunciados pueden ser livianos como la ceniza e igual de carbonizados. Se esparcen indolentemente y caen revoloteando al suelo. Las palabras no constituyen pesados monumentos que atestiguan intenciones y verdades: son sonidos con los que llenar silencios.

La felicidad raramente se encuentra en la experiencia misma de la felicidad. Su hábitat natural, y casi exclusivo, es la expectativa de felicidad. Desde la noche anterior ella había sido feliz.

Después de lo que calculó como unos ocho tonos de llamada, Hugo respondió con voz esquiva.

—¡Hola! —exclamó ella—. Soy yo.

El saludo de respuesta translució una clara reserva, por lo que, de inmediato, la voz de Ester adquirió un tono forzado, pues se le estrechó la garganta y los vasos sanguíneos se contrajeron.

—¿Cómo estás? —continuó.

—Pues estoy bien... ¿Por?

El interrogante encerraba un frío espantoso; Ester se imaginó que ocultaba una cloaca de desprecio. Ya puestos, podría haberlo expresado sin rodeos: «Por qué me llamas otra vez, no me molestes, si ya hablamos ayer, qué quieres de mí».

—Aquí estoy, trabajando un poco —siguió él, con tono más suave al darse cuenta

de cómo su interlocutora se quedaba helada y enmudecía.

—Qué bien. Que estés trabajando. Yo trabajé en el avión. Por lo demás, hoy no he hecho gran cosa. Es domingo: no es que tenga importancia, pero se puede echar mano de esa excusa cuando se quiere descansar.

Si Ester se abstuvo de colgar de golpe fue únicamente para no acentuar el ridículo que sentía.

—¿Y va bien? —continuó.

—¿El qué?

—El trabajo.

—Como siempre. Tenemos mucho que hacer. Nos quedan varias horas por delante. Está aquí todo el equipo. Vamos a seguir hasta la noche.

La blusa recién planchada se llenó de manchas de humedad en la espalda y las axilas. «No me humilles —pensó Ester—, capto el subtexto, no voy a acosarte».

—¿Llamabas por algo en particular? —preguntó Hugo.

—No. Nada en particular.

Él soltó la habitual risa incómoda.

—Ya he vuelto —dijo Ester.

—Ah, sí. Es verdad.

—Quedamos en que te llamaría al volver.

—Estabas en París, es verdad.

—Sí. Estaba en París.

Se hizo un silencio breve pero perceptible.

—¿Te lo has pasado bien?

—No. Porque me llevé conmigo mi cabeza y mi cuerpo.

A Hugo se le escapó un refunfuño ante la manifestación de intimidad que se avecinaba; quería poner punto final. Ella ya había escuchado todo lo que le hacía falta para comprender de una vez por todas que debía liar el petate y no volver a pensar en ese hombre. Pero ni la rama simpática ni la parasimpática de su sistema comprensivo llegaron a procesar la idea. Se mantenía en un plano superficial, aquel en el que las justificaciones que contradicen la evidencia se alimentan de lo primero que tengan a mano. En la eterna batalla entre la aceptación de la realidad y la esperanza, ganaba esta última, porque integrar el conocimiento de la realidad resultaba demasiado penoso mientras que la esperanza facilitaba la tarea de vivir.

—Pensaba proponerte salir a cenar —añadió con tono apagado.

—¡Esta noche! ¡No, imposible!

El terror se expresaba en signos de exclamación.

—Tampoco tiene por qué ser esta noche.

—Es del todo imposible.

La vergüenza latía en su pecho a un ritmo uniforme y constante.

—Ayer me dijiste que hablaríamos a mi vuelta. Por eso te he llamado. Solo por eso. De lo contrario, no lo habría hecho.

—No pasa nada. Ahora tengo que volver al trabajo. Que te vaya bien.

Pasaron dos meses. Era primavera, la época en la que se revelan las capas de suciedad acumulada y aflora la basura que se escondía en cada grieta. Todo sale a relucir bajo los afilados rayos del sol. La pena no puede persistir indefinidamente en fase aguda; pronto es trasladada de la unidad de cuidados intensivos a planta, y de ahí en breve a rehabilitación. Ester recurría a la anestesia que le procuraba la compañía de personas con las que no habría tratado si hubiera disfrutado de un estado de ánimo armónico en lugar de sentirse medio muerta. Hacía cualquier cosa para evitar estar sola consigo misma, incluso pedía a conocidos y amigos que se quedasen a dormir en su casa a fin de distraerse en ese momento en el que las tinieblas nocturnas invadían su interior.

No aguantaba estoicamente la tesitura, claro está: se sentía desgarrada, desmadejada. Una noche, cayó en la tentación de llamar a Per, su anterior pareja, el hombre al que se había apresurado a abandonar seis meses atrás. No sabía muy bien por qué lo llamaba: los dedos se adelantaron a la conciencia. Per le dijo que todavía la quería, que la echaba de menos terriblemente, que todo era gris desde que ella había desaparecido. Ester se emocionó con sus palabras y le dijo, conmovida, que le agradecía mucho los años que habían pasado juntos. Acto seguido, Per le preguntó por qué lo llamaba, y ahora el tono de voz desprendía un matiz acerado y cierta suspicacia. Y es que él sabía tan bien como ella que las cosas no ocurrían por casualidad, sino que respondían a mecanismos internos. Ester le dijo que solo quería hablar un rato. Al día siguiente, Per la llamó dos veces pidiéndole que volvieran a intentarlo. Y al tercer día, con voz estridente, quiso saber con qué derecho perturbaba el precario equilibrio que había logrado alcanzar después de meses de amargura y desesperación. A Ester le resultaba difícil creer que ella pudiera ser tan importante para Per: no era esa la sensación que había tenido durante todos esos años, de modo que no le convenció lo que decía su expareja. Además, tenía bastante con su propio sufrimiento y su propia desesperanza. Las miserias de Per no acababan de causarle impresión; le parecían irreales.

El coro de amigas desempeñaba con diligencia sus labores de interpretar, consolar, aliviar, reprender y señalar nuevos caminos. «Tiene que liberarse», decía, y ella repetía: «Tengo que liberarme de esta locura».

«Un buen día —añadía el coro—, puede que Hugo se presente en tu puerta con un ramo de flores, nunca se sabe». Pero ella debía esperar hasta que él estuviera

preparado y mientras tanto abrirse a la vida.

Esto era algo que el coro no debería haber dicho, pues al instante Ester fue presa de la esperanza de que tal cosa se hiciera realidad, hasta el punto de que pasó a ser lo único que le preocupaba.

—¿Crees que es posible? —resolló—. ¿Crees que puede ocurrir que un día se plante en mi casa, arrepentido?

—Todo es posible, pero no debes pensar en ello —respondió el coro.

Consejo que nacía muerto por impracticable. La existencia de una mínima posibilidad, por remota que fuera, de que un día sucediera tal cosa haría que Ester no pudiera pensar en nada más, y la condenaría a vivir encerrada en un paréntesis hasta que ese día llegara.

Lo que para ella suponía un punto de inflexión crucial en su vida no había sido más que un pasatiempo para Hugo. Esta era una idea sobre la que reflexionaba a ratos, brevemente, antes de desecharla a fin de poder soportar el trance. En abril escribió dos largas cartas que le envió por correo. Quería explicarse y entender. Quería expresar lo que sentía, formular el porqué de sus actos y pensamientos; quería dejarle claro que sus acciones venían motivadas por las de él, pues no hay acción sin reacción: y él le había dado buenas razones para sacar las conclusiones que había sacado.

No esperaba respuesta y esta, por supuesto, no llegó.

Había días en que la vida era medianamente llevadera y el centro neurálgico del dolor se contraía, reduciéndose al tamaño de una cabeza de alfiler.

Leía un libro de reciente publicación sobre el Holocausto; escribía poemas acerca de sus cuitas, y los conservaba a pesar de que eran sumamente malos; salía a correr cinco veces por semana. La primavera progresaba. Desde Año Nuevo, en sus piernas se había acumulado un buen número de kilómetros recorridos.

Un día a finales de mayo se hallaba sentada en un café de la plaza de Östermalmstorg. Tan pronto se intentaba convencer a sí misma de que no había ido a parar allí porque quedase cerca de Kommendörsgatan como admitía que, por supuesto, esa y no otra era la razón de su actual paradero: todavía de vez en cuando gravitaba hacia ese barrio.

Hacía calor y la ciudad estaba desierta: se avecinaba un largo puente del calendario cristiano. Ester tomaba su café mientras leía un libro, pues volvía a ser capaz de sumergirse en un texto, sobre todo cuando, como en ese momento, se hallaba lejos de la soledad de su casa, rodeada de gente, animación y bullicio. Su concentración en la lectura, sin embargo, no era tan honda como para impedirle ver con el rabillo del ojo cómo aparecía al otro lado de la ventana una chaqueta que le resultaba familiar, un raído anorak verde. También había algo en el movimiento del cuerpo que le sonaba, algo despreocupado y dejado tanto en la postura como en la

forma de andar. No podía seguir así, pensó, viendo su imagen en todas partes. Hugo Rask nunca frecuentaba los cafés. Pero de pronto él en persona entró en el local, se acercó a su mesa y levantó la mano en señal de saludo mientras una sonrisa insegura se dibujaba en sus labios.

Ester dejó el libro sobre la mesa con la cubierta hacia arriba: era *La dama del perrito* de Chéjov. Una sugerencia de lectura que él le había hecho en una ocasión. Se acordaba del día en que le había oído decirlo y del calor que fluía entre ellos por aquel entonces; en el preciso instante en que él había mencionado el título ella contemplaba los túmulos de nieve que se amontonaban entre los coches aparcados. Algunas imágenes se fijaban en el recuerdo de forma inexplicable. Hacía seis meses de aquello.

Ahora contemplaba la plaza empedrada pero llena de luz y de frondoso verdor, tanto la vegetación que estaba plantada como la que se abría camino a la fuerza a través de grietas y agujeros para buscar el sol que las haría crecer. Todo estaba aún fresco, nada se había marchitado todavía.

Hugo quiso saber cómo estaba, con cautela, como previendo que la respuesta podría tener que ver con él, pero al parecer con deseos de hacer la pregunta en cualquier caso. Ella respondió que abordaba la fase final de su entrenamiento para el maratón. De la misma forma en que él había recurrido a su hábito de correr en aquel terrible momento de febrero, Ester utilizó ahora ese recurso contra él.

Sin embargo, Hugo buscaba más intimidad y dejó a un lado la charla banal. Se sentó, se quitó la chaqueta y se interesó por cómo se entrenaba uno en la fase final. Aunque no creía que la pregunta obedeciera a un genuino interés por su parte, Ester le respondió con educación que salía a correr cinco veces a la semana, de las cuales una era una carrera de fondo de dos horas, a una velocidad más moderada, y las otras sesiones tenían una intensidad variable. La variación era la clave, y esa mañana había corrido a intervalos unos cuarenta minutos en total.

Él continuó con las pesquisas: ¿por qué quería participar en un maratón? Su entusiasmo y el interés por los detalles más pequeños parecían algo compensatorio, como si sintiera que debía hacer un esfuerzo, tomar parte activa. Ester estaba desconcertada. Teniendo en cuenta que su relación se había ido al garete tiempo atrás, se le antojaba que todo aquello llegaba un poco tarde.

Pero ¿no era eso lo que el coro de amigas había vaticinado? ¿Que un buen día, al cabo de tres meses o tres años, él vería la luz y se plantaría en su puerta con un ramo de flores? La esperanza dio un leve salto temerario en su interior.

Contestó que correr un maratón le resultaba interesante. Las reacciones físicas y mentales que se producían tras correr treinta kilómetros, y los ulteriores procesos que se desencadenaban una vez superada la barrera de los treinta y cinco, constituían una experiencia inefable, imposible de aprehender de otro modo. Así que era una especie de investigación.

Hugo repuso que entendido así, como método de investigación, sonaba muy duro.

Un resultado insignificante para una inversión tan costosa, en su opinión.

—Como comprenderás, yo no comparto esa opinión —replicó ella—. De lo contrario, evidentemente, no lo haría.

Le trajeron el café. Hugo lo agradeció con un ligero movimiento de cabeza.

—La verdad es que no pensaba venir a este sitio. Pero te he visto aquí sentada y he entrado.

Ester guardó el libro de Chéjov en el bolso.

—¿Es tan bueno como lo recuerdo? —preguntó Hugo.

—Muy bueno. Extraordinario.

—Gracias por tus cartas —continuó Hugo—. Me han parecido muy bonitas.

—¿Ah, sí?

—Una de ellas era preciosa.

La segunda contenía algunos reproches ataviados de interrogantes e intercalados entre las expresiones de afecto.

—No me acuerdo de lo que escribí —repuso ella—. Hace mucho tiempo.

—Siento no haber respondido.

—¿Ah, sí?

—Debería haberlo hecho. Pero he tenido tanto trabajo esta primavera... Y sigo igual.

Ester sospechaba que esas palabras le habían exigido un gran esfuerzo. Era evidente que imploraba una exención de responsabilidad por estar tendiéndole la mano, y que consideraba que ahora dependía de ella el concedérsela. Nunca había conocido a nadie, pensó, que no solo admitiese la culpa sino que asimismo fuera capaz de cargar con ella.

Transeúntes bien vestidos cruzaban la plaza portando bolsas del mercado de Östermalmshallen repletas de manjares para el fin de semana.

Ester se abstuvo de aliviarlo, de restar importancia al dolor que las acciones de Hugo y su falta de respuesta le habían causado; se contuvo con determinación cada vez que el impulso de mitigar su cargo de conciencia la asaltaba. De este modo, sin duda, no tardaría en llegar una acusación o un comentario mezquino por no estar proporcionándole el bálsamo que él buscaba.

Y así fue. Él dijo:

—Tú sabías que había otra mujer en mi vida.

—No. No lo sabía. Nunca me hablaste de ella y me negaste su existencia cuando te lo pregunté. Así que si yo deduje que la había no fue gracias a tu ayuda. Y, por supuesto, creía que la habías dejado cuando te acercaste a mí. Estaba convencida de que por eso viniste entonces y no antes. Creía que habías esperado a poner en orden tu vida amorosa anterior. Pensaba que eso es lo que se hace si no se quiere caer en la bigamia. Uno puede ser bígamo si le da la gana, claro está, pero en ese caso hay que avisar. De momento, que yo sepa, tenerlas de una en una es una norma implícita en las relaciones de pareja.

—¡Pero entonces hay que romper con la relación anterior!

—¿Y?

—Es que eso es muy difícil.

Su confusión parecía sincera.

—La otra alternativa también fue muy difícil para mí.

—Eso de que se debe contar todo y ser honesto y transparente no es más que una convención —objetó Hugo—. Una carga totalitaria y asfixiante, una restricción de libertad que nos endosamos el uno al otro. Exigir a una persona con la que hemos tenido contacto físico que renuncie desde ese momento a todo lo demás constituye un acto de tiranía. Conminarla a que a partir de entonces nunca más se guarde nada para sí no solo es pequeñoburgués, sino que indica una total falta de respeto por la libertad individual que tú te precias tanto de valorar.

A Ester le dolía al parpadear y tragar saliva.

—No puedo rebatir ese enunciado —replicó—. Por desgracia, no puedo.

—Debe de ser la primera vez.

Él se echó a reír. Ella no.

—La única forma que tengo de contradecirte es constatar que la libertad de unos supone a veces el sufrimiento de otros.

Era una tarde deliciosa, de esas que solo se dan en mayo. El viento acariciaba las sombrillas haciendo que la tela flameara indolente y, al colarse por la cristalera entreabierta, refrescaba un tibio ambiente rayano en el calor. Aunque la suave temperatura invitaba a sentarse fuera, Ester prefería leer y comer entre cuatro paredes.

—¿Quién es ella?

—¿Quién?

—La mujer a la que ves con la regularidad de un reloj, pero que escondes y de la que nunca hablas.

—Nos conocemos desde hace décadas.

—¿En qué trabaja?

—Es profesora. De Historia y Ciencias Sociales.

—¿De secundaria?

—De bachillerato.

—Vive lejos.

—Me gusta viajar.

—Esconderte de todo y de todos. Llevar una vida secreta que te permita mantener una distancia interior con todo el mundo, incluso con ella. Quien tiene varias mujeres, u hombres, se libra del riesgo que supone crear una verdadera intimidad, se exime de una relación de igualdad con el otro, de mostrar su vulnerabilidad. Puede manipular el poder de modo que jamás termine en posición de inferioridad, sino que siempre tenga a alguien de reserva. Una especie de apuesta múltiple existencial.

—Me gusta viajar en tren.

—Quien comienza con pequeñas falsedades, pronto miente acerca de todo y acaba haciendo de su vida una gran mentira. Y se ve obligado a vivir detrás de una pantalla.

—Yo no miento. No contarle todo no es mentir.

—¿No quieres irte a vivir con ella?

—Ella quiere que lo haga. Que me mude a su casa.

—Pero tú no.

—Cuando tenga ochenta años, tal vez.

—¿Ella sabe que hay otras mujeres?

—Se lo figura, supongo.

—Si no le has dicho nada, no lo creo. Eso no pasa: uno no se lo figura sin más. Deberías contárselo.

—¿Por qué debemos hacer daño a la gente?

Se pasó la mano por las mejillas y el mentón, y el roce de la barba produjo un ruido áspero.

—¿Y qué crees que me hiciste a mí el invierno pasado, cuando me ignoraste sin más, de un día para otro?

—Tú tienes toda la vida por delante —se defendió Hugo—. Yo no.

La diferencia de edad: bueno, al menos era un argumento, y el único que ella ni siquiera podía intentar remediar. De las explicaciones articuladas por Hugo, esta era la primera que era producto de la reflexión.

Durante un brevísimo instante, Ester tuvo la corazonada de que algún día acabaría hartándose de esa historia y el resultado le sería indiferente. Se vio a sí misma contemplando con perplejidad los desvelos pasados, pasmada por haber considerado alguna vez que Hugo valía la pena. Ese día se congratularía por haberse librado de su compañía. Pero este no fue sino un pensamiento fugaz entre otros. Se le antojó lamentable allí sentado pesadamente en la silla mientras admitía su mezquindad, la monotonía de su vida y el miedo que trataba de disfrazar con el ropaje noble de una supuesta amplitud de miras.

Dos mujeres se sentaron en la mesa de al lado. Una estaba contando algo que hacía que la otra riera a pleno pulmón, luego se hacía un silencio mientras proseguía el relato antes de volver a estallar en carcajadas. La narradora parecía disfrutar de la hilaridad de su oyente, si bien la estridencia de la risa la avergonzaba, de manera que intentaba atenuarla hablando a su vez en voz más baja.

Ester y Hugo miraron en dirección a las mujeres.

—Tú nunca te ríes así cuando te cuento algo —observó Hugo.

Acarició el brazo de Ester, y ella percibió los latidos de su corazón.

—Nunca me has dado pie —repuso.

—Porque tú y yo tenemos una relación más seria, claro.

Su mirada, diáfana, no translucía segundas intenciones. Un camarero limpiaba una mesa, mientras otro servía un café a una mujer trajeada que estaba desdoblado

el *Financial Times*.

—Nosotros no tenemos ninguna relación —objetó Ester.

—Pero somos serios. Si tuviéramos una relación, sería muy seria. Y reírnos, nos hemos reído mucho juntos.

—Sí que lo hemos hecho.

La única arma del que ama es dejar de amar. Por muy empalagoso y asfixiante que se le haya hecho ese amor al destinatario, siempre asusta perderlo, incluso cuando este nunca lo quiso ni para empezar. El equilibrio de poder queda trastocado por la nueva indiferencia, que despierta también el miedo a parecer ridículo y simple ante la mirada del antiguo amante.

—¿Recuerdas cuando viniste a mi casa en invierno? —preguntó ella.

—Claro que sí.

—¿Te acuerdas de lo que comimos?

—Me preparaste pollo. En una salsa cremosa.

—*Crème fraîche* con vino blanco y queso *gruyère*.

—No tenía muchas plantas que digamos.

Hugo dejó escapar un gruñido de satisfacción. Ester se percataba de que la llevaba a su terreno deliberadamente, mediante precisas referencias a pequeños detalles de su pasado en común, y eso le agradaba.

—Era un plato rojizo.

—Llevaba pimentón. Qué interesante, recuerdas con los ojos. Eres realmente un auténtico artista, hasta la médula. Yo, en cambio, recuerdo con el oído, los ojos solo entran en juego si veo un texto. Y con otras partes de mi cuerpo también.

La chaqueta de Hugo, exageradamente abrigada para la estación, volvió a recubrir a su dueño, que se disponía a marcharse. Que se la hubiera quitado un rato formaba parte del esfuerzo por compensarla de todas las chaquetas que en su momento no se había quitado.

—Yo tampoco recuerdo solo con los ojos —dijo.

«No me hagas esto —pensó Ester—. No me arrastres de nuevo. Ahora que estoy a punto de liberarme».

Sin embargo, le encantaba el brillo de sus ojos mientras hablaba de los recuerdos que tenía de sus encuentros, y se sentía muy cerca de él.

—Era el pimentón lo que le daba el color rojizo al plato —repitió.

—Estaba muy bueno. ¿No te llevé una silla también? ¿La conservas?

—Me siento en ella todos los días.

—Me alegro de haber podido contribuir con algo, a pesar de todo.

—Nunca he entendido por qué te acostaste conmigo tres veces después de meses de marear la perdiz para luego desaparecer así sin más. Nunca he entendido cómo pudiste hacerlo, ni por qué nunca quisiste hablar conmigo cuando te lo pedí.

Hugo giró la cabeza y siguió con la mirada a una pareja de decrepitos ancianos que caminaban muy despacio, apoyándose el uno en el otro.

—No sirve de nada que me intente explicar. Ya sabes de antemano la respuesta a todas mis preguntas y tienes preparadas las objeciones correspondientes.

—Qué pena que lo veas así. Tengo mucha curiosidad por saber lo que piensas al respecto, y me gustaría oír tu versión, de verdad. Pero puede que mi interpretación de los hechos difiera de la tuya. ¿Y quizás es esa discrepancia lo que deseas evitar?

Se hallaban en la plaza de Östermalmstorg, a la altura de la intersección entre Humlegårdsgatan y Nybrogatan. Ester alargó la mano haciendo ademán de estrechar la de Hugo. No se habían saludado con un apretón de manos desde la primera vez que se vieron en octubre. Él tomó su mano con vacilación, porque el gesto no solo indicaba distanciamiento sino también una especie de punto final. Buscó la mirada de ella mientras decía:

—Voy a reflexionar en serio sobre esto, Ester. Sobre lo nuestro.

Ella le oyó decirlo. No había oído mal. Quería pedirle que lo repitiera, desearía haberlo grabado; pero en todo caso no eran imaginaciones suyas. Esas habían sido las palabras de Hugo.

—¿Qué has dicho?

Hugo miró el reloj. Iban a separarse. Él volvería a su vida y ella a su sinvivir. Puesto que tenían por delante un fin de semana largo, era de suponer que él iría a visitar a la mujer de Malmö.

—Voy a pasar por la tienda a comprar unas botellas de vino. Ven conmigo.

Ella pensó: «Ahora es el momento de decir no y marcharme en otra dirección con la cabeza bien alta».

Ella pensó: «Ahora es el momento de salir corriendo sin mirar atrás».

Ella lo acompañó a Systembolaget a comprar vino. Había mucha gente, y mientras esperaban su turno le preguntó qué iba a hacer durante el puente, que era largo, de cuatro días.

Él respondió que iba a ir a Borås.

Que echara mano del cuento de siempre, tras haberle hablado de la mujer de Malmö, podía obedecer a la estupidez o a un puro acto reflejo, pero Ester pensó: «Lo que me quiere decir es que no debo creer que esa relación es tan importante, que tengo posibilidades, que he de aferrarme a ellas y esperar».

No se le ocurrió que uno puede mentir movido por el respeto, mal entendido pero humanitario, y que el miedo al sufrimiento y la exigente dependencia del otro puede llevar a decir muchas cosas que en realidad no se piensan, con el fin de ser amable, para ahorrarle a una persona atormentada la constatación brutal de en qué consideración se la tiene, para evitarle tener que afrontar el hecho obvio de que el deseo de cercanía no es recíproco. Tampoco se le ocurrió que sus palabras pudieran deberse a la incomodidad que supone dar cuenta de las intenciones y acciones propias a aquellos que tienen por costumbre emitir un juicio moral tácito o explícito sobre todo, basado en las emociones y justificado por esa apremiante debilidad que proyectan, para a continuación presentar un aluvión de argumentos racionales.

—También tengo la intención de ir a Leksand —agregó, a todas luces aliviado por poder decirlo.

Los turnos iban pasando en la pantalla. Ester se preguntaba qué comentarios sería inteligente callarse en ese momento. Hugo había hablado así cuando empezaban a salir juntos, mencionando lugares como Leksand o Borås, como si los viajes en sí fueran un modo de impresionarla, algo que indicaba independencia y emociones fuertes, y como si mostrara su alejamiento de embarazosos vínculos al comunicarle la libertad y soledad de las que disfrutaba al viajar. En eso se asemejaba a un niño que al decir «Leksand, Borås» en lugar de «Malmö, relación banal» creyera expresar: «¡Yo no he hecho nada! ¡Soy inocente!».

—¿Cómo vas a ir de Borås a Leksand en tan poco tiempo, para que también puedas quedarte un rato en cada sitio?

—Cogeré el tren.

La casa de Leksand se erigía como el emblema de su autonomía. Un lugar al que acudía a solas cuando necesitaba encontrarse a sí mismo; un lugar donde no se hallaba atado a ninguna mujer. Hugo era consciente de que ella lo sabía. Allí alimentaba su sueño de arreglárselas solo sin ser sometido al poder que las mujeres ejercían sobre él. No era la primera vez que había traído Leksand a colación para exhibir su libertad y ausencia de ataduras. ¿Por qué hacía eso? Tal vez porque la severa mirada de ella le ponía frente a un espejo en el que se veía ridículo. En caso de que Ester se hubiera percatado de que su mirada tenía ese efecto, le habría parecido bien, ya que se sentía ofendida y, precisamente por eso, su mirada había adquirido aquella severidad.

Lo que a ella se le escapaba era que, aunque su visión de las cosas fuera la más razonable, no era percibida como tal, sino solo como una manifestación de una rectitud demasiado rígida. Una rectitud que genera vergüenza, que incita a la mentira. La gente miente para ser libre. La gente miente si sabe que no la van a dejar en paz en caso de que diga la verdad. La gente miente cuando otros se arrogan el derecho de ponerla contra las cuerdas en nombre de la verdad. La mentira como vía de escape frente a la impecable rectitud se convierte en un acto de resistencia contra una moralidad con pretensiones totalitarias. Ester Nilsson habría sido consciente de todo eso si no hubiera estado tan involucrada en la historia. Una historia tan inseparable del dolor y la decepción que algunas observaciones quedaban irremediabilmente en la sombra, ocultas a su mirada.

Para algunos la mentira acaba siendo una adicción, con todos los elementos de la conducta adictiva. Hugo Rask no podía remediar decir las cosas como no eran: todo para evitar ser el blanco del catálogo de derechos y el programa de reformas esgrimido por los que aman; todo para esconderse de la mirada del mundo, esa por la que tanto suspiraba y que al mismo tiempo no podía soportar.

Pero tal vez sería mucho pedir que, en esa situación, Ester se diera cuenta de que Hugo decía lo que decía no porque vacilase, sino para que ella no pudiera llegar a

pensar que él era una persona patética. Lo único que Ester escuchó fue la inaudita declaración de que iba a reflexionar sobre su relación, lo que implicaba que tal vez quería estar con ella, que la diferencia de edad había sido el único obstáculo. En otras palabras, que nunca había existido nada de malo en su relación ni en ella.

Allí, esperando junto a Hugo en la licorería de Nybrogatan, deseaba que nunca les llegara el turno. Habría querido permanecer en ese lugar toda la vida, más cuando él pronunció unas palabras aún más insólitas.

—Algún día te llevaré a ver Leksand.

Las palabras retumbaron en su cabeza. La mirada de él se encontró con la suya, desnuda, pura y sincera. Al llegar su turno, compró cuatro botellas de vino tinto. Salieron en dirección a la casa de él y en el portal se abrazaron y despidieron.

Acto seguido, Ester recorrió a pie el largo camino hasta su apartamento. Habría podido caminar cien kilómetros esa tarde. Las aceras se empapaban del saturado sol vespertino, cargado de promesas, que precedía a la irrupción del verano. «Algún día te llevaré a Leksand», resonaba en su cabeza una y otra vez. «Algún día te llevaré a Leksand».

No podía comprometerse de tal manera sin que significara algo. Era imposible.

La nueva oportunidad que se abría ante ella, sin embargo, solo se tradujo en una renovada espera. Quería arrancar con su vida, ponerse en marcha de inmediato, pero en su lugar ahí se hallaba otra vez, sentada, esperando.

El gran y verdadero amor es una lucha continua y un perpetuo estado de embriaguez, se defendió ante las voces escépticas, justificando así que aquella relación fuese tan complicada y agotadora, que no le proporcionara más que disgustos y ninguna alegría. El coro de amigas emitía alguna vez una opinión discrepante, argumentando que el amor es armonía y cuidado mutuo, no ese desgaste a que se estaba sometiendo.

Quienes así hablaban no tenían ni idea. La armonía llegaría tras haber trabajado duro para conseguirla. Había que ganársela. Había que sufrir y sudar sangre para disfrutar de algo que solo entonces merecería la pena.

Después del fin de semana lo llamó, a pesar de que había decidido esperar a que fuese él quien lo hiciera. Consiguió aguantar un día, el lunes, pero no más. Él respondió enseguida con voz alegre, o más bien jovial. De nuevo se trataba de la voz obsequiosa y complaciente del niño que quiere demostrar que se ha portado bien y no ha mentado.

Hugo le comentó que en Leksand había hecho un sol maravilloso.

«Tal vez sea cierto —pensó ella—, pero tú no estuviste ahí para verlo».

Lo esencial de su interpretación, sin embargo, era comprobar que su estado de ánimo no había variado un ápice desde el día de su encuentro: no se mostraba arisco ni distante, y al hablar de Leksand era evidente que todavía le interesaba quitarle

importancia a la otra relación. Eso significaba, dedujo Ester, que no tenía un compromiso muy profundo con la otra, lo cual a su vez significaba que él no la amaba, sino que, dedujo a continuación, estaba abierto a otras relaciones, lo que significaba que aún no se había decidido, lo que significaba que había una oportunidad y que esta no debía de ser nada despreciable.

No se le ocurrió que acaso la duplicidad fuera un rasgo de su carácter, que quienquiera que estuviera a su lado la sufriría. Con Ester todo sería diferente.

Él le preguntó si había corrido mucho ese fin de semana y ella respondió que había hecho cuarenta kilómetros desde la última vez que se habían visto. El tema de su entrenamiento se interponía todavía entre ellos como una membrana permeable a medias: a la vez la premisa y el obstáculo para su proximidad.

—¡Pero si eso es todo un maratón! —exclamó Hugo.

—Aunque repartido en tres sesiones —aclaró Ester.

¿Por qué lo había llamado? ¿Porque esperaba que él le ofreciera las conclusiones de la reflexión que había prometido hacer? La verdad es que no: eso no era realista. Llamaba porque le había vuelto la comezón, la comezón amorosa que, como la malaria, una vez invadidas las células, permanece latente en el sistema para siempre, de tal manera que un nuevo brote puede erupcionar en cualquier momento.

El *modus vivendi* del que poco a poco se había ido adueñando durante la primavera, una vez que, resignada, dejó de pensar en maniobras tácticas y de contar las horas que gracias a su disciplina había logrado aguantar sin llamar ni mandar mensajes, desapareció en la media hora que duró el encuentro en el café. Cuando el cerebro percibe que hay una posibilidad de contacto, las horas se ralentizan y uno entra en un estado de esclavitud. Un estado en el que la perspectiva de la embriaguez se apodera de todo el organismo.

Entonces, ¿por qué lo había llamado?

Para entablar contacto. Se dijo a sí misma que debía darle una razón para justificar su llamada, así que le preguntó si pensaba que estaba en condiciones de emitir un juicio... Un juicio preliminar, por supuesto... Entendía que no pudiera darle una respuesta definitiva..., tal vez solo una valoración..., una estimación prudencial..., de cuánto tiempo necesitaba reflexionar...

Pensó que si tuviera la oportunidad de invitarlo a casa otra vez, quizá le prepararía unos filetes de perca con patatas prensadas y una ensalada aliñada con un buen aceite de oliva, regado todo por un vino blanco muy seco. Después, tomarían café y una tarta de chocolate: nada de helado, sino una jugosa tarta de chocolate con alto contenido en cacao que ella misma prepararía. ¿O tal vez una *mousse* de chocolate sería más sofisticada que una tarta? ¿Qué postre iba mejor después de comer pescado? Había sin duda normas y recomendaciones al respecto: contrarrestar la contundencia con la ligereza, un sabor ácido para equilibrar el dulce.

Oyó una tos vacilante, y tras ella unas palabras:

—¿Reflexionar sobre qué?

La pregunta estaba exenta de sarcasmo: Hugo no sabía a qué se refería.

—Ibas a reflexionar sobre lo nuestro.

Oyó cómo le crepitaban las circunvoluciones cerebrales mientras rebuscaba en su memoria. Hasta que cayó en la cuenta y dijo:

—Ya, pero no se puede reflexionar tan rápido. Para algo así se necesita tiempo.

De todas las cosas que podría haber dicho esa era la peor, dado que todo lo que existe ansía vivir y la esperanza no constituye una excepción. Es un parásito que se alimenta y nutre de los tejidos más inocentes, y cuya capacidad de supervivencia reside en una evolucionada habilidad para ignorar todo lo que no beneficie su crecimiento y a cambio abalanzarse sobre aquello que abone su subsistencia, para después ponerse a rumiar las migajas hasta succionarles por completo su valor nutritivo. En ese momento la esperanza le roía las entrañas con frenesí celestial, vaciándola durante unos segundos de todo su peso corpóreo.

—Te daré todo el tiempo que necesites —aseveró, pero antes de que pudiera terminar la frase él gritó:

—¡Ahí va! Un pájaro se acaba de estrellar contra la ventana. Qué horror. Creo que se ha roto el cuello.

Ester oyó el roce de la silla contra el suelo.

—¡Qué implacable es la naturaleza! Pobre pájaro. Tengo que hacer algo. Ahí está, tirado en el suelo, retorciéndose de dolor.

Ester vio al pájaro ante sí. Debía de haber aterrizado en el pequeño alféizar de la ventana, que tenía apenas unos centímetros de ancho. Parecía físicamente imposible que hubiera caído al suelo y que además no hubiera resbalado del borde si llevaba una velocidad tan alta como para quedar tan gravemente herido. Aunque a lo mejor había sucedido de otra manera.

Se preguntó cómo el ave había podido escoger un momento tan inoportuno.

—Pronto llegará el verano. Entonces desaparecerás, ¿verdad?

—Sí, ya viene el verano —asintió él, haciendo que sonara como algo intrínsecamente maravilloso.

—Odio el verano —dijo Ester.

—Me lo imagino. Te muestras muy crítica con todo lo que nos gusta a los demás.

—Mis argumentos parecen mejores.

Colgó el teléfono. No volvieron a hablar hasta pasados muchos meses.

Después del maratón, que tuvo lugar el primer fin de semana de junio, Ester fue presa de una repentina necesidad de enviarle su marca: 3:45:27. Escribiría solo eso, nada más. O tal vez añadiría: «27 grados». O tal vez también: «Piernas molidas». O tal vez también: «¿Te apetece quedar esta semana?».

Escribió todo eso, y lo borró.

Ester se hacía la cama todos los días: había leído que era una muestra de estabilidad, de serenidad interior. A continuación se tendía sobre la colcha en su cálido apartamento a ver amontonarse las horas. A través de las ventanas, que siempre dejaba abiertas, escuchaba los rumores veraniegos de avispas, moscas y gaviotas.

Se obligaba a trabajar, pero no tenía nada que decir.

Siguiendo la sugerencia de un amigo, se puso a leer la correspondencia de Mayakovski con Lili Brik, lo que le sirvió para comprobar que todo el mundo amaba y lloraba de la misma manera y por razones similares; todo el mundo traicionaba y era traicionado de la misma manera y por razones similares, y todo el mundo pensaba que nadie jamás había amado tanto o sufrido tanto dolor. Todo el mundo tenía la misma manera de ser único. En todas las épocas y en todos los lugares.

Determinadas secciones del coro de amigas se molestaron cuando Ester les habló del consuelo ruso, reprendiéndola por considerar su dolor más refinado, distinguido y sensible que el de otras personas.

—Otra vez tú y los poetas, venga ya... Pero si cada corazón tiene su historia, no creas que amas más que nadie.

Esa incompreensión la hirió, ya que la impresión que había sacado de la lectura de Brik y Mayakovski era la contraria: que no estaba sola y que su padecimiento no tenía nada de especial. Además, ella era también poeta. La falta de comprensión por parte de sus amigos cercanos le resultaba muy desagradable, y más aún que la tacharan de altiva. Pues cuando ella quería compartir su entusiasmo por algo que había leído, o pensado, lo hacía partiendo de una premisa de confianza absoluta, porque se sentía libre frente a su interlocutor, sin verse obligada a podar ni recortar nada de sus asilvestradas impresiones por temor a que sus palabras pudieran ser utilizadas en su contra.

Aún le quedaba por aprender que no es posible desnudar por completo el alma ante nadie: no existe tal confianza. Todo el mundo esconde una rendija donde habitan el escepticismo y la renuencia, un secreto retraimiento que se ceba de la ansiedad por el control, de la envidia y los rencores ordinarios. En ese resquicio uno se guarda todo lo que piensa mientras escucha a alguien abrirse de par en par.

Ha de profesarse un amor inmenso por una persona para soportar su hambre.

Ese verano, Ester fue a menudo al cine: el templo en el que se refugian los

cobardes, el santuario de los fotofóbicos. Una tarde vio *Los siete samuráis* de Kurosawa. Habría querido después comentarla con Hugo. De todo quería hablar con Hugo, pero en especial de esa película, que, según él mismo había declarado en una entrevista, había ejercido una honda influencia en su obra.

Pero él estaba en algún lugar de Europa con su amiga; solían viajar al sur en verano. Hugo se dedicaba a visitar los escenarios devastados por alguna de las dos guerras mundiales. Esas eran las cosas que le interesaban: los lugares, las ruinas, los cementerios. Los fotografiaba, los dibujaba, extraía de ellos ideas visuales y planteamientos para la adopción de posturas éticas acerca del poder y la violencia. Todo aquello que pusiera de relieve la brutalidad y la miseria del hombre, así como el pequeño gesto de calidez a la sombra de esa brutalidad, suponía para él un estímulo supremo.

Ester emergió de la oscuridad del cine y marchó a casa bajo el inextinguible sol. Los rayos que caían sobre ella a raudales la quemaban y hacían que le picaran los ojos y anhelara un poco de frescura. Odiaba el sol; odiaba su calor abrasador; odiaba la implacabilidad que desplegaba ante sus recursos y hacia los que, como ella, dependían de él; odiaba su indiferencia ante el hecho de que ella viviera o muriera bajo sus malditos rayos.

Y así, de un día para otro, llegó un nuevo rumor en las hojas de los árboles; una nitidez olvidada se instaló de nuevo en el aire. Era el otoño incipiente, que venía tanteando el terreno. Por fin el díscolo verano cedería el paso a la estación de la disciplina y el repliegue, la época en que los veraneantes retornaban descansados de sus residencias estivales y los solitarios se sentían menos solos.

Ester dejó que un bohemio amigo de Boston, al que acababa de conocer y que buscaba casa, se instalara en su cocina durante algún tiempo. Se trataba de un crítico de arte que había escrito un voluminoso y erudito ensayo sobre Hugo Rask. De esa forma se conocieron: tras el verano, ella fue a buscarlo a la universidad para hacerle algunas preguntas y resultó que necesitaba alojamiento. Si no existía la posibilidad de estar con el artista, un experto en su obra podía ser un buen sustituto. Todos los días se pasaban horas departiendo sobre el arte de Hugo Rask. Compró una cafetera para dos y se planteó acostarse con el americano. Al cabo de muy poco tiempo, sin embargo, le pidió que se marchara a otro sitio: no soportaba hallarse bajo la continua observación de alguien que le impedía estar a solas con sus pensamientos, alguien que cada mañana ocupaba su baño durante una hora. Al final, Ester le gritó un día sin ambages que quería estar sola: ¿por qué no encontraba piso, él, que tanto se jactaba de sus contactos? El americano se marchó ese mismo día.

Ester y Hugo no habían hablado desde aquel día de mayo en que un pájaro se rompió el cuello al estrellarse contra la ventana de él.

A finales de septiembre llegó un *e-mail*.

Un *e-mail* de Hugo Rask.

Cuatro meses después del último día en que habían hablado, Ester tenía un *e-mail* de Hugo Rask en su bandeja de entrada.

Estaba convencida de que nunca más volvería a saber nada de él.

Entró en éxtasis solo con ver su nombre, si bien creyó en un primer momento que se había confundido, que se trataba de un antiguo *e-mail* que se mofaba de ella.

¿Y qué era entonces lo que Hugo escribía a Ester después de tan largo silencio? Le contaba que se había acordado de ella al leer cierto artículo de periódico poco tiempo atrás, y que el día anterior le habían operado la rodilla, y le habían quitado el menisco.

La rodilla, esa parte del cuerpo que compartían y que ella había podido rozar antes de que él se dejara tocar de verdad. Una parte exenta de peligro pero cargada del suficiente contenido erótico como para que él ahora la usara como referencia para arrojarle el lazo. En todos y cada uno de sus encuentros a comienzos del pasado invierno, ella le había preguntado por su rodilla, palpándola bajo la mesa para emitir un diagnóstico. Las lesiones producidas por el desgaste eran su especialidad.

Hugo aludía también a las elecciones generales celebradas hacía poco, lamentándose del resultado, e informaba de que últimamente había pasado por un intenso y duro periodo de trabajo, lo cual le había impedido hacer vida social durante un buen tiempo.

¿Se habrían visto si no hubiera tenido tanto trabajo? ¿Era eso lo que le quería decir? ¿O significaba que no solo había dejado de verla a ella, sino que no había tenido tiempo de ver a nadie en absoluto y por tanto no debía sentirse sustituida o relegada?

No proponía un encuentro.

Ester se preguntó qué era lo que lo había empujado a contactar con ella. Lo único que se le ocurría era que una organización pro derechos humanos a cuya junta directiva ella pertenecía hubiera acudido a él en busca de su colaboración. Cuando se habló de Hugo durante las reuniones, de su importante labor en cuestiones

humanitarias, de que debían incorporarlo a nuevos proyectos, ella guardó silencio. Hugo accedió a recibirlos, de modo que los restantes miembros del comité pidieron a Ester que los acompañase, dado que sabían de la conferencia que había pronunciado el otoño anterior y de la admiración que profesaba al artista. Ester declinó la invitación. Hugo sabía que ella era miembro del comité. La reunión había tenido lugar el día anterior. Naturalmente, su ausencia no le habría pasado desapercibida y se habría preguntado a qué se debía.

La dinámica era tan regular como la que ejercen las fuerzas gravitatorias sobre las mareas, y tenía el mismo origen. Pero ese deseo de despertar la adoración de alguien sin querer corresponder su amor era algo tan extraño para Ester que se vio obligada a suponer que el hecho de que le escribiera tras haber descubierto que ella lo evitaba era una muestra de que la echaba de menos. De lo contrario, su comportamiento era incomprensible.

Como una repentina visión terrorífica, se le pasó por la mente la posibilidad de que él solo quisiera asegurarse de la continuidad de su benevolencia. Pero esa idea no arraigó en ella. No era capaz de concebir algo tan cínico, a pesar de que había observado en Hugo que siempre quería mostrar la máxima amabilidad posible ante el mundo, que era potencialmente hostil. Si el mundo representaba para él lo ajeno, ella entonces encarnaba el mundo, de modo que debía desarmarla en prevención de que estuviese afilando su arma. El mundo siempre andaba en pie de guerra, con las armas preparadas. Antes que perder el amor y la admiración que la mantenían afectuosamente pacífica, y liberarlos así a ambos, prefería arrojarle otro hueso: y así condenarla de nuevo al sufrimiento del eterno roer del mismo.

Abstenerse de gestos descuidados de una amabilidad dañina.

Aguantar la máscara de la crueldad.

Amputar la pierna gangrenada.

Ninguna de esas cosas eran platos del gusto de Hugo.

Ester esperó un día antes de responderle. Le llevó dos horas ceñirse a cinco líneas. El mensaje producto de ese denodado esfuerzo poseía un tono controlado y contenido, pero confirmaba de sobra lo que él debía de suponer y rebosaba la suficiente tristeza y añoranza como para que él no volviese a dar señales de vida.

Habiendo recibido la respuesta que necesitaba, ya podía estar tranquilo y quedarse callado.

Tras sentir aunque sea por un instante el efluvio del esplendor, no hay nada más duro que perderlo todo. El reingreso de Hugo en su vida desbarató en cuestión de segundos lo que le había llevado meses reconstruir. Se reactivó aquella comezón que la empujaba a perseguirlo de nuevo, convencida de que quien no arriesga no gana. Y él se prestó al juego. Todo se intensificó, todo volvió. Aquello que se hallaba adormecido, latente, despertó intacto de su letargo y asumió de nuevo el mando sobre

su cuerpo. Las horas volvieron a alargarse y a llenarse de espera, y todo lo que no implicara contacto con el ser amado resultaba absurdo: casi todo era por tanto un sinsentido, pues el contacto solo se producía de forma esporádica y a dosis muy escasas.

El coro de amigas se pronunció al respecto:

—Ha pasado demasiado tiempo. Si quisiera algo contigo, te lo haría saber.

Ester volvió la espalda al coro de amigas. No entendían nada.

Un día de otoño, él anunció que la llamaría para fijar una fecha en la que pudieran verse. No lo hizo. Cuando ella lo llamó, Hugo se alegró de que lo hubiera hecho, ya que había perdido su número de teléfono con el último cambio de móvil. A continuación ella le envió una carta de las de sobre y sello preguntándole por qué entablaba contacto con ella para infundirle continuas esperanzas acerca de algo que luego no cumplía. No hubo respuesta.

Ester percibía con claridad cristalina la irracionalidad de su conducta, de la cual lo culpaba a él: ojalá en septiembre no hubiera dado señales de vida de esa forma tan frívola e infructuosa, ojalá la hubiera dejado en paz. «Es la parte más fuerte, la que siente menos deseo, la que debe mantener a raya los impulsos», fue su réplica cuando el coro de amigas quiso saber por qué no se concentraba en su propio comportamiento en lugar de en el de él. Y es que, sostenía el coro, ella ya sabía lo que necesitaba saber de Hugo, y no podía cambiarlo; no obstante, podía cambiarse a sí misma, etcétera.

—A él le va a costar menos modificar su comportamiento que a mí, dado que él no quiere nada —repuso Ester—. Es él quien debe tener disciplina, no yo, porque al fin y al cabo yo quiero que suceda algo, que las cosas no se queden así. Él no pierde nada si no llama. Yo en cambio me arriesgo a perder una oportunidad, por microscópica que sea.

—Pero no creerás en los milagros, ¿verdad? —exclamó el coro.

Ester se intentaba convencer a sí misma y a los demás de que ya no esperaba que Hugo y ella acabaran juntos. Lo que quería era solo que él reconociera lo que había habido: que en efecto había habido algo, que había sentido algo, que había tenido momentos de duda y vacilación. Y que la había buscado de nuevo en otoño, aunque todo hubiera terminado, porque llevaba dentro una fibra sensible que se resistía a endurecerse.

Cuando todas las opciones se han agotado siempre queda luchar por el desagravio, para poder continuar el combate y evitar darse por vencido, pues el desagravio también requiere el contacto. Ojalá hubiera podido desembarazarse de ese deseo de contacto que socavaba sus fuerzas. Ojalá hubiera podido mostrarse indiferente ante él.

Qué extraño, pensaba, que siete mil millones de personas sobre la Tierra no vivieran pendientes de la llamada de Hugo. La salud y el bienestar de todos esos individuos no estaban a merced de saber algo de él. ¿Por qué en el caso de Ester sí?

No tenía ni pies ni cabeza. ¿Por qué no podía reaccionar ante él de la misma forma que esos siete mil millones que seguían adelante con sus vidas sin que lo que Hugo Rask hiciese o dejase de hacer les preocupase lo más mínimo?

El coro de amigas dijo: «Renuncia, vete, deja a ese hombre. Te está haciendo daño».

El coro de amigas no entendía nada de nada. Le pasaba como a esos siete mil millones de personas.

Llegó noviembre, mes en el que estaban dando los últimos retoques a un documental sobre Hugo Rask. Así que el artista la invitó a un visionado previo, a fin de que aportara ideas y comentarios. Necesitaba su «ojo crítico y su mente aguda» —fueron sus palabras—, pues todavía se podían hacer cambios en el montaje.

Allí acudió, feliz por las alabanzas, pero aún más contenta ante la perspectiva del reencuentro. Era la primera vez que se veían en seis meses, la primera desde aquella charla en el café de la plaza de Östermalmstorg, cuando él habló de llevarla a Leksand algún día.

El estudio de montaje —un pequeño local con muebles desvencijados y luces fluorescentes en el techo— estaba situado en un bajo de la calle Bergsgatan. Ester dio un paseo hasta allí y llegó con mucha antelación, de modo que, para no ser la primera en aparecer, se apostó en la esquina de la calle, desde donde se divisaba bien la puerta de entrada. Solo se acercó cuando varias personas más hubieron llegado.

La mayoría de los asistentes pertenecían a su habitual guarnición de admiradores, todo ese séquito de aprendices no remunerados procedentes de las escuelas de arte que trabajaban para él con la esperanza de ver sus almas ungidas por el pincel del genio.

Apagaron las luces en la sala y comenzó la película. De una hora aproximada de duración, seguía al artista en las diferentes fases de su creación y lo retrataba a través de entrevistas en las que exponía su visión del mundo. Ester ya lo había oído todo antes, los mismos ejemplos y las mismas anécdotas que solía usar y que, por lo que había leído, empleaba desde hacía veinte años. Sin variación, sin movimiento. Su cabeza parecía haberse petrificado en las altas esferas y allí se había quedado.

Cuando la proyección terminó, todos y cada uno de los presentes fueron invitados a compartir sus reflexiones. Para consternación de Ester, nadie emitió un juicio crítico sobre lo que acababan de ver, ni siquiera había alguien que expresara una opinión mínimamente interesante. No entendía tantos elogios. Se trataba de un documental anodino, inacabado y carente de estructura narrativa, que a lo sumo podría valer como primer borrador, y que había que tomarse como tal, a falta de la profundidad que solo proporciona la sedimentación de un largo proceso de trabajo. Era, en resumidas cuentas, una chapuza, que, para más inri, presentaba un contenido vergonzosamente adulator.

Mientras escuchaba en silencio las muestras de adoración mecánica, del fervor que le profesaban los miembros de su equipo, pensó que, si bien ellos lo idolatraban, ella lo quería. El que ama no necesita rendir culto. Para el idólatra, el objeto de devoción debe permanecer intacto para no desmoronarse en caso de que se descubran fallos. En cambio, el que ama puede expresar sus opiniones con total libertad. Ella lo amaba incluso cuando todo lo digno de admiración desaparecía, y más aún entonces, porque era su persona lo que amaba, no su obra. ¿No era acaso eso a lo que se había referido la editora de la revista filosófica *La Caverna* hacía exactamente un año, sin que Ester en aquel momento lo hubiera entendido del todo?

Cuando le llegó el turno de hablar, y a fin de no parecer brusca, sondeó el terreno con una primera pregunta: ¿el propósito había sido hacer un documental promocional ante las inminentes exposiciones de Tokio y Turín? La expresión de Hugo se alteró, acusando de pronto signos de vulnerabilidad. Contestó que él no se encargaba de la producción, pero que la película pretendía ser un documental objetivo y penetrante. Ester guardó silencio mientras reflexionaba sobre cómo formular lo que, a su juicio, era preciso decir.

—Parece un análisis muy poco crítico —observó.

—¿Por qué habría de serlo? —replicó un miembro del equipo.

—Exacto. ¿Por qué siempre hay que sacar faltas? —apostilló otro.

—No, por supuesto, no tiene por qué ser crítico en sentido negativo —se defendió Ester—, ni siquiera pretendidamente objetivo. Pero debería ser una aproximación inquisitiva, que indague en el tema de manera imparcial, sin prejuicios, y que busque romper la mirada rutinaria del espectador y estimular su pensamiento indolente. Desde el comienzo del rodaje, esta película ya sabía adónde quería llegar, y utiliza las mismas frases que siempre se dedican a Hugo. Su objetivo no es averiguar nada, sino confirmar lo que ya pensamos.

—Y ¿qué es lo que pensamos?

La pregunta procedía de sus recelosos lacayos espirituales, de sus barrenderos mentales, aquellos a los que se había asignado —y que habían asumido— la tarea de ahorrarle al ídolo oír la verdad, esa verdad que él, pretendidamente, estaba buscando.

Quería tener adoradores a su alrededor, pensó Ester, eso era realmente lo que quería; y no solo se aseguraba de rodearse de ellos sino también de dejarles claro qué era lo que se esperaba de ellos. No quería el «ojo crítico y la mente aguda» de Ester, ni en su vida amorosa ni en su carrera. A ella se le había permitido permanecer cerca de él solo mientras no lo viera tal y como era en realidad.

—El propósito de la película es la alabanza —añadió—. Pretende que adoremos al artista.

—¿Es que no lo merece o qué? —protestó el equipo.

—No importa si lo merece o no. Los homenajes carecen de interés. El espectador quiere aprender algo, profundizar, resolver problemas, interpretar. No quiere un panegírico.

Hasta entonces Ester no había advertido que había sido Eva-Stina quien había planteado las preguntas más mordaces. Llevaba gafas nuevas y un peinado distinto al del invierno anterior, quizá lucía también un nuevo color de pelo. Se hallaba sentada junto a Hugo, de hecho muy cerca de Hugo, y cuando no bostezaba al hilo de las mezquinas mediocridades que tenía que oír, le dirigía a Ester una mirada airada y diabólica.

Fue un momento profundamente desagradable. Ester se arrepintió de haber acudido a la proyección.

—El documental es bueno —concluyó—. Creo que tengo que verlo otra vez para poder valorarlo de forma adecuada.

Se levantó la sesión y todo el grupo se dirigió a un restaurante cercano para cenar. Algunos parecían ser conscientes de que le habían hecho el vacío a Ester en la sala de proyección, de manera que se mostraron especialmente obsequiosos con ella mientras esperaban la comida, con esa complacencia piadosa y paternalista que exhiben las gentes convencidas de sus razones pero tolerantes con la postura contraria cuando la brecha es insalvable. Seres amables y redimidos que prodigan con fervor sus atenciones, ya que el espanto que les provoca la incompreensión del disidente sería demasiado antiestético y cruel si lo mostraran sin reservas. Mientras intercambiaban sonrisas sectarias, se interesaron por hasta dónde llegaba la pericia de Ester en el oficio del cine documental. Ella devolvió la sonrisa, con el mismo decoro que ellos, y respondió que no tenía un interés particular en los documentales, pero sí en los mecanismos de sumisión y de culto hacia los líderes en los sistemas totalitarios. Los inquisidores hicieron caso omiso de esta observación e insistieron con una cálida sonrisa en conocer más a fondo la ignorancia de Ester respecto a los especiales requisitos y la estética del cine documental.

Comieron y bebieron, y cuando llegó el momento de irse a casa, Hugo Rask se quedó apostado en la acera bajo la tenue luz de un letrero de escaparate. Lo acompañaba Dragan, que no había dejado de mirar a Ester con reacto interés mientras esta exponía sus observaciones críticas sobre la película. En su expresión, Ester había visto que estaba de acuerdo con ella. Flanqueando a Hugo del otro lado se hallaba Eva-Stina, con las manos en los bolsillos y el pelo embutido en un gorro del que sobresalían unos rizos. Por alguna razón que a Ester se le escapaba, parecía darse por sentado que aquel era el lugar de Eva-Stina, junto a Hugo.

Había estado lloviendo, y el asfalto se había convertido en un oscuro espejo donde se contemplaban a sí mismos, y los unos a los otros.

Pasó el otoño, los días se escurrían y el curso de las horas se aceleraba, pues Ester Nilsson había perdido de nuevo la esperanza. Desde la tarde de la proyección del documental reinaba el silencio.

Unos días antes de Nochebuena acudió a una fiesta navideña, un gran evento al que estaban invitadas todas las personalidades que se habían pronunciado en público sobre el clima cultural del país. Ester estaba removiendo las almendras y las pasas en su taza de *glögg* cuando descubrió a Hugo en un rincón del fondo, solo. No se le había ocurrido que pudiera estar entre los asistentes, ya que la invitación iba dirigida sobre todo a periodistas, profesores universitarios y escritores. Él se encontró con su mirada y la sostuvo.

El local estaba abarrotado: eran muchos los que habían declarado sus opiniones acerca de la sociedad en que vivían, una multitud de correligionarios inconformistas, la mayoría de los cuales estaba allí de paso antes de marcharse a alguna otra fiesta más animada. La gente se acercaba a Hugo para intercambiar unas breves palabras y después se escabullía en busca de un nuevo interlocutor. Ester intentó ser discreta y no dar muestras de que lo estaba observando, pero advirtió que Hugo la tenía a ella tan bien localizada como ella a él y que para que su interés en ella no se advirtiera, revoloteaba con la mirada por el recinto.

Se trataba de una de esas fiestas en las que se está de pie todo el rato, llevando en la mano un plato con soporte de plástico para el vaso. En cuestión de unos instantes, Ester se ablandó hasta tal punto que su interior se convirtió en una masa informe. Se congratulaba de haberse contenido todas las veces que en los últimos tiempos había sentido el impulso de comunicarle su rotundo y cabal desprecio. El autocontrol es algo que casi nunca da lugar al arrepentimiento, mientras que la agresividad y la ira provocan casi siempre el deseo de retractarse. Lo difícil es saber, mientras uno se halla en el resquicio que hay entre el «casi nunca» y el «casi siempre», cuándo los arranques de cólera están justificados y arrojan los resultados más favorables.

Ester se acercó a él.

No se saludaron con un abrazo, como hacían todos los demás a su alrededor. Ella pensó que era una buena señal, sus cuerpos conservaban todavía una tensión especial. Pero no era bueno —pensaron las remotas regiones de su conciencia— que todavía interpretara la realidad en términos de señales, sino más bien indicativo de falta de

libertad. Hugo se hallaba levemente inclinado hacia atrás y los ojos le centellearon, pero Ester creyó divisar cierta inquietud tras su mirada. Ester se metió una aceituna en la boca.

—Están buenas estas aceitunas —comentó Hugo—. No son de lata.

—No te hacía viniendo a este tipo de eventos —dijo ella.

Las remotas regiones de su conciencia escucharon: la agresividad propia del desdenado, el sarcasmo sutil que se permite al que está en posición de inferioridad.

—Yo tampoco. Pero han insistido mucho para que viniera.

Él miró hacia otro lado.

Una señal. Y no buena.

—¿Creías que yo estaría aquí? —preguntó ella.

—No he pensado en ello.

Otra señal. Y mala. Pero la indiferencia bien puede ser forzada y denotar lo contrario.

—¿Te gusta la comida? —preguntó Ester.

Hugo echó un vistazo al plato como si viera su contenido por primera vez.

—¿No es el mismo *antipasto* aceitoso y rancio de siempre? —replicó él.

Estaba bromeando: la cosa prometía.

Ella soltó una sonora carcajada que hizo que el rostro de él se iluminara: bien. Su actitud cautelosa, a la expectativa, estaba cediendo: muy bien. Pero a continuación cambió el peso de una pierna a otra y miró a su alrededor de una manera que —eso ya no estaba tan bien— atestiguaba su incomodidad, delatando que no quería estar ahí con ella —horror— y que buscaba una excusa para irse, una escapatoria: catástrofe.

El coro de amigas, instalado en su cabeza, recalcó: «Pero ¿no te das cuenta de que pasa de ti? Si no ha habido nada entre vosotros durante casi un año. ¿De qué vas?».

Ester pensó: «Debo marcharme. Pero no es lo que quiero. Quiero estar aquí con él. Es el único lugar del mundo en el que quiero estar».

El coro dijo: «¿Dónde está tu orgullo?».

Ella respondió: «No tengo orgullo, el orgullo va unido a la vergüenza y al honor, y yo soy una desvergonzada y carezco de cualquier noción acerca de lo que para otros es honorable».

El coro replicó: «En eso consiste tu orgullo, en mostrar hasta qué punto estás liberada de lo que encadena a los espíritus más conformistas. En el fondo, eres una aristócrata esnob».

A corta distancia de ellos, un grupo de asistentes debatía sobre la reciente intervención militar de Estados Unidos. Sin duda, en el país agredido había un régimen horrible, comentaban, pero en vez de atacarlo podrían haber apostado por apoyar a los movimientos democráticos clandestinos. Hugo Rask los miró.

—Ser destrozado por una bomba no es más agradable porque el que la lance haya sido enviado por un gobierno democrático —comentó Ester Nilsson.

—¿Qué?

—Creo que en realidad soy pacifista. He llegado a la conclusión de que a largo plazo es lo mejor. Incluso si ello supone que te invadan, que te ocupen, que te priven de libertad y te conviertan en un esclavo. Ni siquiera hemos de defendernos, tan solo rendirnos. Lanzad las bombas de hidrógeno al mar, como escribió Olof Lagercrantz. Se trata, pura y simplemente, de comprometerse a no tolerar jamás los actos violentos. De lo contrario, hay que lidiar con las sempiternas determinaciones del valor de las consecuencias, de las que nunca se sale bien parado.

Mientras escuchaba, Hugo asentía con la cabeza, pero no en los momentos adecuados. Ella no le interesaba ni siquiera como pacifista.

Hugo bebía de su copa de vino, pero a sorbos incómodos. Los que discutían acerca del reciente ataque militar estadounidense habían encontrado oposición en un refugiado del país bombardeado, uno bien asentado en su carrera como editorialista y que ahora sostenía que lo único sensato era tirar bombas sobre ese pueblo suyo tan estúpido que no sabía qué hacer consigo mismo.

Hugo miró de reojo a Ester para ver lo que pensaba, pero esta también se dio cuenta de que, a la hora de la verdad, a Hugo le daba pereza escuchar su opinión sobre ese o cualquier otro tema. Mientras, seguía cambiando el peso de una pierna a la otra de modo inarmónico.

—Tener estatuto de refugiado no te habilita automáticamente para emitir juicios sensatos —observó Ester.

—Hay mucha gente aquí —dijo Hugo.

—Sí.

—Toda la mafia de la cultura.

—Toda la mafia, incluyéndonos a nosotros —repuso ella con una seca autoironía al tiempo que por primera vez apartaba la vista de él, lo cual tuvo el efecto inmediato de despertar su atención.

—Pero ¿no crees que algunos tienen más derecho que nosotros a pertenecer a esa mafia? Al fin y al cabo, estamos un poco al margen, tú y yo.

Las regiones anteriores de la conciencia lo detectaron: una observación que abundaba en la afinidad que existía entre ambos, generada por el esbozo de resignación de Ester. Así de inmediato respondía él al distanciamiento. Así había sido siempre, pensó ella en una especie de autodefensa, y por esa razón continuaba atrapada en sus redes.

—Todos creen ir a contracorriente —observó Ester—. Esa es la corriente.

—Tal vez es la condición humana —apuntó él.

—Sin duda. Una de las condiciones.

Ester hizo ademán de prepararse para desplazarse por el recinto.

—He visto un libro que me gustaría comprarte —saltó Hugo.

Ante el temor de que cambiase de opinión, Ester no alteró el gesto lo más mínimo.

—¿Dónde?

—En una librería. Pero estaba cerrada. Lo vi en el escaparate y me acordé de ti. Pensé en regalártelo.

La sangre entró de nuevo en estado de efervescencia. El proceso de ebullición se puso en marcha al instante, a una velocidad increíble, y a partir de ahí la batalla estaba perdida nuevamente y por mucho tiempo.

—¿Qué libro era?

—No recuerdo el título. Trataba de uno de tus temas de interés. Alguna de todas esas cosas con las que eres tan crítica.

La miraba a la expectativa. Acto seguido, las comisuras de los labios se entreabrieron apaciguadoras; no la rechazaba, sino que la atraía con sus dudosos encantos.

—¿Me consideras crítica?

—Sí.

—¿Demasiado crítica?

—A veces.

—¿No eres tú implacable al condenar la moral de la gente? —preguntó ella.

—Solo la de los poderosos. Tú te muestras crítica con independencia de si la gente tiene poder o no lo tiene.

—En efecto, intento no hacer diferenciaciones entre las personas, sino concentrarme en las acciones, cuando las acciones son lo relevante.

—Las empresas farmacéuticas, los gobiernos occidentales, los altos cargos y gente por el estilo: contra esos hay que ser crítico, no contra los pequeños e inocentes —puntualizó Hugo.

—La gente no es tan pequeña como se piensa. Ni tan grande. El error de recurrir al poder como referencia, en vez de a las acciones, es que permite a casi todo el mundo exculparse; todos alegan su falta de poder cuando lo necesitan. Pues todos somos impotentes ante alguien, o algo. Todo el mundo lleva en su interior una capa de impotencia, en su experiencia de sí mismos durante la vida, que esgrimen cuando les resulta oportuno. Por eso están las cosas como están. Todo el mundo encuentra siempre un resquicio en su poder, incluso cuando son conscientes de que poseen el poder y de que deben asumir la responsabilidad, un resquicio que aprovechan para justificar su modo de actuar. La moral comienza en el individuo. Hay que exigírsela a todo el mundo. Los que ahora ostentan el poder nacieron sin él, y ese sentimiento de impotencia perdura en ellos a lo largo de la vida, especialmente en aquellos momentos en que sus acciones son reprobables. Entonces se acuerdan de cómo los acosaban en el patio de la escuela, o cómo les pegaba su padre, y acaban pensando que todos los errores que cometen son imputables a otros, incluso ahora.

Se preguntó hasta qué punto él se percataba de que era de ellos mismos de quienes estaba hablando. Probablemente no se daba cuenta en absoluto. Hugo la observaba, divertido pero escéptico, o quizá con un escepticismo divertido; no sabría

decirlo a ciencia cierta.

—¿Así que el muerto de hambre que roba comida y dinero debería repasarse la lección de ética?

—Ese sujeto seguramente ya ha hecho una serie de consideraciones morales, y ha llegado a la conclusión de que la mejor salida en ese momento es robar comida a alguien que pueda prescindir de ella.

—Entonces no entiendo lo que quieres decir. ¿No decimos lo mismo?

—No. Según tu criterio, todos los que carecen formalmente de poder también se hallan exentos de responsabilidad por sus acciones. Yo planteo que existen razones de peso para abogar por una sociedad igualitaria y en libertad. Pues de los necesitados, de los hambrientos, de aquellos que inmerecidamente han sido privados de todo, no se puede esperar la misma conducta que de las personas a las que no falta de nada, pero sí se les puede exigir una conciencia ética, un proceder conforme a consideraciones morales y que suponga el menor daño para los otros.

—¿Cuál es la diferencia respecto a lo que estoy diciendo?

Ella era capaz de fechar con exactitud el instante en que por última vez había detectado en su rostro esa expresión a la vez intensa y desprevenida. Fue en febrero, justo antes de que empezaran los problemas, cuando ella dio su aprobación a sus trampantojos. Cuando en aquella ocasión él le sonrió, su semblante no reflejaba sino gratitud, y ahora, por unos breves instantes, la vio de nuevo.

—¿No estamos en el fondo de acuerdo en que es el poder lo que determina la responsabilidad moral, y en lo único que no coincidimos es en nuestra definición de quién es el que carece de poder, o sea dónde trazar la frontera?

Ester recogió una servilleta que Hugo, en la creciente exaltación motivada por el debate ético, había dejado caer al suelo, y la metió en el bolsillo del pantalón de él. Se trataba de un gesto íntimo al que Hugo no opuso ninguna resistencia, lo que a ella le causó un auténtico arrobamiento: después de todo, estaban hechos el uno para el otro.

—A decir verdad, creo que lo que yo he dicho era otra cosa, pero ya me da igual lo que fuera —dijo Ester.

El grupo que debatía sobre las intervenciones militares norteamericanas se había dispersado, quizá en previsión de nuevos ataques.

El semblante de Hugo solo manifestaba una reflexiva compenetración, y al verlo se convenció de que tenía razón, de que había hecho bien en aguantar. Su relación aún no había acabado de fraguarse.

Él le dio un suave toque en el brazo y se disculpó. Tenía que ir a hablar con un viejo amigo que se hallaba en la otra punta de la sala; hizo un afectuoso gesto con la cabeza y se fue. Ella siguió su espalda. Él se dio la vuelta y levantó la mano en señal de despedida.

Ester regresó a casa caminando por las invernales calles revestidas de decoración navideña. Había nevado sin parar todo el día: hexagonales formaciones de cristal, simétricas, todas semejantes, ninguna igual a la otra.

«Ahora no voy a presionarle —se prometió—. Paciencia. Mostrarme refrescantemente libre y confiada. Limitarme a esperar hasta que él llame». Lo más probable era que Hugo hubiera ido a comprarle aquel libro, de modo que pronto la invitaría a quedar con la excusa de dárselo. Escoger un libro para una persona que se sabe ha estado postrada y medio en coma consumida por el anhelo, una persona con la que además uno ha estado involucrado, no es algo que se haga sin una intención concreta.

No presionar, esperar.

Llegó Navidad, la segunda Navidad dedicada en exclusiva a sus emociones, sus anhelos y su falta de entusiasmo por la vida.

Llegó Año Nuevo. Pensaba en positivo.

Llegó el día de Reyes. Pensaba a largo plazo. No meter presión. Paciencia. Esperar. Había elegido un libro para ella, eso no se hacía a la ligera. Había disfrutado de la conversación con ella durante la fiesta navideña. Sin duda, seguía en Malmö, pues las fiestas en esta estación eran muchas y muy largas.

Pensó que para dar el siguiente paso había que ser cauto, después de tanto y tan lacerante sufrimiento en el pasado. No podían volver a precipitarse, ni pecar de negligentes: esta vez había que hacerlo bien, y una vez entablado el contacto, había que mimarlo con esmero para que no se volviese a perder. Así que era normal que él aún no hubiera llamado.

Cumplida la primera quincena de enero, el teléfono seguía sin dar señales de vida. Se dio cuenta de lo furiosa que estaba con él. ¿Cómo podía decir que había visto en un escaparate un libro que le recordaba a ella y que se lo quería regalar si no era porque tenía segundas intenciones? No se podía actuar así cuando el recuerdo de su historia común aún no se había enfriado.

El coro de amigas dijo: «No estás lo bastante familiarizada con los delicados mecanismos de liquidación de la culpa innatos al ser humano, unos mecanismos hipersensibles y complejos que continuamente aventajan en astucia al “verdadero sentimiento”. Funcionan como una pomada de doble efecto, aliviando tanto la conciencia de uno como el tormento del otro. No resultan crueles hasta que alguien se empeña en que sean puestos en práctica. Las palabras —le recordaron las secciones académicas del coro, pues una de sus integrantes estaba haciendo una tesis sobre J. L.

Austin— son performativas. La propia enunciación, al convertir las ideas en verbo, equivale a su cumplimiento: pronunciar la voluntad de saldar el sentimiento de culpa constituye en sí la liquidación de la misma. Dichas palabras no pretenden representar una realidad más allá del lenguaje. No es esa su finalidad, al igual que una pregunta del tenor de “nunca me dejarás, ¿verdad?” no versa acerca del futuro, sino del presente».

Ante la perseverancia del coro, Ester concedió que seguramente llevaba razón, pero que, aun así, para poder soportarlo, ella debía pensar que las cosas eran diferentes. Si existía la más mínima posibilidad de una interpretación más positiva, tenía la intención de aferrarse a ella hasta que no se la echaran abajo de forma irrefutable.

El 16 de enero lo llamó. Él no respondió, pero a buen seguro habría visto su nombre en la pantalla, de modo que pronto le devolvería la llamada.

Pasaron dos días. Él no devolvió la llamada.

No tenía derecho a exigirle aquello que habría podido calmar su angustia. Charlar durante veinte minutos en un cóctel no daba lugar a ninguna obligación. Haber visto un libro y pensar regalárselo a alguien con quien uno se había acostado hacía casi un año solo significaba que no existía hostilidad.

¿Por qué entonces consideraba ella que sobre él recaían deberes y responsabilidades a pesar de todo? ¿Por qué juzgaba legítima su propia aflicción?

Ester Nilsson tenía claras una serie de cosas:

Hugo Rask no estaba obligado a amarla.

Ser amado no es un derecho.

La norma según la cual cortejar a una mujer o acostarse con ella genera obligaciones, tanto más en caso de que después de una primera cópula se acuda otras dos noches al encuentro carnal, pertenecía a las constricciones propias de la moral sexual tradicional, cimentada en la cultura del honor. No obstante, ese era el modo de razonar de Ester, quien con toda claridad comprendía cómo funcionaba su lógica. ¿Acaso, a fin de manejar su decepción, se refugiaba en un viejo rol de género particularmente adecuado a este propósito? ¿No debería ella estar por encima de esas ideas rancias y anticuadas acerca de los deberes del hombre hacia el sexo débil?

Probó a darle la vuelta a la idea escribiendo un artículo sobre el asunto que envió a una revista. La cultura del honor no debía entenderse como una restricción deliberada de la libertad, sino como el producto de una constatación de considerable importancia para la vida humana: que uno no tiene derecho a huir de ese algo tan maravilloso que se produce entre dos personas que llegan a tener una relación íntima. A partir de ese sentido de la decencia había surgido orgánicamente el viejo código de comportamiento, escribió, para evitar el sufrimiento que se deriva de la incertidumbre y la desigualdad. En el trato con otro ser humano entra en juego una responsabilidad: cuanto más desnudo y profundo sea ese trato, tanto mayores serán los deberes aparejados. Esto era lo que la cultura del honor había entendido y regulado. Su

propósito no era en realidad condenar a dos individuos a seguir viéndose en contra de su voluntad por haber iniciado un contacto, según la lectura rígida que de ese código se hacía en la actualidad, ni tampoco mantener a la mujer oprimida y bajo control. Eso eran solo efectos secundarios. De lo que se trataba era de disuadir a las personas de iniciar ese trato si una de las partes sabía ya de antemano que no iba a querer nada con la otra y tenía la intención de abandonarla.

Estos códigos de conducta emocional y carnal no versaban sobre el honor, arguyó. El honor era una racionalización *a posteriori*. Constituían más bien un intento de salvaguardar a las personas del riesgo de convertirse en juguetes en las frívolas manos de otras. ¡No infundas a nadie esperanzas acerca de algo que sabes que no va a ocurrir!

Con el tiempo, los códigos se habían desviado de su concepción original, llegando a interpretarse erróneamente como exigencias de virtud y honestidad impuestas a la mujer. Sin embargo, los principios habrían sido neutrales, desprovistos de referencias de género, si el mundo también lo hubiera sido. Eran una mera defensa frente al sufrimiento infligido por los que estaban en posición de superioridad sobre los que se encontraban en desventaja. Superior es aquel que tiene menos que perder. Y para implantar esa protección contra el descuido y la frivolidad se había creado una estructura regulada en detalle en la que todos y cada uno de los sujetos sabían en cada momento a qué atenerse. La castidad se convirtió en una consecuencia espontánea y un elemento integrante de esa estructura, pero no estaba en el origen de la misma. El objeto de la cultura del honor era enteramente otro. Se había establecido como un baluarte contra la apropiación indebida entre las personas.

El artículo fue rechazado.

Enero tocó a su fin. Las personas y las cosas seguían su curso a través del invierno. Un fin de semana de febrero, Ester se disponía a acudir a otra fiesta. No tenía ganas de ir, de manera que llegaba tarde. Cuando se hallaba en el vestíbulo a punto de salir, con zapatos, gorro y abrigo puestos, se vio a sí misma, para su sorpresa, alargando el brazo en busca de un DVD que guardó a continuación en el bolso. Era una película que tenía en casa desde que Hugo se la había prestado exactamente un año antes, después de una de sus largas cenas en el restaurante habitual.

En lugar de dirigirse hacia el autobús que la habría llevado a la calle en la que se celebraba la fiesta esa noche, las piernas la condujeron a la parada de otro autobús, el 1, en el cruce entre Fleminggatan y Sankt Eriksgatan. Solo iba a devolver el DVD: luego podría ir caminando hasta la fiesta desde allí. La película en cuestión era *Luz de gas*: Hugo le había contado maravillas acerca de ella y quería que la viese para después comentarla. Ester la había visto dos veces seguidas, con el fin de poder aportar reflexiones verdaderamente interesantes, pero nunca había tenido la oportunidad de hacerlo, ya que poco después se acostaron y dejaron de hablar.

Recordó el momento en que las cálidas yemas de sus dedos se encontraron al realizar el intercambio de la película, cómo echaron chispas.

«Algún día tengo que devolvérsela», pensó. Además, debía limpiar, eliminar todo rastro de él, de su piso y de sí misma. Se limitaría a dejar la película y marcharse. «Puedes enviársela por correo», habría dicho el coro de amigas, de modo que no consultó su decisión con ninguna de las integrantes del mismo.

Tras bajarse del autobús en Karlavägen y recorrer el corto trecho hasta Kommendörsgatan, Ester llamó al timbre y fue recibida por el mismo ayudante con pantalones manchados de pintura que le había abierto la puerta la primera vez que había ido a casa de Hugo a recoger unos DVD: aquel que entonces no quería dejarla pasar. Habían transcurrido quince meses exactos. «Qué ambicioso —pensó—, trabajando él solo el sábado por la noche». Esta vez, el ayudante la reconoció, si bien la miró con una expresión de incomodidad, difícil de descifrar; por un momento, le pareció que sentía lástima. Como no veía motivo, supuso que no tenía nada que ver con ella.

—Ya conoces el camino —dijo señalando con el brazo en dirección a la escalera.

Nada más empezar a subir, Ester pudo oír sus risas. Hugo Rask estaba apoyado en

la barra de la cocina con Eva-Stina y una copa de vino tinto a su lado. Era sábado, casi las siete de la tarde. Dos colegas que se quedaban un rato al acabar la jornada de trabajo, no había nada raro en ello, pero a buen seguro ahora Hugo recordaría el nombre de esa colaboradora que, según él, siempre se le olvidaba. No parecieron sorprendidos cuando Ester entró, sino ligeramente fastidiados. Ambos estaban fumando, cosa que Hugo nunca había hecho con Ester, salvo aquella vez en casa de ella cuando se fumó cinco cigarros. El fumar contribuía a esa expresión de disgusto. La mirada de Eva-Stina esta vez no se mostraba recelosa, más bien reflejaba una condescendiente indulgencia.

—Te traigo la película que me prestaste —saludó Ester, consciente de la excesiva aceleración de sus movimientos y palabras, de lo abnegada y servil que eso la hacía parecer.

Hugo recogió el DVD de manos de Ester sin dar la impresión de acordarse de que se lo hubiera prestado ni de que hubieran hablado de él, lo colocó en un estante y dijo:

—¿Te apetece una copa de vino?

—En realidad, iba de camino a una fiesta.

«En realidad —pensó Ester—. Esa expresión otra vez. ¿Voy a una fiesta o no?».

Le fue servida una copa de vino. La televisión estaba encendida, y tanto Eva-Stina como Hugo comentaban con indolente desprecio el programa en antena. A Ester el vino le sabía agrio y le costaba beberlo: no le gustaba el vino a palo seco, sin acompañarlo con comida, pero aun así se lo tomó. Aportó a su vez un comentario indolentemente despectivo sobre el programa de televisión, mientras al instante la asaltaba su propia falsedad, su traición hacia algo que no sabía definir.

—Está bien que en la televisión haya malos programas —se corrigió.

Al unísono, lanzaron a Ester una mirada aletargada pero interrogante.

—¿Qué quieres decir?

—Los programas malos, sin pretensiones, resultan cruciales. El oro solo puede extraerse en aguas sucias. Por desgracia, todo es relativo y lo bueno se aprecia en comparación con lo malo.

—¿Crees que Bach compuso su música porque la que había era malísima? —preguntó Eva-Stina.

—En efecto, solo así pudo darse cuenta de que tenía que haber otro modo mejor de combinar las mismas notas.

—No estoy de acuerdo —dijo Eva-Stina.

Los dos colegas se disponían a salir a cenar: lo cual no parecía un suceso aislado o algo que acabaran de improvisar esa noche, daba la impresión de formar parte de un ritmo natural.

Los tres se pusieron los abrigos. Ester apuró con rapidez el vino que tan mal le sabía y, al dejar la copa vacía en la barra, reparó en el sutil aunque inconfundible golpe seco que se produjo, el mismo que oyó aquella vez desde París hacía un millar

de años.

Nevaba cuando bajaron a la calle. Llevaba nevando todo el invierno y todo el día. También en el centro de la ciudad se habían formado altos cúmulos.

—¿Quieres venir a cenar con nosotros? —la invitó Hugo.

Que había algo entre Hugo y Eva-Stina se hacía cada vez más evidente, pero a Ester no le entraba en la cabeza que pudieran estar juntos de la misma forma en que ella y Hugo lo habían estado. Lo más seguro era que fuesen simplemente colegas, compañeros de trabajo que se llevaban bien, que —según se acababa de enterar— salían a menudo a hacer prácticas de conducción y se reían mucho durante esas prácticas, se reían de todas las «situaciones hilarantes» que se producían. Eva-Stina quería sacarse el carné de conducir antes del verano.

Si no fuera porque la idea se le antojaba absurda, Ester los habría tomado por una pareja de enamorados. En lugar de ello, pensó que la palabra «hilarante» era uno de los peores vocablos del idioma. Se trataba de un término al que recurrían los que querían expresar que algo era gracioso aunque no consideraran que lo fuera, sin a pesar de ello resultar irónicos.

Se le hizo un nudo en la garganta al caer en la cuenta de que Hugo había tenido tiempo de hacer prácticas de conducción y de vivir situaciones hilarantes cuando durante todo un año le había dado a entender que la falta de tiempo era lo que le impedía verla.

Se hallaban frente al portal de él. Nevaba. Ester pensó: «¿Cómo se puede ser tan idiota como para creer que el problema es de verdad falta de tiempo cuando la gente lo utiliza como excusa? ¿Cómo se puede ser tan redomadamente estúpido como para no ver lo que a todas luces está sucediendo? Las cosas no cambian por casualidad. Pero no. No es que sea estúpida. Nunca creí que el problema fuera el tiempo. Solo trataba de hacer frente a mi decepción, de soportarla, de quitármela de encima».

¿Le apetecía ir a cenar con ellos? La invitación, se dijo, debía de significar que él disfrutaba de su compañía y que los dos colegas no tenían una relación íntima. No iba a salir con la actual amante llevándose con ellos a la ex. Nadie podía tener tan mal gusto.

¿No era la pregunta que Hugo acababa de formular, de hecho, su manera de comunicarle que no había nada entre él y Eva-Stina, que esta no era más que una estudiante de arte que lo idolatraba y a la que él echaba una mano con el examen de conducir, además de asesorarla en su carrera?

De no ser así, no se le habría ocurrido nunca sugerir que los tres cenaran juntos. Sería demasiado ilógico.

—Pero a lo mejor queréis estar solos —dijo Ester.

—Venga, ven con nosotros —insistió Eva-Stina.

—Tendrás que cenar de todos modos, ¿no? —reiteró Hugo.

—Eso sí. Bueno, no me apetece mucho ir a la fiesta.

—¿Qué fiesta? —preguntó él—. Venga, vamos. Tengo bastante hambre.

Entonces, de pronto, Hugo recordó algo y volvió a subir a su sala de trabajo. Al cabo de un minuto, salió con un libro poco voluminoso.

—Te he comprado el libro del que te hablé, el que me parece que te pega mucho. Se lo tendió.

—Un tardío regalo de Navidad. Aquí tienes.

Ella le miró y, acto seguido, bajó la mirada al libro.

Las desafortunadas consecuencias del utilitarismo, se titulaba.

—¿Este es el que viste en un escaparate?

—Sí. O no. Ese no llegué a encontrarlo. Así que en su lugar te he comprado este. Te interesa esta corriente de pensamiento, ¿verdad?

—A ti también, por lo que recuerdo.

—Bueno, sí... A mí también, claro.

—Hicimos una entrevista sobre el tema. No del todo exenta de cobertura mediática, que digamos. Salió una crítica en el periódico y todo.

Leyó la contraportada del libro.

—¿Te pareció que me hacía falta profundizar un poco más en estas cuestiones?

Se rio para mitigar la mordacidad del comentario.

—Bueno, nunca viene mal.

—Sí. Nunca viene mal.

Hojeó el libro y pudo comprobar que se trataba de una edición muy cuidada.

—Gracias. Qué amable de tu parte.

Ester miró de reojo a la otra mujer. ¿O acaso era la única? Tenía un aspecto joven e inocente. No, en realidad no lo tenía. Se la veía taimada y segura de sí misma, bastante calculadora incluso. Cómodamente apostada junto a Hugo, con las manos en los bolsillos de la chaqueta y la cabeza bajo la capucha ribeteada de piel, irradiaba una confiada convicción de pertenencia, de estar allí por derecho propio.

Los copos de nieve caían sobre los hombros de Hugo y Ester sin derretirse. Los que caían en los hombros de Eva-Stina se derretían inmediatamente. Ester comprendió que debía irse a casa. Pero si se marchaba, la esperaba otra terrible noche de soledad. A la fiesta ya no tenía intención de acudir, y de un modo extraño, que por otro lado era su modo de funcionar habitual, se abstraía de lo que pasaba, contemplando los acontecimientos desde una posición ajena, al tiempo que participaba en ellos. Eso le inspiraba mucha curiosidad por ver cuál iba a ser el curso de dichos acontecimientos: demasiada como para no acompañarlos a cenar.

Hugo golpeteaba el suelo con los pies, impaciente por moverse. Ester sostenía aún el libro abierto en sus manos, apartando los copos secos que se habían posado en las páginas.

—¿Por qué me lo has regalado? —preguntó ella.

—Al verlo pensé en ti.

—¿Pensaste en mí, cómo?

—No lo sé. ¿Cómo se piensa en alguien? Venga, vamos a cenar.

Era patente en todo su cuerpo, así como en los pequeños músculos que circunvalaban sus ojos, que veía venir una situación fastidiosa, que presentía que la atmósfera distendida no iba a mantenerse, que intuía que iba a haber comentarios críticos acerca de su juicio, que auguraba que se avecinaba un malestar general, ese temido malestar que él buscaba rehuir con casi todos sus actos.

—A lo mejor no lo quieres —dijo alargando la mano en un ademán de recuperar el libro.

Ella lo apretó contra su pecho.

—Sí que lo quiero. Pero no entiendo por qué motivo me lo regalas.

—Por nada en especial. Yo me he comprado uno para mí también.

Ester miró a Eva-Stina. A ella, en cualquier caso, estaba claro que no se lo había comprado.

—Así que no es un regalo por ningún motivo especial. Qué pena.

—Bueno, no pasa nada por regalarse libros. No todo es tan complicado como tú crees.

—Sí que lo es. Todo tiene unos niveles de abstracción adicionales. Todo lo que ocurre puede reducirse a energía y materia y todo lo que hacemos se origina en un pensamiento, una emoción, sean estos buenos o malos, pero todo procede de algo y puede clasificarse de algún modo.

El gesto de Hugo, con la mirada clavada en la otra punta de la calle, translucía su deseo de largarse de allí: parecía arrepentirse seriamente de toda la iniciativa, del libro, de la cena en el restaurante, de todo. Ester sabía que debía irse a casa, y que ese era el momento.

No se marchó, por lo que los tres echaron a andar avanzando a duras penas por la abundante nieve que se había amontonado durante las últimas horas y que las máquinas quitanieves no habían tenido tiempo de retirar.

Para Hugo Rask siempre había mesa, incluso cuando el restaurante estaba lleno. Se saltaron la cola, los camareros trajinaron un poco y de pronto había una mesa para tres.

Ester pidió una ensalada con queso de cabra, Hugo un entrecot con patatas fritas y Eva-Stina un *steak tartare*. La comida llegó y se pusieron a comer. El queso estaba cremoso y cortado grueso; la carne, jugosa y tierna; del *steak tartare* no se dijo nada.

—Está rica aquí la comida —observó Hugo.

—Sí, está rica —asintió Ester.

—¿Cómo está lo tuyo? —preguntó Hugo a Eva-Stina.

—Bueno, no está mal —respondió la otra (tal vez la única), que se mostraba ahora poco comunicativa y, al parecer, a disgusto.

—Suelo pedirles que no le pongan mucho ajo —declaró Hugo.

—No te gusta el ajo, es verdad, me acuerdo —replicó Ester.

—En exceso, no.

—Hablamos de eso la primera vez que cenamos juntos aquí.

—¿Ah, sí?

Podrían perfectamente haberlos estado grabando para un documental de National Geographic. La biología había asumido el mando, y los procesos relativos al marcaje del territorio, la competencia por el macho, la exhibición de plumajes y la selección sexual estaban en su apogeo. Hugo sonreía fugazmente: una contracción muscular que constituía un hábito social adquirido, pero que, a pesar de todo, seguía siendo parte del juego de la naturaleza. La expresión de la otra mujer —que acaso era la única— se hacía cada vez más distante.

Ester recordó lo que el coro de amigas le había dicho en una ocasión: ser sustituida es siempre incomprensible, una idea que el pensamiento no alcanza a concebir. El sustituto siempre se ve como algo absurdo. Siempre.

Aprovechando una visita de Eva-Stina al cuarto de baño, Ester preguntó:

—¿Cómo te va todo?

Hugo respondió que la actuación de Estados Unidos le indignaba cada vez más, que había que hacer algo al respecto, manifestarse en contra de ello. Eso era lo que le preocupaba: qué podía hacer en cuanto artista, cuál era su responsabilidad cuando nadie hacía nada y el mundo se derrumbaba ante nuestras narices.

A menudo pasaba así, observó Ester, que nadie hacía ni decía nada, que nadie se atrevía. Todo el mundo era corrupto y cobarde, todo el mundo estaba en bancarrota moral.

—¿Por qué nadie es consciente de la injusticia social y se rebela contra ella?!

La pregunta era del todo retórica.

—Bueno, a mí me parece que hay bastante gente que no deja de opinar sobre el tema a todas horas, ¿no? —objetó Ester—. En los medios de comunicación, como se suele decir.

—¿Dónde lo ves? Yo creo que todo el mundo va a lo suyo y no se preocupa más que de las cosas que quiere comprar.

Los platos fueron recogidos con discreción por un eficiente camarero. Ester miró a Hugo. Ese cuerpo y esa conciencia eran lo que había echado de menos veinticuatro horas al día durante casi un año y cuatro meses.

—Si no me hubiera pasado por tu casa esta tarde, ¿cuándo me habrías dado el libro?

—¿Qué libro?

—El libro que acabas de regalarme. El que compraste para mí.

—No lo sé. No me estrujo tanto el cerebro como tú. Supongo que te lo habría enviado por correo.

La otra mujer —o la única— regresó del baño. Ester vio la cálida y luminosa

sonrisa que él le dedicaba al tiempo que sacaba la silla de ella y decía:

—Estamos hablando del imperialismo americano.

Ester notó la rebeldía crecer en su interior como un hongo atómico.

—Los talibanes son peores que todo el imperialismo de Estados Unidos en el mundo —declaró.

—Es Occidente quien ha creado a los talibanes —repuso Hugo.

—Se han creado a sí mismos. Nada los ha forzado a tener las ideas que tienen. Pero las tienen, creen en ellas y las ponen en práctica, para horror de las mujeres que se cruzan en su camino.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué quieres decir tú? —preguntó Ester.

—Uno se hace talibán como protesta contra la represión —expuso Hugo en tono pedagógico—. El terrorismo es la única arma de los pobres.

A Ester la invadió una fatiga que le pesaba y la apagaba al tener que escuchar la manida cantinela del hombre al que amaba y que carecía tanto de la energía como de la capacidad de ir más allá de esos desidiosos y simples tópicos.

Un pensamiento apareció en su mente. Avanzaba pegado a las paredes celulares, temeroso como una persona con agorafobia, pero avanzando al menos —tanto el pensamiento como la persona temerosa—: no era ese el hombre con el que quería compartir su vida. No sería capaz de soportar su autosuficiencia ético-política.

—¿Cómo es que solo tienen que responder de sus actos y sus ideas los occidentales, y no los demás? —preguntó—. Tú, al igual que muchos otros, divides el mundo en las categorías inmutablemente establecidas de los responsables y los inocentes, los poderosos y los indefensos. ¿Cómo os aguantáis a vosotros mismos, cómo aguantáis esa brutal condescendencia hacia todos los que no consideráis incluidos en vuestra propia casta?

—Pero es que es necesario siempre un análisis del poder —terció con un comentario perogrullesco la otra, que quizá era la única.

—También hay que percibir cuándo los desamparados ejercen poder y entender que la indefensión no implica automáticamente la asunción de unos valores correctos —replicó Ester—. El poder es algo situacional. Las estructuras de poder se repiten en todas las situaciones, pero en esas estructuras las personas cambian de posición en una relación equilátera. La misma persona se encuentra en diferentes lugares de la estructura en diversos contextos, no es algo que tenga que ver con el color de la piel, la religión o la geografía.

—Nadie dice que sea algo que esté en relación con el color de la piel, la religión o la geografía —contestó Hugo.

—¿No? ¿Cómo podéis entonces saber siempre de antemano quién está en situación de inferioridad sin importar el contexto?

Con irritación reprimida, Hugo hizo un gesto al camarero para que le trajera la carta de postres y dijo:

—Mi padre solía decir que Stalin era el único que comprendía las condiciones de los trabajadores.

—¿Defendía a Stalin?

—Lo entendía. Entendía qué era lo que buscaba.

Parecía contento con su comentario; tanto el tono de voz como su cara irradiaban satisfacción.

—¿Tú también?

—¿Qué?

—¿Tú también entiendes a Stalin?

Hugo sacó las gafas del bolsillo de su camisa y examinó con interés la oferta de postres.

—Las opiniones son libres, ¿no? —apuntó Eva-Stina—. Uno tiene derecho a pensar como quiera.

—En el mundo de Stalin, no. ¿Hay algún aspecto, aunque sea solo uno, en el que defiendas a Stalin? —insistió Ester dirigiéndose a Hugo.

—Yo no estoy en la misma situación que mi padre.

—Independientemente de cuál fuera la situación de tu padre, ¿no estaría defendiendo a uno de los peores asesinos y criminales de la historia?

—Eso puede ser propaganda, en parte al menos.

—Lo que estás diciendo no es digno de ti, Hugo.

—Stalin habría sido bueno para mi padre y para otros en su misma situación como obreros. Stalin los habría beneficiado. No tenemos derecho a juzgarlos, se trata de intereses de clase y eran otros tiempos, con otras características.

—¿Y precisamente los trabajadores no pueden elevarse por encima de lo que a corto plazo les es de provecho? Suponiendo que les sea de provecho, claro; yo, por mi parte, doy por sentado que no es así, porque el terror y el totalitarismo no favorecen a nadie, pero supongámoslo por el bien de la hipótesis. Tú te beneficias de las teorías y la praxis del liberalismo: haces obras de videoarte críticas con la civilización occidental que nunca podrías hacer en ninguno de los países y sistemas políticos que alabas y defiendes. Sin embargo, no piensas que deberías apoyar el ideario que a corto plazo te beneficia justamente a ti en el ejercicio de tu profesión. Consideras que tu obligación es la de estar por encima de ese tipo de simplistas intereses de clase, por el bien de la integridad, la sociedad y los explotados. ¿Por qué no esperas lo mismo de tu padre y de los demás trabajadores: la capacidad de elevarse por encima de su propio interés? ¿Por qué te exiges a ti mismo una mayor visión y talla moral que a los demás?

—Mi padre era un simple trabajador. Un hombre humilde atrapado por las circunstancias.

—Tener poder o no tenerlo supone una gran diferencia —volvió a terciar Eva-Stina, que estaba empezando a repetirse.

—¿Así que los trabajadores no pueden hacer juicios éticos más allá de su propio

beneficio? —prosiguió Ester—. ¿No pueden pensar en otra cosa que no sea ellos mismos y su propio interés? ¿No pueden tomar en consideración la totalidad ni la vida de otros?

Hugo, escarbándose entre dos dientes con un palillo, se volvió hacia Eva-Stina y le preguntó qué quería de postre. Un sorbete, fue la respuesta. Hugo quería *fondant* de chocolate. Eso era lo que le apetecía a Ester también, pero dada la tensa situación que había no podía pedir lo mismo, así que optó por una *panna cotta*.

—Mayakovski era un defensor del Estado soviético —comentó Hugo tras haber pedido—. Léete los «Versos al pasaporte soviético»: «¡Envidiadme! Yo soy ciudadano de la Unión Soviética».

—Esperemos que no lo hubiera escrito si hubiese tenido la información de la que ahora disponemos.

Hugo Rask miró con ansia hacia la noche invernal en que la nieve arreciaba, perfilándose nítidamente a la luz de las farolas. Grandes y redondos copos. Durante unos segundos, a Ester la invadió la sensación de que ahí, esa noche, se le había dado la oportunidad de reanudar una relación con él, pero lo había estropeado todo con sus maneras arrogantes, cáusticas y polémicas.

«Ahora elegiré a la otra en lugar de a mí —pensó—. Acabo de perderlo, de aplastar el frágil brote que comenzaba a crecer de nuevo. Traernos a las dos a cenar ha sido una prueba que le ha llevado a la conclusión definitiva de que no me quiere. Así ha eliminado el último rastro de duda que quería someter a examen esta noche».

Con el rostro encendido, Ester dijo:

—Pero, por supuesto, todo depende de la perspectiva.

Qué tremendamente innecesario había sido entrar en la discusión sobre Stalin y los talibanes.

Se arrepentía. No se arrepentía.

En cualquier caso, no podría vivir con alguien que se regía por eslóganes y se quedaba en la superficie plana del activismo para no tener que ahondar en el laberinto del análisis serio.

Cuando la camarera se acercó con más comida, del rostro de Hugo manó una sonrisa como una llama que se prende en leña húmeda. Se comieron el postre a toda velocidad y, acto seguido, Hugo sacó la cartera con los modales ostentosos de un ricachón caricaturesco y pagó la cuenta de los tres.

—No hace falta que me invites —dijo Ester.

—Nada, no te preocupes.

Cerró la billetera de golpe, con un ruido que indicaba la carga de su responsabilidad, y se levantó todo lo alto que era ante sus dos acompañantes. Tras salir del restaurante subieron por Nybrogatan, tres personas una al lado de la otra, cruzaron la plaza hasta Sibyllegatan y continuaron hacia Kommendörsgatan. Nevaba.

Los dos colegas iban a regresar a su lugar de trabajo y Ester se dirigiría a la parada del autobús. Se detuvieron ante el portal para despedirse.

—Gracias por el libro y por la cena —dijo Ester.

—Espero que te sea de provecho.

—Seguro que sí.

Hugo levantó el brazo en señal de adiós:

—Pues nada, buena suerte.

Ester siguió a ambos con la mirada mientras cruzaban la puerta que conducía al estudio de Hugo. A continuación echó a caminar por la acera que había recorrido tantas veces. ¿Cuántas aceras es capaz de recorrer una persona hasta darse por vencida?

«Pues nada, buena suerte», se repitió: una frase con todas las características de un arma homicida. Los seres humanos han sido creados para torturarse los unos a los otros. Había subrayado esas palabras al leer *El idiota* hacía un tiempo.

De pronto, se detuvo en seco y permaneció inmóvil. Aprehendió con meridiana lucidez qué era lo que tenía que hacer. Y tenía que hacerlo en ese preciso momento. Había demasiadas cosas sin aclarar. Ahora tenía la oportunidad de dar rienda suelta a todo lo no dicho. Ahora tenía que pasar algo. Volvió a casa de Hugo: ese hombre le debía una conversación en condiciones.

El local estaba aún iluminado. No le importaba esperar. La idea de que por fin iban a hablar sobre todo lo que había habido entre ellos, y sobre por qué las cosas habían evolucionado de la forma en que lo habían hecho, le produjo un leve regocijo, al igual que la perspectiva de lo que podía pasar a continuación, aquello a lo que podía conducir una conversación sincera en plena noche y con alcohol en el cuerpo.

Dio una vuelta a la manzana. Cuando regresara, a buen seguro los de dentro se habrían marchado. Cuando regresara, las luces estarían apagadas y el local a oscuras.

Cuando regresó, una ventana se hallaba abierta de par en par y se oían ruidos como de un juego de raqueta.

Los de dentro reían, dedicándose las risas educadas propias de quienes quieren gustarse a pesar del vacío que se abre entre ellos; de quienes tienen buena voluntad pero afinidad nula; de quienes quieren demostrar lo bien que lo pasan juntos aunque no estén siendo ellos mismos y no encuentren la actividad en cuestión muy estimulante. Si participan y muestran alegría, es en atención a los demás. De esta manera un tanto afectada reían ahora.

Ella también se había reído así en ocasiones. Pero nunca con él. Con él no se había sentido incómoda nunca, no había tenido que actuar ni fingir. En una ocasión él le había confesado que con nadie había hablado como con ella. Y es que hablar era el afrodisíaco de Ester, el único que conocía y dominaba. Hablando podía seducir a cualquiera que compartiera su gusto por la conversación y el intercambio de ideas.

Las conversaciones con Hugo habían tenido una fuerte carga erótica, habían sido inagotables e infinitamente gratificantes: pero al parecer no indispensables. La gente, por lo visto, podía vivir sin conversaciones interesantes. Su necesidad primaria no era el trato erótico-verbal, sino la ausencia de problemas, cosa que siempre se anteponía al deseo de contenido y objetivo. La ausencia de problemas se compraba al precio de un templado tedio.

Mientras Ester Nilsson aguardaba en la acera de Kommendörsgatan con los pies entumecidos, pensó que las actividades de ocio que se organizaban para los colaboradores en ese lugar de trabajo eran inusualmente animadas. Esperó alguna que otra hora más, envuelta en un abrigo que ni de lejos abrigaba lo suficiente.

Por fin se apagaron las luces y el local se quedó en penumbra, solo iluminado por el débil resplandor procedente de una habitación del fondo. Se rezagó otros cinco minutos más, tras los cuales se dirigió al portal, cruzó el patio y subió las escaleras que llevaban al piso de Hugo.

El olor en el rellano era tal y como lo recordaba, a polvo y piedra fría. Un olor que habría resultado doloroso —cualidad intrínseca de las memorias— si no fuera porque ahora las expectativas tenían más peso. La puerta de su morada se hallaba entreabierta. Dio unos golpecitos.

—¿Sí? —su voz sonaba amable y expectante.

Ester dio un paso y entró en el vestíbulo. Cómo había anhelado eso, poder hablar con él de verdad, sin interferencias, en casa de él, sin que ninguno de ellos estuviera de tránsito hacia otro lugar.

Oyó cómo él venía a su encuentro, saliendo de la cocina, doblando la esquina. Ahora lo vio, su radiante rostro redondo y rubicundo que se mostraba, como de costumbre, algo vacilante e introspectivo a un tiempo.

Ester comenzó una frase. Una frase que había practicado durante todo ese rato que había estado deambulando por la calle. Rezaba: «Pensaba que podríamos hablar un poco después de lo bien que lo hemos pasado esta noche. Nunca hemos tenido la oportunidad de hablar a fondo sobre lo que ocurrió, sobre en qué punto estamos y qué es lo que vamos a hacer con todo eso tan bonito que construimos».

Eso era lo que tenía pensado decir.

Esa constante necesidad de hablar que tiene el rechazado. Esa constante necesidad de hablar. El que rechaza nunca experimenta esa necesidad.

Ella debía saber mejor que nadie que el que abandona no siente dolor, el que abandona no necesita hablar porque para él no hay nada de que hablar. El que abandona ha terminado. Ahí radica el gran dolor. Es la persona abandonada la que siente la necesidad de hablar sin parar en un intento de hacer ver al otro su error, de demostrarle que, si aprehendiera la verdadera naturaleza de las cosas, su elección sería distinta y la amaría a ella. Las palabras no pretenden —como sostiene el que quiere hablar— aclarar las cosas, sino convencer y persuadir.

Hablar no sirve para nada. No se dan respuestas sinceras, por respeto y

consideración. Abandonamos y nos abandonan y no hay nada que discutir, pues, alejada la voluntad, no se pueden pedir responsabilidades. Aquello que se hace por misericordia vale poco si el otro abriga la esperanza de que se haga por amor.

Ester no tuvo tiempo de decir la frase ensayada entera, pero sí de iniciarla:

—Pensaba que podríamos...

Se interrumpió al advertir la expresión de Hugo. La expresión propia de quien parece haber tragado un sapo.

Hugo esperaba a alguien. Pero no a ella. Tartamudeó entrecortadas palabras de horror, consternación o cualquiera que fuese la emoción que se removía en su interior.

—Estoy esperando... a otra... Eva-Stina va a venir.

Ester cerró la puerta y se precipitó escaleras abajo, deslizándose por la barandilla para evitar un encuentro en el rellano con la otra mujer, que era la única. Seguramente seguía atareada en el local de trabajo. Quizá estaba terminando de pintar un trampantojo.

Resulta más fácil hacer frente a las respuestas definitivas que a las difusas. Tiene que ver con la Esperanza y la naturaleza de esta. La Esperanza es un parásito del cuerpo, que vive en una total simbiosis con el corazón humano. No basta con ponerle una camisa de fuerza y encerrarla en un oscuro rincón. Tampoco sirve de nada imponerle una dieta de hambre. No se puede poner al parásito a pan y agua; el suministro de alimentos debe ser cortado de raíz. A la mínima posibilidad que la Esperanza tenga de agenciarse oxígeno, lo hará. El oxígeno contenido en un adjetivo mal dirigido, un adverbio imprudente, un gesto compensatorio de lástima, un movimiento corporal, una sonrisa, el brillo de un ojo. El que vive con esperanza ignora deliberadamente el hecho de que la empatía es una fuerza mecánica. Los indiferentes realizan gestos de consideración de forma automática, para protegerse tanto a sí mismos como a los menesterosos.

A la Esperanza ha de matársela de hambre para que no engañe y ciegue a su huésped. A la Esperanza solo se le puede dar muerte con una brutal sinceridad. La Esperanza es cruel porque ata y atrapa.

Cuando el parásito de la Esperanza es arrancado de su Huésped portador, este o bien muere o bien logra la libertad.

La Esperanza y su simbiosis, todo hay que decirlo, no creen que la íntima voluntad del ser amado vaya a cambiar. La Esperanza que habita en el corazón humano cree que ya existe esa voluntad; que en realidad —en realidad— el amado quiere lo que finge no querer, o no quiere lo que finge querer, lo que un entorno malvado le ha inducido a querer: en resumidas cuentas, que las cosas no son como parecen. Que el pequeño atisbo de una realidad distinta constituye la verdad.

Así es la Esperanza.

Al llegar a casa esa noche, Ester siguió su habitual ritual de aseo nocturno. Ese sábado hacía un año que Hugo había venido a cenar. Habían comido un plato con salsa rojiza y una vez por hora él se había acercado a la ventana a fumar. En una semana se habría cumplido un año de sufrimiento. Un sufrimiento que ahora, realzado y concentrado en unos pocos días, era más puro y menos incierto.

No quedaba ya nada que entender.



LENA ANDERSSON nació en Estocolmo en 1970. Es escritora y periodista. Ha sido crítica literaria del diario *Svenska Dagbladet* y escribe columnas de gran éxito y polémica para el *Dagens Nyheter*, el periódico sueco de más renombre, y para la revista *Fokus*. Es considerada una de las analistas políticas más influyentes de su país. Antes de *Apropiación indebida. Una novela sobre el amor* escribió otras cuatro novelas: *Var det bra så?* (¿Está bien así?, 1999), *Du är alltså svensk?* (¿Así que eres sueco?, 2005), *Duck City* (2006), *Slutspelat* (Tras el final de la partida, 2009), y una recopilación de artículos, ensayos y obras de teatro: *Förnuft och högmod* (Razón y soberbia, 2011).

Apropiación indebida. Una novela sobre el amor ha sido galardonada con los prestigiosos premios literarios Svenska Dagbladet y August en sus ediciones de 2013, año en el que Andersson recibió también la Pluma de Oro de manos del Club de la Prensa. En 2014 ha publicado la continuación de esta novela, bajo el título *Utan personligt ansvar* (Responsabilidad limitada).

Notas

[1] De *Hávamál* o *Discurso del Altísimo*, uno de los poemas de la Edda poética. (N. de los T). <<